

El Redentor

Edgard Armond

EDGARD ARMOND

El Redentor



Editora Aliança

Serie Edgard Armond, estudos evangélicos - derechos reservados: Editora Aliança

(original en portugués = 2ª edición, del 63º hasta el 67º millar)

1ª edición en español, febrero/2001, hasta el 3º millar

Título

EL REDENTOR

Copyright 1974

Autor

Edgard Armond

Traductores

César Alexandro Correa y Karina Brenda Sánchez

Revisora

Maria Vendrell Spinelli

Editoración

MMS

Portada

Elifas Alves

Ilustraciones

Milton Gabbai

Impresión

Vida & Consciência Editora e Gráfica Ltda.

datos catalográficos

Armond, Edgard, 1894-1982
A763r El Redentor / Edgard Armond
1ª edición - São Paulo: Editora Aliança - 2001
216 págs.

1. Espiritismo 2. Religión I. Título

CDD - 133.9

EDITORA ALIANÇA

Rua Francisca Miquelina, 259 - Bela Vista - São Paulo - SP
CEP 01316-000 - Tel.: (5511) 3105.5894 - Fax: (5511) 3107.9704
www.alianca.org.br e-mail: alianca@alianca.org.br

ÍNDICE

Prólogo	7
1 Evangelios Apócrifos	13
2 La Tradición Mesíánica	16
3 El Nacimiento del Mesías	21
4 Controversias Doctrinarias	27
5 Los Reyes Magos	32
6 Exilio en el Extranjero	39
7 La Ciudad de Nazaret	42
8 Jerusalén	48
9 Jesús en el Templo	52
10 El Gran Templo Judaico	54
11 Reyes y Líderes	59
12 Las Sectas Nacionales	62
13 La Fraternidad Esenia	65
14 Costumbres de la Época	71
15 Jesús y los Esenios	75
16 El Precursor	77
17 Inicio de la Tarea Pública	83
18 Los Primeros Discípulos	86
19 Vuelta a Jerusalén	88
20 Las Escuelas Rabínicas	91
21 Nicodemo Ben Nicodemo	93
22 Regreso a Galilea	97
23 En la Sinagoga de Nazaret	101

24	La Muerte de Juan Bautista	104
25	Los Trabajos en Galilea	108
26	Predicaciones y Curas	111
27	Otros Lugares	117
28	Hostilidades del Sanedrín	122
29	María de Magdala	124
30	El Desenvolvimiento de la Predicación	129
31	El Cuadro de los Discípulos	132
32	Consagración y Excursiones	137
33	La Escena del Tabor	141
34	Las Parábolas	142
35	El Sermón del Monte	161
36	Abandono de Galilea	167
37	Últimos Actos en el Interior	170
38	Últimos Días en Jerusalén	174
39	Cierre de la Tarea Planetaria	177
40	Prisión y Dispersión	181
41	Tribunal Judaico	187
42	El Juicio de Pilatos	191
43	Para el Calvario	194
44	En los Días de la Resurrección	199
45	Conclusión	204
	Apéndice	206

PRÓLOGO

Innumerables son las obras escritas sobre la vida y los hechos referentes a Jesús de Nazaret — el Divino Redentor de la humanidad terrena —, cada una de ellas presentándolo de cierta manera, según puntos de vista personales o sentimentales sectarios.

Animándonos a escribir este libro, no tenemos otra finalidad que la de rendir homenaje humilde a tan excelsa entidad espiritual, tentando una reconstitución histórica de su último pasaje por la Tierra, a cuya humanidad legó el recuerdo imperecedero del sacrificio de la cruz y las sublimes enseñanzas del Evangelio.

No nos eludimos en cuanto a las dificultades de la tarea, pues Jesús nada escribió de si mismo, tal vez porque su divina previsión divisaba las desfiguraciones de sus enseñanzas, no queriendo contribuir para las mistificaciones religiosas y las inevitables exploraciones de documentos y reliquias que más tarde ocurrirían; prefería, como dice un inspirado instructor espiritual de nuestros días, que tales alteraciones fuesen hechas “no sobre lo que escribiese, más solamente sobre lo que otros dijese”.

No habiendo documentación original proveniente de otra fuente, debemos atenernos a los Evangelios, codificados en la Vulgata Latina, cuyos venerables Autores no se preocuparon en mencionar los hechos cronológicamente; por otro lado, cada uno de ellos siguió un plan diferente, o tal vez ninguno, omitiendo circunstancias y hechos que servirían para identificar protagonistas y situar los acontecimientos en fechas y lugares apropiados.

El propio Lucas que, no habiendo sido discípulo, escribió su trabajo leyendo y oyendo a unos y otros, años después del Gólgota, de la misma forma no estableció la necesaria ordenación histórica,

la secuencia justa de los hechos, probablemente por ya encontrar dificultad en hacerlo, no obstante todavía vivir en aquella época algunos de los “Doce”: Pedro y Tiago, en Jerusalén; Juan, en Efeso y otros Apóstoles en otros lugares.

Estas fallas, entre tanto, en parte se justifican, porque cada autor escribió aisladamente, en épocas diferentes, según aquello que se acordaba y todavía bajo la emoción del drama del Gólgota y del espíritu sacrificado que a todos afectó mientras vivieron.

Por otra parte, valiosas indicaciones y subsidios se perdieron al transitar los pergaminos primitivos por millares de manos de adeptos en la Palestina y en otras partes y, todavía, por último, porque los documentos que se salvaron y llegaron a las manos del erudito padre Jerónimo, a quien el papa Damaso I, que ejerció el pontificado entre los años 366 al 384, incumbió de codificar al cristianismo disperso, seleccionando las 44 narrativas existentes en la época¹ todas con fuero de autenticidad, tales documentos fueron desechados por Jerónimo en su casi totalidad, aceptando él solamente aquellos que constaban haber sido escritos por los apóstoles (testimonios de vista) a saber: Juan y Mateo, además de Marcos (que no lo fuera) y todavía de Lucas, por sus estrechas relaciones con Paulo de Tarso y de idoneidad comprobada, elaborando así la codificación intitulada “Vulgata Latina” hasta hoy adoptada, sin contestación, por la mayor parte de la cristiandad.

¿Pero tales Evangelios habrían sido escritos personalmente por los Apóstoles? Comparándose Lucas 1:1 con “Actos de los Apóstoles” 1:1 que dicen, sin excepción, en los encabezamientos: “según Mateo, según Juan, según Lucas y según Marcos”, mientras que el Cap. 1º de Actos dice: “Hizo el primer tratado, Teófilo, acerca de todas las cosas, etc.” ¿no es de preguntarse porqué Jerónimo en todos los encabezamientos escribió como reserva “según Marcos, según Juan, etc.”? ¿No concluiría que los

¹ Ver relación constante en el capítulo I.

documentos que llegaron a sus manos eran solamente copias, o copias de copias, pero no los originales? No hay, por lo tanto, seguridad de que los Evangelios, como están escritos, representen exactamente aquello que Jesús enseñó, en su integridad primitiva. Este hecho, entretanto, en casi nada desmerece su altísimo valor, visto que la estructura fundamental, la base moral o iniciática es idéntica en todas las cuatro narrativas.

Y sí nos volvemos hacia las obras de carácter mediúmnic, de la misma forma encontraremos innumerables divergencias, de forma y de fondo, que no llevan a mayores certezas. Se tiene, entonces, la impresión de que todavía no llegó la época de ser el asunto esclarecido por los Instructores Espirituales que, aunque se muestran muchas veces hasta prolijos en la exposición de asuntos doctrinarios o filosóficos, no traen mayores esclarecimientos al respecto de la parte histórica de la vida del Divino Mesías.

Pero de allí no se concluya que esta última sea desinteresante en su valor cualitativo, pues todo lo que respecta a la vida de Jesús tiene un alto valor iniciático y edifica, siempre, en todos los sentidos. La vida de los conductores espirituales de la humanidad es siempre llena de ejemplos preciosos y educativos porque reflejan conductas más altas y perfectas y trazan rumbos siempre siguientes a la evolución de los seres habitantes de los mundos inferiores.

Y ni hay que admirarse que mucho se ignore sobre la vida de Jesús, transcurrida casi veinte siglos, vivida con grandeza, pero con simplicidad, preferentemente en contacto con el pueblo ignorante y humilde, sin ninguna proyección de carácter político o social, cuando, en los días en que vivimos, en este siglo de tamaña manifestación científica, disponiendo los hombres de poderosos medios de intercambio y publicidad, aún también mucho se ignore sobre asuntos actuales de alto interés para la evolución de la colectividad humana.



La tarea Mesiánica era sanear la Tierra de sus iniquidades; ofrecer a la humanidad directrices espirituales más perfectas y definitivas, redimir a los hombres y encaminarlos para Su reino divino de luces y de amor y fue cumplida en todos los sentidos, no importando al Divino Cordero los sufrimientos físicos y morales que soportó. Indicando los caminos luminosos del amor y de la paz universales, dejó al mundo un legado eterno que es ley, no solamente para la Tierra, pequeña y retrasada, como para todo el Cosmos.

La tarea del Divino Enviado no tuvo, como dijimos, proyecciones políticas y sociales en su época, porque tales no eran Sus objetivos, en tanto previniese a la posteridad sobre sus consecuencias futuras cuando dijo: “no vine a traer la paz mas la división”.

Y, realmente, sus enseñanzas, después de la muerte de los apóstoles, provocaron las más diversas y contradictorias interpretaciones siendo, tiempo después, el cristianismo primitivo absorbido por fuerzas poderosas que de él se apoderaron para la organización de una religión oficial², dominadora en el campo de los valores materiales lo que, como era de esperar, retardó muchos siglos la evolución espiritual del mundo.

Y la proyección social, esto es, la influencia de esas enseñanzas sobre los individuos y sobre las masas humanas, en su debido sentido redentor, como código moral que exige conducta perfecta e iluminación interior ésta solamente se hizo sentir hace poco más de un siglo, con el advenimiento del Espiritismo — El Consolador prometido por Jesús — en la inspirada y magnífica codificación elaborada por Kardec, en Francia.

El Espiritismo arrancó el Evangelio de las sombras místicas de las concepciones dogmáticas y lo presentó al pueblo,

² Es evidente que, si hubiese sido promovido el conocimiento preferencial del Evangelio y la vivencia de las enseñanzas con la reforma íntima, otra y mucho más evolucionada sería la humanidad.

indistintamente, abierto y brillante, expresivo y edificante, como la fuerza que más poderosamente realiza transformaciones morales, en lo más íntimo de las almas, e impulsa a los hombres para las luces de la redención.

Por estas razones y circunstancias, al escribir este modesto trabajo, adoptamos el arbitrio de permanecer en las bases históricas del Evangelio codificado, de él apartándonos solamente para acrecentar detalles y complementos idóneos y juzgados útiles para mejor claridad y lógica del conjunto, sobre todo cuando venidos por la mediumnidad, que ha sido el canal de la revelación divina en todos los tiempos.



Como en los Evangelios no hay cronología en los acontecimientos, procuramos narrarlos obedeciendo a una secuencia lógica que, entre tanto, no representa ni se ofrece como ventaja especial sobre cualquier otra.

En la confección de este libro, escapamos a las divagaciones literarias para encubrir fallas y dada la amplitud de los temas y la finalidad de la obra, no nos apartamos también del aspecto didáctico, cuyas características son método, claridad y concisión.

Queremos también adelantar que reunimos informes de diversos orígenes, inclusive mediúmnicas, redactados y adaptados a la finalidad referida, casi siempre sin transcripciones y citas, pero cuyas fuentes y autores constan en la Bibliografía contenida en el final de este prólogo.

No se pueden inventar los hechos, a no ser en obras de ficción, sino solamente narrarlos; y, como en relación a la vida de Jesús los eventos fueron narrados por cientos de autores y repetidos innumerables veces, cada vez con aspectos diferentes, y como nuestra intención no es añadir una narración más, una repetición más, juzgamos útil hacer una compilación de datos, **siendo de**

nuestra autoría solamente la disposición de ellos, la redacción, la interpretación, los comentarios y las conclusiones.

Juzgamos, así, resguardadas la paternidad de las ideas y conceptos pertenecientes a otros dignos autores, a los cuales presentamos desde ya nuestros mejores agradecimientos por la participación, en tanto indirecta, en la confección de esta obra.

San Pablo, 1974

El Autor

Observación:

Una condensación de este libro fue incluida por el autor en la serie *Iniciación Espirita*, de la Federación Espirita del Estado de San Pablo, en el año de 1950, formando el tomo número 2, bajo el título **La vida de Jesús** con las alteraciones que se tornaron necesarias para la adaptación de la materia al programa de la **Escuela de Aprendices del Evangelio**.



Obras Consultadas

Les Itinéraires de Jesus — Gustave Dalman

El Nazareno — Sholem Asch

Jesús de Nazaret — Paul de Regla

Cristo Jesús — Rafael Housse

Jesús Cristo — Roselly de Lorgues

Jesús Desconocido — Merencovsk

Los Evangelios Sipsnóticos

Diversas obras mediumnicas

Capítulo 1

EVANGELIOS APÓCRIFOS

*considerados
no auténticos*

- El Evangelio según los Hebreos
- El Evangelio según los Nazarenos
- El Evangelio de los Doce Apóstoles
- El Evangelio de San Pedro
- El Evangelio según los Egipcios
- El Evangelio del nacimiento de la Santa Virgen
- El Evangelio de Santiago
- El Evangelio de la Infancia del Salvador
- El Evangelio de Santo Tomás
- El Evangelio de Nicodemo
- El Evangelio Eterno
- El Evangelio de San Andrés
- El Evangelio San Bartolomeo
- El Evangelio de los Escogidos
- El Evangelio de Basilide
- El Evangelio de Cerinto
- El Evangelio de los Ebionitas
- El Evangelio de los Herejes
- El Evangelio de Eva
- El Evangelio de los Gnósticos

El Evangelio de Marcion
El Evangelio del nacimiento del Señor
El Evangelio de San Juan (no confundir con el aceptado)
El Evangelio de San Matías
El Evangelio de la Perfección
El Evangelio de los Simonianos
El Evangelio según los Siríacos
El Evangelio de Tatien
El Evangelio de San Judas
El Evangelio de Valentín
El Evangelio de la Vida a lo Vivo
Las Reminiscencias de los Apóstoles
El Evangelio de San Felipe
El Evangelio de San Barnabé
El Evangelio de Santiago el Mayor
El Evangelio de Judas de Kerioth
El Evangelio de la Verdad
El Evangelio de Lencius
El Evangelio de Salmon
El Evangelio de Luciano
El Evangelio de Hesychius
Las Interrogaciones Grandes y Pequeñas de María
El Código Vercelense
El Código Cartabrigense

Nota: Además de éstos, considerados falsos Evangelios por la codificación católica-romana, habían aún: Falsos Actos de los Apóstoles, Falsas Epístolas de Jesús Cristo, Falsas Epístolas de la Santa Virgen, Falsas Epístolas de los Apóstoles y Falsos Apocalipsis, de entre los cuales los más conocidos en la época eran los siguientes:

El libro de Enoch — citado por casi todos los eruditos de época

El Libro de Esdras — también conocido como Apocalipsis del año 97

El Apocalipsis de Baruc

El Apocalipsis de Elías

El Apocalipsis de Daniel

El Apocalipsis de Moisés — (La Génesis)



Apocalipsis es el término que indica las revelaciones hechas a los profetas de la antigüedad y tanto se pueden referir a asuntos limitados, como generales. Tanto pueden tener sentido extensivo como figurado, analógico o místico.

El Apocalipsis de Juan el Evangelista posee todos esos sentidos y, según su discípulo Policarpo, que lo reveló a Irineo, obispo católico del segundo siglo, fue escrito en la Isla de Patmos, fronteriza a la ciudad de Efeso, en el Mar Egeo, en el Asia Menor.

Capítulo 2

LA TRADICIÓN MESIÁNICA

La tradición espiritual del mundo, en sus sectores más altos, enseña que la creación se subordina a los siguientes principios universales: un Creador, un Agente Ejecutor y un Aliento Animador, así discriminados:

- El principio increado generador — esfera del pensamiento divino abstracto.
- El principio creado creador — esfera de los agentes cósmicos creadores de mundos.
- El principio creado permanente — esfera de las manifestaciones del espíritu divino en la creación.



En las religiones:

- El primer principio es Dios — El Padre Creador absoluto.
- El segundo principio — el pensamiento abstracto fuera de Dios manifestado como creación por la acción de los agentes cósmicos — es el Hijo.

El tercer principio — el pensamiento divino derramado en la creación como vida, inteligencia y amor — es el Espíritu Santo.

Esta es la base fundamental de las Trinidades, imaginadas por algunas religiones como la brahmánica, la egipcia y la persa, entre otras, de donde fueron copiadas, inclusive por religiones dogmáticas cristianas.

E aquí las Trinidades más conocidas:

Brahma, Siva y Vishnu	— de los hindúes.
Osiris, Isis y Orus	— de los egipcios.
Ea, Istar y Tamus	— de los babilonios.
Zeus, Demetrio y Dionisio	— de los griegos.
Baal, Astarté y Adonis	— de los asirios.
Orzmud, Ariman y Mitra	— de los persas.
Voltan, Friga y Dinar	— de los celtas.



Los agentes directos de Dios son las Inteligencias Divinas que animan, santifican y presiden la formación de los universos y las galaxias, y que a su turno, delegan poderes a sus agentes — los Cristos — que, como verbos divinos, corporifican sus pensamientos, ejecutando la creación de planetas, satélites y astros en general, de los diferentes sistemas planetarios y que son los gobernadores espirituales de esos diferentes orbes.

Ésta es, de forma grosera y aproximada de la realidad, la discriminación mística de las tareas de agentes divinos en la creación de los mundos.

En concepto más objetivo y científico, la creación se opera de forma algo diferente: Las Inteligencias Divinas, como agentes directos de Dios corporifican y emiten ondas sucesivas de energía

creadora inteligente, que se proyectan en los espacios creando los átomos, gérmenes de la vida, que potencian energías, inteligencia y amor, los cuales se aglomeran y multiplican dentro de leyes divinas pre-existentes, formando los mundos materiales y los seres vivos.



Jesús de Nazaret, como agente de la Entidad en cuya jurisdicción y dependencia la Tierra se encuentra, como mundo formado en un sistema planetario, actuando en el mismo sentido, concurrió a la formación de nuestro globo y de todos los seres que lo habitan, pasando a ser su Gobernador Planetario.

En la historia religiosa es el Mesías — el ungido — encarnado en Palestina, a quien Pedro se refirió cuando dijo: “Tú eres el Cristo, el hijo de Dios vivo”. “Cristo” en su significado de ungido, consagrado e “hijo de Dios vivo”, en el sentido de que evolucionó en mundos materiales y que, además, Él mismo lo confirma cuando se intituló “El hijo del Hombre”.



La misma tradición espiritual también revela que, en determinadas épocas, según las necesidades evolutivas del planeta, altos Espíritus, por sí o como enviados de Cristo, encarnaban en los diferentes orbes, llevando a las humanidades que los habitan, impulsos nuevos y directrices más avanzadas de progreso espiritual.

Según esa tradición el Gobernador Espiritual de la Tierra ya encarnó en medio de sus habitantes varias veces, a saber: dos en la Lemuria, como Numú y Juno, con la tercera Raza Madre, dos en la Atlántida, la cuna de la legendaria cuarta Raza, como Anfión y Antulio, por intermedio de cuyos discípulos la tradición espiritual más antigua se transfirió para el Mediterráneo; una en Persia como Krisna, una en la India, como Buda, y una última como Jesús en la Palestina.

En esas encarnaciones esos altos Espíritus han venido ora como precursores intelectuales de conocimientos filosóficos, científicos, religiosos y artísticos; ora como pregonadores de la paz y de la concordia, en el encaminamiento de los pueblos bárbaros a la civilización; ora como reformadores sociales y guías religiosos.

En la Palestina vino Jesús, en el punto más alto de la revelación eternizada, como ejemplificador del amor universal, la fraternidad de los hombres y la paternidad de Dios, conforme el enunciado fundamental del “amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismos”.



Verdaderas en todo o solamente en parte de ellas, esas tradiciones, enviado del Cristo Planetario, o encarnación de éste mismo, lo cierto es que esos altos misioneros realizaron sus edificantes tareas apuntando directrices morales concordantes con la evolución humana de cada época; revelaron los más adecuados conocimientos sobre la vida y la muerte y dieron a la existencia humana un elevado y sublime sentido espiritual, no obstante no siempre comprendidos y aceptados; pregonaron siempre las mismas verdades fundamentales, por más que se hubiesen colocado apartados unos de otros, lo que prueba ser siguientes y progresivas las revelaciones espirituales.



Los conocimientos revelados por esos magnánimos Espíritus fueron conservados:

En el Oriente, por los Flámenes, sacerdotes afiliados a la antigua Lemuria, cuna de las primeras encarnaciones humanas en nuestro globo y donde se esbozaron los rudimentos de la conciencia de los seres primitivos de los cuales descendemos, sacerdotes esos que, con el hundimiento de ese continente, pasaron a la India y allá

vivieron, en sus montañas y florestas, hasta el advenimiento de Krisna, cuando entonces descendieron para el Ceilan, fundando allí los santuarios denominados “Torres de Silencio”.

En el Occidente por los Dactylos, descendientes de los Atlántes, refugiados en Grecia, poco antes del hundimiento de la última parte de ese continente y para donde transportaron los documentos conteniendo las tradiciones más antiguas, y donde iniciaron las bases de una nueva civilización, luego llevada al antiguo Egipto. En la Grecia antigua esos pioneros eran venerados como semidioses y fueron, como los cabires, los curetes y los talquines, los primeros instructores de ese pueblo prehistórico.³

Por los Kobdas, que vinieron poco más tarde y fijaron esa civilización en el Delta del Nilo y la difundieron por Egipto y Mesopotamia.

Y, finalmente por los Esenios, refugiados en sus grutas y monasterios de la Palestina, Fenicia y Arabia, que recibieron y conservaron en su sentido verdadero y auténtico las enseñanzas dejadas por Moisés y que fueron por éstos restaurados, con base en los documentos descubiertos en las ruinas de los templos egipcios de Menfis, de Abidos, de Sais y otros.

En cuanto a Jesús, la más alta manifestación del Plano Espiritual Superior en la Tierra, sus enseñanzas están consignadas en el Evangelio cristiano, al que nos referimos en el prólogo de este libro, y que viene siendo perpetuado hasta nuestros días por los cristianos de varias sectas y confesiones.

Esta última manifestación era esperada desde hace mucho y había sido predicha por voces proféticas de varias partes del mundo de entonces, principalmente por los israelitas — el pueblo esclavo redimido por Moisés, preparado por más de cuarenta años en los desiertos del Sinaí y del Parán, para recibir en su seno al Espíritu radiante del Redentor.

³ Mayores detalles, en el libro *En La Cortina Del Tiempo* del mismo autor.

Capítulo 3

EL NACIMIENTO DEL MESIAS

LAS PROFECÍAS

Las profecías sobre el nacimiento del Mesías se cumplieron en casi todos los detalles y el propio Jesús, en los diferentes actos de su corta vida pública de tres años, a ellas se refería siempre y les daba constantes testimonios, colaborando para su cumplimiento.

Eso lo hacía no sólo para prestigiar a los profetas, como canales que eran de revelación, como también para demostrar que ésta antecede siempre a los acontecimientos relevantes de la vida de la humanidad y que, uniformemente, se expresan los mandatarios celestes por la boca de los profetas o médiums.

Las profecías hebreas, referentes al advenimiento del Mesías redentor, confirmaban otras anteriores⁴, proferidas en otras regiones del mundo de entonces, en el sentido de un nacimiento milagroso, contrario a las leyes naturales, a través de una virgen, sin contactos humanos que, conforme decían, ocurriera con otros misioneros religiosos o fundadores de movimientos espiritualizantes como, por ejemplo, Zoroastro, Krisna, Buda.

Esa concordancia permitía suponer que los profetas hebreos se dejaron influenciar por esas noticias que, grabadas en sus

⁴ Ver *Los Desterrados de Capella* del mismo autor.

subconscientes, salieron a la superficie en el momento de las revelaciones, o que, entonces, fueron realmente verdaderas, como verdaderas fueron todas las demás que profirieron sobre, por ejemplo: el establecimiento de Jesús en la Galilea, de la cual hizo el centro para sus movimientos y predicaciones; los sufrimientos del Mesías; sus sacrificios; la traición de Judas; los tormentos y torturas en la noche de su prisión; la muerte en la cruz; la resurrección, etc.

Pero, si todas las profecías hebreas fueron confirmadas, ésta, no obstante, del nacimiento virginal no lo fue, sino al contrario, hasta hoy es motivo de controversias entre cristianos.

Cuando el sublime Misionero custodiado por sus luminosos asistentes espirituales, se aproximó de la atmósfera terrestre, en el crucial sufrimiento de la reducción vibratoria para la adaptación a nuestro mundo material denso, donde sus asistentes ya le habían preparado el nacimiento físico, cuatro grupos de iniciados mayores, pertenecientes a aquellas corrientes a la que ya nos referimos atrás, presintieron esa aproximación y también se prepararon para apoyar y recibir condignamente tan sublime visitante; ellos fueron: los sacerdotes del Templo Escuela del Monte Horeb, en Arabia, dirigido por Melchor; los Ruditos, solitarios De los Montes Sagros, en Persia, cuyo culto se basaba en el Zend-Avesta de Zoroastro y cuyo jefe era Baltasar; los solitarios del Monte Zuleiman junto al Río Indo, dirigidos por Gaspar, Señor de Srinagar y príncipe de Bombaim; y finalmente los Esenios, de la Palestina, que habitaban santuarios y monasterios aislados e inaccesibles, en las montañas de ese país, de Arabia y de Fenicia.

A estos iniciados les fue revelada mediúmnicamente la próxima encarnación del Mesías, desde hacía tanto tiempo esperada.

Melchor, Baltasar y Gaspar fueron los piadosos visitantes que la tradición evangélica llama de “Reyes Magos” y que visitaron al Niño-Luz en los primeros días de su nacimiento, en Belén. Fueron tenidos como magos, porque vinieron de la dirección del oriente, donde quedaba la Caldea, Asiria, Persia, India y donde la ciencia

de la astrología, de la magia telúrica y de otras especies eran practicadas libremente.

Además, el propio Evangelio justifica los títulos, poniendo en la boca de uno de los magos, a su llegada a Jerusalén, la siguiente frase: “¿ Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido? Hemos visto su estrella en el oriente y venimos a adorarle” — Mateo, 2:2.



Para la encarnación del ángel planetario, el vaso carnal escogido y ya comprometido desde antes de su reencarnación en la Tierra, fue, María, virgen hebrea de familia sacerdotal, hija de Joaquín y Ana. Vivían en Jerusalén, fuera de los muros, junto al camino que iba para Betania. Él era de Belén, de la tribu de Leví de la familia de Aarón, y ella de Nazaret, de la tribu de Judá, de la familia de David. Ya estaban ambos en edad avanzada cuando les nació una hija que fue llamada María, cuyo nombre significa belleza, poder, iluminación. Con la muerte de sus padres, ella fue internada por parientes en el Templo de Jerusalén, junto a las Vírgenes de Sión, que en las grandes festividades cantaban en coro los salmos de David y los himnos rituales, pues las jóvenes descendientes de tales familias tenían ese derecho y podían ser educadas primorosamente en el Templo, consagrándose, caso que quisieran, a sus servicios internos.



Dos años después, según revelaciones mediúmnicas, José, carpintero residente en Nazaret, pueblecito de la provincia de Galilea, usando de un derecho que también le pertenecía por descender de la familia de David, habiendo enviudado de su mujer Débora, hija de Alfeo y habiéndose quedado con cinco hijos menores, acudió al templo para que le fuese designada una esposa.

En estos casos, la designación era hecha por la suerte y la indicada fue María.



La expectativa por un Mesías nacional, en ese tiempo, era general en Palestina, región agravada por la pesada ocupación romana, que también repercutía, fundamentalmente, en el Templo, a causa de la reducción de la autoridad y del prestigio del clero, hasta entonces dominante y arbitrario; y una tarde, días antes de su indicación, estando María sola en una de las dependencias del Templo, recordando también cuanto sufriera su progenitor con esa situación y las oraciones que hacía por la Liberación de Israel, adormeció y tuvo un sueño, o mejor dicho, una visión (pues era dotada de avanzadas facultades psíquicas) durante la cual un ángel la visitó y la saludó como predestinada a engendrar al Mesías esperado.

Atemorizada, guardó silencio sobre lo ocurrido, pero sus temores aumentaron cuando, como era costumbre, fue escogida por la suerte para esposa del pretendiente José, también perteneciente a la familia de David, en cuyo linaje, por las Escrituras, el Mesías nacional debería nacer. Este hecho, para ella, fue una evidente confirmación de la visión que tuviera y de las palabras del ángel que la visitara, y su Espíritu ingenuo y místico comprendió que su consentimiento a aquel casamiento era imperativo.

A partir de su llegada a Nazaret y después de las conmemoraciones rituales de las bodas, ceremonias que según las costumbres, duraban varios días, se dedicó a los quehaceres domésticos, sin poder esquivarse al recuerdo de los acontecimientos del Templo; y la vida del matrimonio, desde el primer día, se resintió de aquellas aprensiones y temores.

Fue retrayéndose lo más que pudo de la vida social y de las intimidades domésticas, entregándose a prolongadas meditaciones y aislamientos, al punto de provocar la reprobación de sus conocidos, parientes y familiares.

Vivía como dentro de un éxtasis permanente, en el cual voces

misteriosas le hablaban de las cosas celestiales, de alegrías sobrehumanas, de sufrimientos y dolores que le estaban reservados en el futuro, exactamente como bien se acordaba, estaba escrito en las Santas Escrituras de su pueblo. Por fin, sintiéndose encinta, confesó sus temores a José, de cuya paternal bondad estaba segura poder esperar auxilio y comprensión.

Sorprendido por la revelación, José, dentro de la sensatez que le era característica, guardó silencio, esperando el pasar de los días; pero estando aproximándose los tiempos finales de la gestación y no pudiendo confiar en extraños o parientes que allí residían, resolvió llevar a la joven esposa a Belén⁵ donde ella se quedaría bajo los cuidados maternos de su tía Sara.

Pues fue allí, en aquella ciudad histórica, por haber sido donde Samuel consagró a David como rey, que se dio el nacimiento trascendente del Mesías Redentor, al cual fue dado el nombre de Jesús. (Fig. 1)

Este hecho tan relevante, ocurrió en el año 747 de la fundación de Roma y primero de la era cristiana, conforme admitimos por conveniencia expositiva.⁶

Cuentan las escrituras que el evento se dio en un establo, lo que no es de extrañar, teniendo en cuenta la pobreza y la escasez de las habitaciones del pueblo en aquella época, y el hecho de que los establos no siempre eran lugares destinados a guardar el ganado, sirviendo también de depósito de material, forraje etc. Es de

⁵ Belén es el nombre moderno; el nombre antiguo era Efrata. En las profecías se lee, según Miquéas 5:1: “Solamente a tí, Bethléem-Efrata, empero seas pequeña ante las muchas de Judá, de tí es que vendrá Aquel que será el Soberano de Israel, y cuyo origen viene de lejos, de la eternidad”.

⁶ Al narrar la vida de Jesús y debido a divergencias existentes en los calendarios, para simplificar las cosas y evitar interpretaciones diferentes, adoptamos el sistema de considerar el año 1 como el primero a partir del nacimiento; año 33 el de su crucifixión, etc., desestimando el calendario oficial, que considera que se verificó en el año 7 de nuestra era y 747 de la fundación de Roma.

admitirse que los huéspedes hayan sido acomodados en un compartimento de estos, más alejado del bullicio de la casa y de la curiosidad de los extraños.

En Belén se encuentran todavía varios establos de este tipo, que sirven tanto para habitación, como para depósito de combustible y forraje, y todavía para acomodación a pastores nómadas, cuando vienen a la ciudad por negocios.

Fig. 1

Capítulo 4

CONTROVERSIAS DOCTRINARIAS

Dentro de las varias controversias existentes sobre asuntos evangélicos, dos, por lo menos, debido a su importancia, debemos presentar en este libro: la que se refiere a la concepción de Jesús y a la de la naturaleza del cuerpo que utilizó cuando estuvo encarnado.

LA CONCEPCIÓN

A respecto del nacimiento de Jesús, juzgamos que hay dos alternativas: aceptar la concepción sobrenatural, como consta en el Evangelio de Mateo y de Lucas, o admitir el nacimiento natural, como quieren varias corrientes espiritualistas y materialistas.

No obstante los evangelistas citados narren un nacimiento sobrenatural, el Evangelio en si mismo, estudiado en el conjunto de sus autores, ofrece elementos serios para optarse por el nacimiento natural.

La primera de las dos versiones consta, como dijimos, de Mateo y de Lucas, pero no consta de Juan y de Marcos (también sinópticos) siendo eso verdaderamente extraño, porque este hecho de tamaña importancia y significación espiritual, ciertamente no quedaría olvidado por ellos, con la agravante de que Lucas no fue contemporáneo de los acontecimientos, pues vivió varios años después de la muerte de Jesús y escribió, más que todo, por lo que oyó decir de terceros.

Es verdad que en su tiempo todavía vivían Tiago en Jerusalén y Juan en Efeso, óptimos informantes, pero de ellos no recibieron nada diferente de lo que ellos mismos informaron a otros, verbalmente o por escrito, esto es, ninguna referencia al nacimiento sobrenatural.

Por otro lado, el erudito padre Jerónimo⁷, encargado por el Papa Damaso 1, en fines del siglo IV, de seleccionar y codificar los Evangelios existentes en la época, adoptados por varias corrientes sectarias diferentes y divergentes, en número de 44, al proceder a su importante trabajo tendría todo el empeño en prestigiar la versión de Jesús-Dios, miembro de la Trinidad Católica Romana, dando todavía mayor énfasis a la versión sobrenatural, lo que, sin embargo, no hizo.

Si, además de Mateo y de Lucas, otros documentos hubiese, provenientes de los apóstoles o discípulos, con referencia a ese nacimiento sobrenatural, es evidente que tales informaciones serían mantenidas en la codificación denominada Vulgata Latina, lo que hasta hoy es de fe en toda la cristiandad y tal información no apareció.

Como nuestro objetivo no es discutir el asunto, citaremos únicamente lo que dice Juan 4:3, en su Primera Epístola Universal: “todo Espíritu que no confiesa que Jesús Cristo vino en la carne, no es de Dios”. Esto parece concluyente.

En las demás epístolas de Pedro y Judas, de la misma forma, nada encontramos que confirme el nacimiento sobrenatural.

Se puede, pues, concluir o, por lo menos, aceptar el nacimiento natural, en la concordancia tácita de los cinco apóstoles: Pedro, Juan, Tiago, Judas y Marcos.

⁷ Padre y doctor de la Iglesia Latina (347 a 419 o 420 d.C.). Pasó la parte más activa de su vida en el Oriente, con excepción de una estada en Roma (382-384), donde inició la revisión del texto latino del Nuevo Testamento, completándolo en Belén. (Nota de la Editora)

EL CUERPO DE JESÚS

A primera vista puede parecer que, aceptada esta versión del nacimiento natural, cualquier otra consideración sería ociosa, pero en respeto a los argumentos de los que creen lo contrario (y son muchos), examinaremos también este asunto y los factores que intervienen en su opinión.

Siempre se juzga desinteresado debatir temas de esta especie, no solamente por faltar elementos serios de comprobación, caso en que los argumentos no saldrían del campo de las opiniones personales, de valor siempre muy relativo, como también, porque la versión adoptada por los de opinión contraria, en nada modificaría los hechos, tanto en su origen como en su naturaleza y consecuencias.

La controversia, así como otras muchas existentes, viene de lejos, desde los tiempos del cristianismo primitivo, habiendo llegado a un alto grado en el reinado del emperador Juliano, llamado “El Apóstata”, cuando proliferaban sectas divergentes.

Juliano — jefe del imperio romano del Oriente, educado en la religión católica romana y de ella habiendo abjurado — convocó, en el año 364 en Constantinopla, sede del imperio, a los representantes de todas esas sectas divergentes cristianas; mandó encerrarlos en un gran recinto y les dio plazo de algunos días para llegar a un acuerdo sobre sus divergencias doctrinarias, que causaban agitación y tumulto entre el pueblo.

Al concluir el plazo fijado, compareció al recinto para oír las conclusiones finales, verificando, no obstante, que no hubo ningún entendimiento entre los disputantes, entre los cuales los más intransigentes eran los **Docetistas**, que surgieron en el siglo II, que no reconocían a Jesús según la carne y afirmaban que Él poseyera solamente un **cuerpo aparente**.

Esa opinión fue defendida también por Marcion, Atanasio, el Grande, S. Juan Crisóstomo, Clemente de Alejandría y otros luminares entre los antiguos padres cristianos.

El propio Pablo de Tarso, en su Epístola a los Romanos 8:3, dice: “que Dios, envió Su Hijo en semejanza de carne”. Pablo era dotado de mucha cultura y vivió todavía cerca del tiempo de Jesús y tendría elementos para afirmar esta verdad.

Esta controversia permaneció en toda la Edad Media, alcanzó los días de la Codificación de la Doctrina de los Espíritus, con Roustaing, y permaneció hasta hoy entre escritores y predicadores espíritas encarnados y desencarnados que, en la ausencia de documentación probatoria, se limitan, como ya dijimos, a formular sus propias y más o menos respetables opiniones personales.

Por eso nos limitamos únicamente a abordar el asunto, como en un simple intercambio de ideas y simple cooperación, preguntando:

P — ¿Existe en los Evangelios alguna cosa que pruebe haber sido fluídico el cuerpo físico de Jesús?

R — No. Lo que existe son algunos hechos o palabras que podrían alimentar tal suposición.

P — ¿Existen algunas pruebas de que Su cuerpo físico era de carne, igual al de otras personas comunes?

R — Si, en términos, existe. Si no lo fuera, ¿cómo podría El haber cargado en la espalda, por vías urbanas estrechas y mal empedradas, irregulares y escarpadas, la pesada cruz de madera, bajo cuyo peso cayó varias veces? Solamente si fuese por efectos fenoménicos, lo que sería una increíble simulación de la verdad.

Nació, creció, vivió junto a Sus Padres y parientes; convivió con innumerables personas; enfrentó multitudes; sufrió la carga vibratoria, increíblemente pesada, de millares de necesitados y enfermos; se alimentó muchas veces en compañía de sus discípulos y seguidores; fue clavado en la cruz y allí desencarnó en presencia de muchos.

P — ¿Pero cómo, siendo de carne común, podría desmaterializarse, como hizo varias veces y de forma tan natural y perfecta, como consta en los Evangelios?

R — Porque tenía un cuerpo de carne, sin duda, **pero de consistencia diferente**, de densidad mucho menor, de materia más pura, de vibración mucho más alta, adecuado a contener a un Espíritu de Su elevada jerarquía; cuerpo, a su vez, engendrado por un vaso físico debidamente preparado y seleccionado anteriormente al nacimiento, de vibración y pureza que admitiese Su permanencia en nuestro plano grosero e impuro.

De esta forma, la desmaterialización y otros fenómenos narrados por los evangelistas se tornarían explicables en todos los sentidos. Y aunque así no fuera, Jesús, por su alta posición de Gobernador Espiritual de nuestro planeta, poseía poderes para actuar en todas las circunstancias juzgadas justas.

P — ¿Pero cómo pudo Él convivir con sus discípulos, durante 40 días, después de Su muerte en la cruz?

R — Porque después de la muerte, ahora sí, estaba utilizando un cuerpo fluídico, en una densidad que permitió manifestarse de forma objetiva y tangible en nuestro plano.

Concluyendo podemos, pues, decir que Jesús poseía un cuerpo físico especial de carne, perfecto, delicado y puro, de vibración superior al común de los hombres mientras vivió encarnado; y se manifestó en cuerpo fluídico, suficientemente condensado, después de la crucifixión y muerte física.

Capítulo 5

LOS REYS MAGOS

Algún tiempo antes del nacimiento, tanto en Palestina como en los países vecinos y en Oriente, corrió el aviso, dado por los sabios asirios y caldeos entendidos en astrología, que se estaba formando, en determinado punto del Zodíaco, una extraña e imprevista conjunción de cuerpos celestes: se aproximaban Júpiter, Saturno y Marte.

Eso, decían ellos, era señal de graves acontecimientos, pudiendo sobrevenir cataclismos y sufrimientos imprevisibles.

Por eso, en todas partes, el pueblo ansioso y atemorizado, miraba el cielo, noches seguidas, en la expectativa de las desgracias anunciadas.

Pero los sacerdotes del Templo de Jerusalén sabían que era llegada la época del nacimiento del Mesías de Israel y se rejubilaban llenos de esperanza, mientras que Herodes — llamado el Grande — en su palacio de mármol y piedra oscura de Jericó, o en Jerusalén, se atormentaba de inquietudes, en la suposición de que tal acontecimiento le robase el trono y el poder, dados por César, porque las esperanzas y deseos del pueblo, bien sabía, eran por un Mesías nacional, que asumiese el poder en Israel, proclamándose rey y expulsando a los romanos invasores.

En las tierras paganas de Grecia, Egipto, Arabia, Persia e

India las Sibilas, también, ya habían, de hacía mucho tiempo, profetizado a respecto del nacimiento y, por eso, una común y profunda expectativa existía, de un acontecimiento extraordinario que estremecería la vida de los hombres y mudaría el destino del mundo.⁸



Hasta que por fin, en una de esas frías y estrelladas noches del invierno palestino, cuando en la profundidad de los espacios siderales, se completaba la insólita conjunción, las vibraciones celestiales descendieron sobre Belén y envolvieron la casa humilde donde el Niño-Luz estaba naciendo.

Y los pastores rústicos, envueltos en sus mantos, en las laderas de los montes cercanos, beneficiados de increíble lucidez, vieron los luminosos claros que descendían del cielo y oyeron el coro inaudible de los Espíritus clamando, para todo el mundo: “Gloria a Dios en las alturas y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad”.

Y así, una vez más, las fuerzas de las sombras fueron vencidas...



Pero este hecho también fue percibido por los sensitivos de las Escuelas de Sabiduría ya citadas, en especial por los Esenios, que se mantenían en oración, vigilantes, esperando la hora del gran evento, del cual tuvieron informaciones directas, por intermedio de los adeptos de la Orden y por los hermanos Terapeutas, que viajaban por todas partes, existiendo, también, algunos en el propio local donde se dio el acontecimiento. En cuanto a los demás, debido a las enormes distancias en que se encontraban, permanecieron

⁸ Ver la obra *En la Cortina del Tiempo*, que describe pormenorizadamente los acontecimientos.

investigando y esperando confirmaciones, porque ignoraban el lugar exacto en donde debía ocurrir el nacimiento.

Pero, por fin, percibieron que la respuesta estaba en el propio cielo, porque la extraña conjunción de astros se operaba en el signo de Piscis que, astrológicamente, era el que gobernaba los hechos de la nación judaica; en cuanto a lo demás, verificaron que la profecía de Miquéas, muy remota, ya informaba a respecto diciendo: “Y tú, Belén Efrata, con cuanto pequeña entre las muchas de Judá, de tí saldrá aquel que será el señor de Israel”.

Como también ya lo afirmaba la profecía de Zoroastro, hecha en Persia, hacía 3.200 años, que decía: “Oh! Vosotros, mis hijos, que ya estáis avisados de Su nacimiento, antes que cualquier otro pueblo; así que veáis la estrella, tomadla por guía y ella os conducirá al lugar donde Él — el Redentor — nació. Adoradlo y ofrecedle regalos porque Él es la palabra, el Verbo, que formó los cielos”.

¿Y todavía no les sobraba, a esos Iniciados, el recurso de la mediumnidad? Así como aconteció con los míseros pastores, que “vieron y oyeron”, ¿no podrían haber sido ellos también avisados por los Espíritus sobre tal acontecimiento, directamente?

En esas comunidades de solitarios, se realizaban prácticas espirituales como las hacemos hoy; muchos de ellos poseían magníficas facultades y un acontecimiento de estos, de tamaño significación para la vida planetaria, ciertamente que sería revelado a todos aquellos que mereciesen conocerlo, en el momento oportuno. Y entre estos se encontraban los llamados Reyes Magos.

Concluyendo, pues, que el Mesías naciera en la Palestina, esos poseedores de sabiduría espiritual de mayor responsabilidad, partieron en esa dirección para conocer y adorar al alto espíritu misionero.



La referencia citada por los propios viajeros a una “estrella guía”, podría ser simplemente simbólica, la estrella en si misma representando la conjunción de astros; como también podría ser un Espíritu visto por la videncia, que, bajo esa forma, sirvió de guía a las caravanas que buscaban aproximarse del Niño-Luz. ¿No es común en los Planos Espirituales, que los desencarnados de cierta categoría adopten la forma de estrellas u otra cualquiera? ¿No es sabido que los Espíritus pueden asumir las formas que deseen, bastando que las imaginen? ¡Esa, hasta podría ser una bellísima forma de participación en un acontecimiento de tal magnitud!

Las caravanas de estos Iniciados mayores viajaron durante mucho tiempo, venidos de sus tierras lejanas y, por fin, se encontraron en feliz o premeditada coincidencia, en Cela, lugar situado en las faldas del Monte Hor, en Arabia, donde se reconocieron y se incorporaron a una caravana de mulas que se aprestaba para atravesar las montañas del Monte Moab, al este del Mar Muerto; en ese punto abandonaron la caravana y siguieron juntos para Jerusalén.



Pero mientras los “Reyes Magos” estudiaban el acontecimiento, hacían sus preparativos y realizaban su demorado y costoso viaje, el Niño-Luz se desenvolvía: a los ocho días fue llevado a la Sinagoga local para ser presentado y registrado, como era costumbre; como también lo era que, al octavo día, los recién nacidos fuesen circuncidados, costumbre adoptada también por los cananeos, fenicios y sirios. Para los judíos esto significaba que, con eso, la criatura entraba en el pacto de Jehová, pasando a ser heredera de las promesas divinas, al mismo tiempo que era una medida de higiene corporal.

A los cuarenta días fue llevado por su Madre a Jerusalén, donde le correspondía promover los ritos de la purificación, que se resumían en un holocausto vivo; en el caso de ella, que contaba

con pocos recursos, el holocausto era de una paloma, entregada en el Altar del Holocausto al sacerdote en servicio, el cual cortaba el pescuezo del ave, lo torcía para atrás de forma que la sangre, al fluir, cayese sobre las brasas del altar; lo que una vez terminado, la víctima todavía estremeciéndose, era tirada a un recipiente existente al lado; en seguida, la que hacía la ofrenda, pasaba al Templo propiamente dicho — El Santo — para que la criatura fuese consagrada al Señor, cuando primogénita, que era el caso de María.

En el Templo se turnaban los sacerdotes, algunos de los cuales eran secretamente afiliados a la Hermandad Esenia, los cuales ya sabían quien era el niño a ser consagrado en aquel día. Por eso prepararon, con cautela, una solemnidad especial: María y José fueron recibidos por los sacerdotes Simón de Bethel y Eleazar rodeados de sus ayudantes. Las vírgenes de Sión cantaron himnos, y oraciones fueron elevadas a los cielos, mientras que el anciano Simón, tomando al Niño en los brazos, lo consagró exclamando: “Ahora, Señor, despide en paz a tu siervo, según tu palabra, porque mis ojos ya vieron tu salvación” (Lc 2:28-30).⁹

En ese momento, el velo del Templo, lujoso, pesado y de enorme altura, se rasgó, cayendo para uno de los lados y una paralítica, que se encontraba cerca, se levantó sobre sus pies y anduvo.

Todo esto, tanto en el momento como después, motivó comentarios y sorpresa y, como medida de seguridad para el Niño, lo alejaron sin pérdida de tiempo, de Jerusalén, porque cualquier hecho o circunstancia que se relacionase con el nacimiento del Mesías de Israel, tan esperado y que ya había ocurrido, según los comentarios existentes y agravados con la llegada, tan comentada, de los “Reyes Magos”, despertaba enseguida la atención y la indeseable interferencia del clero judaico y de los espías de Herodes.

⁹ Simón había recibido mediúmicamente la información de que no moriría mientras no viese la llegada del Mesías.



Herodes, que siempre había estado preocupado con las profecías, así que tomó conocimiento de la conjunción planetaria fuera de lo normal, dispersó sus espías por toda parte, a la pesca de algún nacimiento sobrenatural (como constaba en las profecías) y uno de esos espías vio cuando los tres viajeros orientales, acompañados de sus criados, entraron en la ciudad, indagando a unos y a otros: “¿Dónde está el Mesías Salvador del Mundo, cuya estrella vimos en Oriente?” Y vio también cuando esos ilustres viajeros penetraron en el Templo donde, naturalmente como suponían, obtendrían informaciones serias y positivas.

Esperó la salida de ellos, para seguirlos y descubrir la dirección que buscaban, pero los sacerdotes esenios percibieron el peligro y providenciaron la retirada de los viajeros por pasajes secretos que daban al campo; fuera de los muros, en el camino de Betania; y de allí ellos prosiguieron directamente a Belén, de donde advertidos en sueño de que no debían volver más a Jerusalén, tomaron el rumbo a sus tierras por otros caminos, como consta de Mateo 2:12.

Mas cuando, finalmente, en Belén, fueron conducidos a la presencia del Niño, éste ya estaba crecido (diez meses y medio); y fue una conmovedora escena aquella en que esos altos iniciados se vieron ante la presencia del Señor del Mundo, del Gobernador Planetario. Consultaron sus pergaminos, sus anotaciones, hicieron sobre el Niño las verificaciones propias de las circunstancias, tanto en el cuerpo físico como en el espiritual y, por fin, se convencieron de que realmente, allí estaba encarnado el Mesías Planetario.¹⁰

¹⁰ El Buda Sidarta, por ejemplo, reveló poseer las señales características de su altísima condición misionera. El Dalai Lama, al nacer y antes de asumir el poder religioso, en el Monasterio de Lhasa, en el Tíbet, era procurado, encontrado y aceptado, luego de cuidadosas verificaciones de su identidad y luego también de ofrecer irrecusables pruebas de que era la reencarnación del mismo Espíritu anterior. Para ello, se consultaban los oráculos del Estado y los lamas dotados de

Se postraron, entonces, delante de Él y lo glorificaron; le hicieron ofrendas útiles de recursos propios y necesarios a la vida material y, luego de eso, guiados siempre por esenios terapeutas que conocían el País a fondo, se retiraron para sus lejanas tierras.

El hecho del Divino Maestro haber sido presentado en primer lugar por los pastores humildes, prueba que su tarea era de redención para todos los hombres y, dejándose adorar por altos dignatarios extranjeros, sacerdotes de diferentes religiones, daba testimonio de que su mensaje sería de extensión universal.

facultades mediúmnicas, y luego de ello la búsqueda era entonces empezada. Determinado el lugar del nacimiento, el niño era sometido a innumerables pruebas, inclusive exámenes de aura, del chacra coronario, etc., todo de acuerdo con las tradiciones y los ritos de los lamas.

Capítulo 6

EXILIO EN EL EXTRANJERO

Al tiempo del nacimiento, como ya vimos, gobernaba la Judea, viviendo en sus palacios de Jerusalén y de Jericó, Herodes, el Grande, idumeo de origen, que había asumido el gobierno 39 años antes.

Hubo cuatro Herodes: éste, llamado el Grande, jefe de la estirpe; Herodes Antipas, su hijo, tetrarca de Galilea¹¹ que más tarde mandó matar a Juan el Bautista y tomó parte indirecta en el juzgamiento a Jesús; Herodes Agripa, audaz aventurero que convivía en la corte de los cesares romanos, el mismo que más tarde mandó matar a Tiago en Jerusalén y arrestar a Pedro; y, por fin, Herodes Felipe, gobernador de Iturea, a quien ya nos referimos.

Todos ellos apoyaban a los romanos y por eso eran detestados por sus compatriotas israelitas. Herodes, el Grande, tuvo varias mujeres y a todas exilaba o mandaba matar, lo que, por otra parte, hacía también con sus propios hijos, habiendo mandado ahorcar,

¹¹ El término Tetrarca era un título dado al príncipe que gobernaba la cuarta parte de un reino desmembrado, como era el caso de Antipas, que gobernaba Galilea y Perea, una de las cuatro regiones en que la Palestina (antiguo reino), se separara; siendo las otras: Judea y Samaria (bajo el gobierno del Procurador Romano), e Iturea (provincia al oriente del Jordán), cuyo gobernador era Herodes Felipe.

por motivos de conspiración, a dos de ellos: Alejandro y Aristóbulo, esmeradamente educados en Roma.

Herodes, el Grande, era judío, conocía las escrituras, sabía del valor de las profecías; como cualquier judío, temía a los profetas, pero, sobre todo, temía por su propia seguridad como rey, en vista de las reacciones que el advenimiento de un Mesías nacional produciría en el seno del pueblo.

El pueblo, así como la corte herodiana, vivieron en constante temor hasta la muerte del déspota, que ocurrió en trágicas circunstancias.

Era tradición en esa familia de potentados crueles, que la presencia de un cuervo, cuando bien evidente, representaba un prenuncio de una desgracia. Estaba él asistiendo a un espectáculo en el anfiteatro que construyera en Jericó, cuando un cuervo revoloteó sobre la arena y vino enseguida a apoyarse en una viga del palco en donde se encontraba.

Impresionado, abandonó inmediatamente el circo y regresó a su palacio, donde fue acometido de una terrible enfermedad, el cáncer, de la cual murió en poco tiempo, con atroces padecimientos, abandonado por todos los parientes y servidores.

Vivía él rodeado de magos y adivinos (como era común entre las cortes reales) y mantenía un ejército de espías dispersados por el país y países vecinos, (ya vimos como uno de esos espías observó la llegada de los “Reyes Magos”, su entrada en el Templo, y como fue burlado en su investigación). No habiendo podido arrancar de esos ilustres viajeros el secreto de la identidad y de la localización del supuesto Mesías, duplicó su vigilancia y, durante casi dos años, investigó en todo el país sin el menor resultado, concentrando, por fin, sus búsquedas en los alrededores de Belén, que las profecías señalaban como lugar del nacimiento.¹²

¹² Este es el local en donde Mateo hace referencia de haber habido una matanza de criaturas por orden de Herodes, en la esperanza de que entre los muertos estuviese también el Mesías esperado.



Pero como las búsquedas se multiplicaban, poniendo en peligro la seguridad del Niño-Luz, los Espíritus protectores aconsejaron, en sueño, a José, que se ausentase del país para Egipto, lo que fue hecho con el auxilio de los Esenios que, como ya dijimos, poseían innumerables adeptos dispersados por todas partes, además de los Hermanos Terapeutas, que viajaban constantemente en el trabajo de socorro y auxilio al pueblo necesitado, país donde José, para mantener a la familia, trabajó en su oficio de carpintero. Otra versión, de carácter mediúmnic, dice que los Terapeutas llevaron al Pequeño y sus Padres para Fenicia, lugar donde Herodes no tenía autoridad, y allí los agasajaron en el convento del Monte Hermón, en donde permanecieron durante cinco años, hasta bastante después de la muerte de Herodes y de las luchas internas que hubo entre sus herederos, en la disputa de cargos y de riquezas; y que, después de desaparecido todo peligro, volvieron para Nazaret, situada, como sabemos en Galilea, a 123 kilómetros de Belén.¹³

¹³ En esa casa de Nazaret, vivió María y después del drama del Gólgota, se tornó el punto de reunión de los apóstoles y de los discípulos durante la persecución del clero judaico, que solamente disminuyó con la muerte del anciano Hanán y la conversión de Saulo de Tarso.

Capítulo 7

LA CIUDAD DE NAZARET

La ciudad de Nazaret, donde el Niño pasó los primeros tiempos de su infancia, quedaba situada en un valle fértil y bello, y tenía una población de más o menos 5.000 personas.

Era un aglomerado de casitas bajas, en la mayor parte enclavadas en las laderas de las montañas, para dentro de las cuales quedaban los cómodos interiores. Casas rústicas, mal ventiladas, oscuras, sin embargo frescas en verano y bien protegidas en invierno.

Era rodeada de olivares y viñedos, que descendían de las laderas formando escalones. Reposo obligatorio de las caravanas que venían de Damasco o de Jerusalén y, por eso mismo, lugar mal frecuentado y de mala fama. Poseía varios pozos de agua y albergues para caravaneros y florecían allí las tiendas de los herreros, carpinteros y otros artífices que trabajaban para atender a las necesidades de las caravanas.

Nazaret quedaba bien en el centro de Galilea que, por su vez, era región despreciada por los judíos, por ser habitada por hombres rústicos, poco fieles a las leyes y a los ritos judaicos. Por eso los judíos decían de ellos: “ese pueblo sentado en las tinieblas y en las sombras de la muerte...”

Realmente gente de sangre impura, mezcla de sirios, fenicios, babilonios y griegos y, cuando el nombre de Jesús comenzó a ser citado como rabí poderoso, los judíos escarnecían, diciendo y

escupiendo de lado: “No saldrá profeta de la Galilea”. Y cuando verificaron que él era de Nazaret, entonces exclamaban preguntando: “¿Puede venir alguna cosa buena de Nazaret?”. Y mucho más tarde, después del bautismo simbólico de Jesús, al organizarse el cuadro de los discípulos, convidaron a Natanael, de Caná a seguirlo, y éste repitió el mismo refrán, dudando: “¿Puede venir alguna cosa buena de Nazaret?”.

Sus habitantes, sobre todo los más pobres, usaban una túnica, atada a la cintura por una cuerda de lino, andaban descalzos o con una suela de madera presa a los pies.

Nazaret no quedaba propiamente en el camino de las caravanas, pero a una pequeña distancia de ésta, el camino principal pasaba por Séforis, la capital de la provincia, ciudad importante, a medio día a burro de Nazaret y donde había escuelas, academias e innúmeras sinagogas, cuyos letrados estaban siempre al tanto de las enmiendas y alteraciones que, en Jerusalén, se hacían en los escritos, por las academias mayores dirigidas por Hillel, por Schammai y Nicodemo.

En toda la Palestina la sociedad era dividida en hombres “puros e impuros”, cultos, de genealogía pura, cumplidores exactos de la Ley, denominados charevins; e incultos, rústicos, hombres de la tierra de genealogía oscura, confusa, mezclada a razas impuras, denominados amharets.

En Galilea predominaban los hombres de la tierra, los impuros, pero era ella la región más bella de Palestina.

Hasta el habla de los galileos era diferente y tenida como bárbara. Tan diferente que Simón Pedro, en el patio de Hanán, alrededor del fuego, en aquella noche fría y triste en que el Maestro estaba siendo juzgado, intentó negar ser su discípulo, cuando fue interpelado por una mujer del servicio de la casa. Fue por ella desenmascarado inmediatamente cuando ella dijo: “Tú eres también de esa gente, pues te reconozco por el habla”.

En la ciudad todos se dedicaban al trabajo, sol a sol, pues eran pobres, casi sin excepción. Además todo israelita aprendía un

oficio. Había un refrán que decía: “aquel que no enseña un oficio a su hijo lo prepara para salteador de caminos”.

Pablo de Tarso, por ejemplo, era tejedor; Nicodemo era barbero, Judas aceitero; José carpintero y el propio Jesús, después de la muerte de su padre, que se dio en el año 23, concurrió a la manutención de la familia, trabajando en el mismo oficio, cuando sus hermanos afines también ya se habían casado.

INFANCIA Y JUVENTUD DEL MESÍAS

Desde que sus padres volvieron a Nazaret, venidos del demorado exilio, el Niño comenzó a frecuentar la sinagoga local, acompañando a la familia los sábados, para aprender a orar según los ritos e instruirse en la Thorá; sin embargo, al poco tiempo, sus extraordinarias cualidades lo pusieron en franca evidencia, no solamente ante los maestros como también ante los compañeros, creándole hostilidades de muchas clases; y eso obligó a sus padres a providenciar su instrucción primaria en la propia residencia, con el auxilio del hazán de la sinagoga local.

Él era realmente diferente de los demás niños y no los acompañaba en sus diversiones y juegos; poseía una inteligencia fuera de lo común y una seriedad que irritaba a todos.

El Templo local era una amplia sala rústica, con dos columnas laterales, con tabiques de madera separando a los hombres de las mujeres; a los lados había bancos y, al fondo, una elevada tarima, conteniendo un armario para guardar los rollos de las escrituras y los símbolos judaicos, que eran tres, a saber: la miniatura de la arca de la Thorá; el racimo de uvas y el candelabro de siete brazos; una mesita de patas altas con estante, para facilitar la lectura de los rollos y, al frente de la tarima, varios asientos especiales para las personas más importantes del lugar, que permanecían de frente a la concurrencia. Eran los llamados “primeros lugares”, a los que Jesús se refirió en una de sus parábolas.

Luego abajo existía una silla de piedra llamada “el trono de Moisés”, donde se sentaba el hazán, rodeado de los siete consejeros letrados, que usaban una túnica ritual negra. Después del púlpito estaba el pueblo, sentado en pequeños bancos rústicos, agrupados según las profesiones y condiciones de “pureza e impureza”.

En la jerarquía profesional, eran consideradas profesiones más elevadas y dignas: las de fabricantes de sandalias, ropas y paramentos; e inferiores: las de tejedor, curtidor, trasquilador, vendedor de ungüentos y perfumes, estos dos últimos considerados de mala fama, por tratar más particularmente con mujeres.

Más alejados estaban los que no tenían profesión, los mendigos y, todavía más lejos, los arrieros, los que recogían las sobras de las cosechas y, por último, los sitiante, que no cumplían con los ritos de la Thorá; los gentíos y nativos edomitas y moabitas, estos últimos estaban presentes solamente para oír los textos que les eran repetidos, al final, en aramaico, lengua usada también en la Siria oriental.



En aquel tiempo lo que más preocupaba a todos los Espíritus era la inminente llegada del Mesías Nacional y, a los niños, se les enseñaban profecías evocativas, leyendo versículo por versículo y memorizándolos todos ellos, para repetir cuando fueran interrogados.

Cuando Jesús iba al Templo local, en las ceremonias públicas del culto, su Espíritu acostumbraba, a veces, exteriorizarse e imprevistamente intervenía, de una o de otra forma, esclareciendo a los oyentes, como si fuera una autoridad sapiente.

En una de las primeras veces que estuvo allí, interrumpió al hazán¹⁴ para corregir una interpretación del texto leído, referente

¹⁴ Sacerdote o funcionario de la administración de los servicios del Templo y de sus relaciones públicas.

al profeta Samuel y eso, como era natural por su poca edad y atrevimiento, causó escándalo.

Después que pasó a estudiar en casa y ya habiéndose desarrollado bastante ayudaba a sus padres en los trabajos domésticos, en el cultivo del huerto y en el apacentamiento del pequeño rebaño de la familia y, en esos trabajos, aprendió los hábitos y las costumbres del pueblo local. Por otra parte, interrogaba a los dirigentes y miembros de las caravanas para obtener conocimientos sobre países extranjeros, sus costumbres, religiones, etc., y todo contribuyó bastante para que pudiese idealizar, más tarde, sus maravillosas parábolas y alegorías.

El Evangelio está repleto de narrativas sobre curas y “milagros” efectuados por Jesús. En realidad, esto venía aconteciendo desde sus primeros días y acontecería hasta en los trágicos momentos del Gólgota.

Desde niño, el Divino Enviado, muchas veces solamente con su presencia, operaba curas y fenómenos no comunes y, a medida que sus poderes psíquicos se fueron exteriorizando con el crecimiento, mayores y más numerosas eran las circunstancias que tales fenómenos sucedían, llenando de asombro y respeto a todos aquellos que los presenciaban.

Al deparar ante el sufrimiento humano en cualquiera de sus formas, el Divino Maestro se sentía tomado de compasión y fluidos magnéticos irradiaban de él en grandes ondas.

Como Espíritu de elevadísima condición (pues era un serafín del Séptimo Cielo de Amadores), ya integrado en la unidad de la Creación Divina, Espíritu de la Esfera Crística, padecía con los sufrimientos de los hombres y no siempre podía esconder las propias lágrimas.

Al aproximarse de sufrientes y malhechores su corazón sangraba y no se tranquilizaban mientras no beneficiaba a todos ellos. Y, con el correr del tiempo, esa sensibilidad extraordinaria, realmente divina, aumentó de tal forma, que muchas veces (como

acontecía en el período de las predicaciones), lo llevaba al agotamiento físico, siendo obligado a alejarse para restablecerse, porque estaba actuando en un cuerpo de carne, sujeto a las debilidades del plano denso en que vivimos.

Desde su adolescencia, en Nazaret, con el auxilio del hazán local, asistía y socorría a los necesitados, inclusive esclavos y perseguidos.¹⁵

“Si tienes amor a tu prójimo”, decía Jesús, “Sentirás en ti mismo sus dolores y alegrías y, cuando enfermo, podrás curarlo de sus males”.

“El sufrimiento”, afirmaba, “es la fuente del amor; los dolores son cuerdas que nos atan al Padre del Cielo”. “Bien aventurados”, acrecentaba, “los que sufren miseria y enfermedad, porque pagan en esta vida sus deudas y grandes alegrías preparan para si mismos en la vida eterna”.

A los enfermos, muchas veces, cuando era joven, preguntaba: “¿Crees que soy capaz de curarte?”. Si la respuesta era afirmativa, respondía: “Pues entonces estás curado, porque la fe es una fuerza poderosa”. Otras veces preguntaba: “¿Crees sinceramente en la misericordia de nuestro Padre Celeste?”. Si la respuesta era afirmativa, decía: “Entonces, de cierto que te curarás, porque la bondad de Dios es infinita”.

Y siempre terminaba esos cortos diálogos, pidiendo a Dios, fervorosamente, por la cura del enfermo.

¹⁵ Por la legislación de entonces, el esclavo que huía y se refugiaba en una casa no debía ser devuelto al dueño, mas si aceptado y protegido. Después de siete años de servicio, el esclavo podía pedir su libertad, que era dada mediante un documento escrito, que las autoridades tenían el deber de proporcionar.

Capítulo 8

JERUSALÉN

Al tiempo de Jesús, en Palestina, había aproximadamente tres millones de habitantes. (Fig. 1)

Se dividía en cuatro provincias, a saber:

Iturea, al oriente de Jordán; Galilea, abarcando parte de Perea, al norte; al centro la famosa Samaria, enemiga de los judíos, que levantara en el Monte Garizin un enorme templo que rivalizaba, en límites, con el de Jerusalén; y al sur, la Judea, cuna de los judíos de raza pura y aristocrática.

Jerusalén era la capital nacional, famosa en todo el mundo antiguo, centro de la vida religiosa, sede del gobierno nacional, situada sobre un altiplano de casi mil metros de altitud, defendida por cinco kilómetros de murallas y profundos valles y montes, en uno de los cuales estaba localizado el Gran Templo.

La ciudad poseía tres barrios, a saber: la ciudad alta, residencia de los ricos, situada en el Monte Sión; la ciudad baja, situada a las márgenes del Foso de Terapion, donde se aglomeraba el pueblo pobre; y el barrio del Templo, con sus vastísimas dependencias, dominando todas las inmediaciones y ligado a la ciudad alta por medio de un ancho y extenso puente de piedra.

Normalmente, era de 65 mil a 70 mil personas la población de la ciudad, número éste permanente multiplicado por el intenso movimiento de forasteros y peregrinos.



Por la Pascua del año 12, habiendo alcanzado una edad legal, que le permitía cierta independencia, Jesús, por primera vez, acompañó a su familia en la peregrinación de costumbre, en el mes de Nizan.¹⁶

En esa época, de todos los puntos de Palestina y de países vecinos llegaban a la Capital judaica, innumerables caravanas de peregrinos que se reunían según las procedencias, intereses, amistades, lazos de familia, etc. Al pasar una caravana por un determinado lugar, se le unían todos aquellos que lo desearan, luego del debido entendimiento con el guía que la comandaba.

La ruta de Nazaret a Jerusalén, después de la ciudad de Siquém, se tornaba peligrosa por causa de las bandas de malhechores romanos, herodianos y también judíos que infestaban los descampados. Además de esto Siquém quedaba en Samaria, región detestada y prohibida. Por eso todos viajaban en grupos o caravanas que tenían guardias armados para defender a los viajeros y preferían esta ruta más extensa, pero más segura, con 140 kilómetros, pasando sucesivamente por Scytópolis, Sebaste, Antipatris y Nicópolis.

Por esta ruta, al tercer día, los peregrinos alcanzaban la Capital, pasando, al llegar, por el camino de las rocas rojas, que llamaban de Camino de Sangre. Por fin, subían al Monte de los Olivos, de cuya cima se veían las cúpulas doradas del Gran Templo. Entonces agitaban hojas de palmeras, arrancadas de los arbustos rastreros y entonaban el “Cántico de los Escalones”, de David: “Ale! Ale! Aleluya! Nuestros pasos se detienen a tus puertas, oh! Jerusalén!”. Este canto bien representaba la gran alegría de la llegada.

Describir lo que pasaba en Jerusalén durante la Pascua es tarea enorme, mucho más allá de los límites puestos a esta obra y nos limitamos a decir que, al llegar, los peregrinos se albergaban,

¹⁶ Marzo. Son los meses del calendario hebreo, en el mismo orden del nuestro: Shebat – Adar – Nizan – Zif – Sivan – Tammuz – Ab – Elul – Tishri – Bul – Kislev – Tebeth.

parte en casa de parientes, parte acampaba en lugares previamente determinados por las autoridades clericales, pero siempre dentro de los muros y muchos permanecían sin abrigo, alojándose a la sombra de los muros, puertas de residencias, edificios públicos, etc. (Fig. 2)

Los que acampaban, armaban sus tiendas, muchas de ellas ricamente adornadas de guirnaldas y barras de púrpura, con indicaciones de sus orígenes geográficos; preparaban allí sus alimentos, exponían mercancías para la venta, iniciaban visitas de negocios, se mezclaban con la multitud en las calles y en el Patio de los Gentíos, en el Templo, mientras nuevas caravanas desfilaban por las calles llegando de todas partes y llenando a la ciudad de voceríos y alboroto.

Y esto duraba día y noche, durante todo el tiempo en que las ceremonias de la Pascua se desarrollaban en la ciudad, hasta que, concluidas estas, los diferentes grupos se reagrupaban en las mismas condiciones de llegada y partían, uno por uno, buscando las puertas de la ciudad, cantando coros, rumbo a sus lejanos hogares.

En Jerusalén, los padres de Jesús se hospedaban en casa de Lía, pariente de María, en donde también se juntaban otros parientes y conocidos, disponiendo de cómodos interiores y de los patios.

Fue en esas condiciones, dice el Evangelio, “que al regresar la caravana, en el primer descanso¹⁷, se encontraron a faltar al Niño y volvieron a la ciudad para buscarlo; y que lo encontraron, al cabo de tres días, en uno de los patios del Templo, discutiendo con los doctores”.

No hay que extrañarse con esta desaparición porque, a la hora de la partida, siempre había un intenso alboroto en la caravana, hasta que ésta se formase en orden y, cuando ella se movía, los varones iban adelante cantando y tocando sus instrumentos, luego enseguida venían las mujeres y los ancianos, con sus bordones. Mientras que los chicos, andaban de un lado para otro, libremente, en la marcha, a veces corriendo delante de la caravana, para llegar

¹⁷ Beeroth, no citado, a 15 km de la ciudad.

primero al punto de descanso. De manera que a la salida, los padres del Niño, no estando juntos, mas separados, uno pensó que el Niño estaba en la compañía del otro o, talvez, en compañía de otros niños, en sus alegres correrías, dándose cuenta de que faltaba solamente después de que todos llegaron al descanso.

Por eso, volvieron para buscarlo y lo encontraron en el Templo **discutiendo con los doctores.**

Fig.2

Capítulo 9

JESÚS EN EL TEMPLO

En el Templo, era costumbre que los rabinos se sentaran en bancos rústicos, en los pórticos de entrada y en sus patios públicos, y alrededor de ellos, se juntaba la multitud de asistentes, deseosos siempre de oír comentarios sobre la Ley de Moisés que cada rabino hacía según los puntos de vista de la “Escuela”, de la línea iniciática a la que pertenecía, esto es, de los saduceos o de los fariseos, de las escuelas de Hillel o de Schamai.

Jesús realmente no había seguido a la caravana; el Templo lo atraía de forma irresistible y, durante los días que pasó en la ciudad, no andaba en otros lugares sino allí dentro, inspeccionando todos los lugares, patios y dependencias, observando todo lo que pasaba.

En aquel día, se aproximó a una reunión que se realizaba en el patio de Nicolás de Damasco¹⁸ en donde se debatían los apasionantes problemas relacionados con la venida del Mesías nacional.



Doce años ya habían transcurrido desde que se dio la conjunción planetaria como indicio y todavía nada había sucedido

¹⁸ Letrado fariseo, antiguo ministro de la corte de Herodes, el Grande.

y nada se sabía al respecto de su nacimiento tan esperado. ¿Habría Él llegado? Nada se sabía, tampoco, sobre la venida de Elías, el profeta de la antigüedad. ¿Las Escrituras no decían que Elías debería venir primero para prepararle el camino? Si ya había venido, ¿por qué entonces no aparecía? ¿Israel no estaba desde hacía tanto tiempo sufriendo la desgracia de la esclavitud? Era esto lo que discutían acaloradamente los ancianos rabinos, mientras el Niño estaba a un lado, sin ser percibido, oyendo los comentarios hasta que, por fin, intervino de súbito, como acostumbraba hacer a veces, pasando a hablar con extraordinaria seguridad y sabiduría, diciendo que “Dios, el supremo creador, les había dado como primera ley el amor por Él sobre todas las cosas y que ahora, a través del Mesías, les daría la misma ley, sin embargo, llevada a la suprema altura del amor por todas las criaturas y por todas las cosas”.

“Que la ley del Padre creador y supremo donador de la vida, jamás se ejerce por la cólera, sino por la justicia, que rige invariablemente en todos los mundos del inmenso universo. Por el amor estaréis en mi dice el Padre y estaré en vosotros, pues sois una emanación de mi supremo ser. El Mesías que esperáis ya está entre vosotros y será mi verbo, para que os améis unos a los otros y os podáis integrar en la unidad divina que es Luz, Energía y Amor eterno”.

Mientras hablaba, el Niño parecía irradiar intensa luz a su alrededor y crecía en estatura, mayor que un hombre. Pero, de súbito, se calló, mientras los doctores presentes, paralizados de asombro, se miraban, porque el niño había esclarecido sus dudas y tocado profundamente sus almas.

Cuando se alejó, ellos dijeron entre sí: “El Espíritu Divino sopló ahora en este lugar”.

Capítulo 10

EL GRAN TEMPLO JUDAICO

Idealizado por el rey David y construido en el reinado de su hijo Salomón, el Gran Templo era el orgullo y la gloria de la nación.

Orientó su construcción un equipo de técnicos fenicios, enviados por el rey Hiram, a cambio de mercancías y de seguridad de paz entre los reinos.

La construcción, según algunos autores, llevó solamente tres años, del 1006 al 1003 a.C.; fue destruido por los caldeos en el 587 a.C.; reconstruido por Zorobabel, uno de los jefes del pueblo esclavizado en Babilonia, al tiempo de Ciro; damnificado por Pompeyo en el 63 a.C.; y, por fin, reparado por Herodes, el Grande.

Su arquitectura recordaba a la de los Templos egipcios y fenicios. Tenía proporciones monumentales y era ornamentado con un lujo extraordinario.

En su aspecto general, el Templo era constituido de dos rectángulos concéntricos, separados por enormes patios. Todos los lados de esos rectángulos eran formados por galerías y columnas con amplios pórticos. Los lados del rectángulo exterior tenían 470 metros de largo en el sentido norte-sur y 380 en el sentido este-oeste. La puerta central, en el primer rectángulo, tenía 3 paseos con 4 hileras de 41 columnas de mármol en todo el largo, cada una de ellas midiendo 6 metros de circunferencia. El pueblo transitaba

por las galerías laterales, que tenían, cada una de ellas, dos paseos de 9 metros de ancho.

Había 4 puertas al oeste, 2 al sur y 2 al este, formando éstas la llamada Puerta Dorada. Al sudoeste había una puerta, que llevaba a un puente de gran extensión, que unía el Templo a la Ciudad Alta.

Penetrando por cualquiera de estas entradas, se llegaba al Patio de los Gentíos, construido en torno del cuerpo central del Templo y que comportaba 140.000 personas. Ningún extranjero podía pasar más allá de este patio, bajo la pena de muerte. Enseguida, venía una explanada llamada Patio de los Israelitas, ya en el cuerpo central del Templo, en el que cabían 50.000 personas y en donde los asistentes podían resguardarse en las ceremonias rituales y holocaustos mayores.

Al final de la explanada se levantaba una construcción interna, tenida como sagrada, de 185 por 110 metros, al lado de la cual se encontraban los aposentos de los sacerdotes de servicio y de guarda de los objetos de uso en los diferentes rituales del culto.

Penetrando en ese edificio central por el lado este, se subía una ancha escalera y se llegaba al Patio de las Mujeres, en el que cabían 14.000 personas. De este patio, por una escalera circular de 15 peldaños, se subía al Atrio Superior de los Hombres, en el que cabían 10.000 personas y terminaba en una monumental puerta de bronce con 22 metros de altura y que a la noche se cerraba. De allí se pasaba al Patio de los Levitas, que tenía 80 metros de ancho, y en el centro estaba el Altar de los Sacrificios, recubierto de espesas láminas de bronce, al cual se llegaba subiendo una ancha rampa de 8 metros. De la mañana a la noche, ardía sobre ese altar un brasero tenido como sagrado, que consumía la carne de las víctimas, hasta allí llevadas por sacerdotes auxiliares; y a su lado existía un enorme tanque de agua.

Atrás de ese patio, se levantaba el Santuario propiamente dicho, con 45 metros de ancho y que se dividía en tres partes, a

saber: la del frente, donde estaban los levitas, mientras el sacerdote de servicio oficiaba; la del medio, llamada El Santo, donde estaba situado el Altar de los Perfumes, decorado de placas de oro y cuya puerta, también, recubierta de oro, sólo se abría a la hora de los sacrificios, permaneciendo siempre cubierta por una cortina de púrpura violeta; y, por último, el Santo Santorum que era un cuadrado de 10 metros de cada lado, completamente oscuro, como la antigua Arca de la Alianza del pueblo en el desierto y donde nadie entraba a no ser el sumo sacerdote, una vez por año.¹⁹

En el ángulo sudeste del Templo, se levantaba la Torre llamada Pináculo o Luzbel para donde, según la tradición, Jesús fue transportado por el Espíritu del Mal, cuando éste lo tentó, en el desierto, luego del bautismo de Juan. Y en el ángulo noroeste estaba enclavada, en la construcción general, la Fortaleza Antonia, con sus murallas de 21 metros de altura y su torre de 36 metros, ocupada por los romanos y desde la cual sus centinelas vigilaban, noche y día, todo lo que se pasaba en los patios exteriores del Templo, siendo este uno de los motivos determinantes del odio que merecían los invasores por parte de los sacerdotes y del pueblo.

De las inmensas columnas del Templo descendían cortinas rojas, azules, blancas y moradas, simbolizando los cuatro elementos de la Naturaleza: tierra, aire, fuego y agua.

Las puertas del Templo eran vigiladas rigurosamente por centinelas, habiendo un severo control interno y externo, realizado por los Guardias del Templo, cuyo comandante era uno de los sacerdotes subordinados al sgan del Templo, casi siempre miembro de la familia del Sumo Sacerdote, que en la época era Caifas, yerno de Hanán, cuya familia absorbía la mayoría de los cargos importantes.

¹⁹ El general romano Pompeio, cuando tomó Jerusalén, en el año 63, penetró por la fuerza en ese santuario, movido por la curiosidad de conocer el secreto que allí existía, conforme era corriente. Sin embargo, nada encontró.

Capítulo 11

REYES Y LÍDERES

A ese tiempo, tres familias disputaban periódicamente, alternándose, el cargo de Sumo Sacerdote: La de Boetus, la de Phabi y la de Hanán.

En su odio contra las corrientes dominadoras, a saber, la extranjera y la clerical, el pueblo, en todas las oportunidades, las injuriaba, gritando: maldita sea la familia de Boetus; maldita sea la familia de Phabi; maldita sea la familia de Hanán.

Eran familias aristocráticas y poderosas y entre ellas sobresalía la de Hanán, que se venía manteniendo en los cargos hacía veinte años, a costo de sucesivas y regias ofertas a los romanos. Esa familia ya dio muchos sacerdotes y, más tarde, en el año 70, al ser la ciudad destruida por los romanos, por Tito Vespasiano, era todavía un Hanán que ocupaba el cargo. Normalmente este era obtenido por elección, por el voto de los sacerdotes de jerarquía más elevada, o por acomodaciones ventajosas entre ellos; pero, en la época de Jesús, en régimen de plena corrupción, los procuradores romanos ponían el cargo en subasta anualmente.



La Palestina, después de la conquista de Pompeyo, en el año 63 a.C., y la subsecuente transformación en provincia del Imperio,

deca­yó rápi­damente de su antiguo poderío. La conquista se dio cuando el país era gobernado por el rey nativo Hircano, descendiente de los Macabeos, pero, con la muerte de este rey y después de varias luchas internas, el ambicioso Herodes — futu­ramente llamado El Grande — consiguió proclamarse rey dependiente de Roma y gobernar despóticamente varios años, hasta el día de su muerte trágica.

Su pensamiento era formar una estirpe real de su nombre y, en su testamento, dividió al país en tres partes y las legó a sus tres hijos, con el mismo título de reyes; pero el emperador romano negó tal deseo, concediéndoles solamente el título de gobernadores. Así, Arquelao fue indicado como etnarca de Judea y de Samaria; Herodes Antipas, tetrarca de Galilea; y Herodes Felipe, tetrarca de Itureia.²⁰

Sin embargo, luego de la división, no tardó que Arquelao, el que tuvo mejor adquisición, por sus crueldades y desmandos, fuese dimitido por los romanos y exilado en las Galias, pasando Judea y Samaria a ser gobernadas por un procurador del Imperio, el tercero de los cuales fue Pilatos.

Pilatos pertenecía al ejército de Germánico, hijo de Augusto, asesinado en Alejandría por mandato de Tiberio, el emperador actual. Aventurero y ambicioso sin escrúpulos, aceptó casarse con Claudia, hijastra de Tiberio, de fama poco honrosa. Después del casamiento, Pilatos pidió el gobierno de Judea, por ser muy rentable.

Normalmente, el Procurador vivía en Cesarea, capital litoraleña, en el Mediterráneo, pero cuando venía a Jerusalén, principalmente en los días en que aumentaba el flujo de los peregrinos (lo que siempre presagiaba tumultos), se hospedaba en el Palacio de Herodes, la edificación más lujosa, cuando no se encerraba directamente en la Fortaleza Antonia, según las circunstancias.

²⁰ Tetrarca, palabra griega significando para los romanos, en su división territorial, príncipe o funcionario que gobernaba la cuarta parte de un reino desmembrado; Etnarca, título dado a quien gobernaba una provincia.

Los líderes espirituales del pueblo no eran, en realidad, los sumo sacerdotes, como sería natural que fuese, mas sí, los rabies, los intérpretes de la Ley que, normalmente usaban vestimentas con franjas y cintas de cuero en la frente y en los brazos.

Llevaban al pueblo para donde querían, siendo seguidos fanáticamente y, por eso, siempre vigilados por el Sanedrín.

Los Sumos Sacerdotes eran aristócratas, casi siempre de la corriente de los saduceos, en cuanto los rabies eran fariseos, hombres del pueblo, sin uniones partidarias, que se limitaban a la interpretación de la Ley, consignada en la Thorá. En cuanto los rabies encarnaban los sentimientos religiosos predominantes, los sacerdotes representaban el poder político.

Todos los pueblos adoran arte, ciencia, deporte, luchas, riquezas, glorias mundanas, pero los judíos, en ese tiempo, despreciaban todo esto y solamente adoraban a su Dios Jeovah. Esto, además, les venía de su destino de pueblo escogido, con alianza remota, obtenida por su ancestral Abraham, su primer patriarca con el Dios nacional.

Como ya dijimos, el Templo era el centro vital de la vida judaica, tanto para los habitantes de la Palestina, como de la Diáspora, y los sumo sacerdotes eran los señores del Templo, con plenos poderes sobre sus súbditos.

Como todas las provincias romanas, la Palestina gozaba de libertad religiosa y judicial, ésta ejercida por el tribunal del Sanedrín; solamente no tenía poderes para decretar penas de muerte, que eran de jurisdicción de los romanos, representados por el Procurador de César.

El Sanedrín cobraba exageradamente al pueblo con tributos de toda suerte, que eran pagados religiosamente, además de aquellos que eran debidos a los romanos invasores y a los reyes locales.

Capítulo 12

LAS SECTAS NACIONALES

Al tiempo del nacimiento de Jesús, existían diferentes sectas influyendo en la vida de la Nación, a saber: los Fariseos, los Saduceos, los Zelotes y los Esenios.

LOS FARISEUS

El término viene de **perischins** que significa **separados, distinguidos**.

Los fariseos eran considerados los verdaderos judíos de la época, los que mejor prestaban culto e interpretaban la Thorá. Dotados de mentalidad estrecha, llevaban al máximo rigor el culto exterior y la expresión literal de los textos. Por otra parte, se esforzaban por imponer al pueblo reglas y rituales que jamás pertenecieron a las enseñanzas de Moisés, de los cuales se decían y juzgaban fieles seguidores. Ricos y orgullosos, fue contra ellos que Jesús dirigió gran parte de sus apóstrofes y advertencias.

Creían en la inmortalidad del alma y en la resurrección. Eran fatalistas, colocando siempre bajo la voluntad de Dios la buena o mala conducta de los hombres. Creían también que las almas de los virtuosos volvían a habitar nuevos cuerpos, en cuanto que la de los malhechores y de los heréticos eran sometidas a castigos eternos después de la muerte.

LOS SADUCEOS

El termo viene de Sadic — el Justo — o de Sadoc, justicia.

Tuvieron su origen en Egipto. Usaban los cabellos peinados en forma redondeada y en general usaban tonsura.

Eran libres pensadores, materialistas y escépticos. No creían en la fatalidad o en el destino y también discordaban con los fariseos en atribuir a Dios la buena o mala conducta de los hombres. El hombre, decían, debe guiarse por el libre albedrío y es el único autor de su infelicidad o ventura.

Negaban la inmortalidad del alma, la resurrección, y consecuentemente, las penas y recompensas futuras. En el culto, solamente admitían las prácticas fijadas por la Ley.

Eran menos numerosos que los fariseos, sin embargo sus riquezas y prestigio los colocaban en los puestos más altos de la administración y de la sociedad. Por eso eran pacíficos y acomodados y no se dejaban envolver por la expectativa general de la venida de un Mesías Nacional.

Disputaban siempre, y con frecuente ventaja, el cargo de sumo sacerdote, por la gran influencia que éste ejercía en la vida de la Nación.

LOS ZELOTES, o celadores

Su influencia era siempre ocasional, no permanente como la de los dos anteriores. Eran los remanentes de la secta nacionalista fundada por Jesús de Gamala — el gaulonita — y venían en una línea directa de los Macabeos, los más nacionalistas de todos los jefes y reyes de la antigüedad nacional.

Más tarde esta secta adquirió extraordinaria importancia en la vida política del país, porque de ella vinieron los elementos que más decisiva y definitivamente concurrieron para el desencadenamiento de las revueltas de 70 y 117 a.D. contra los

romanos invasores y que tuvieron como resultado primeramente el cerco y la destrucción de Jerusalén y del Templo y, más tarde, el epílogo desastroso del exterminio en masa de la población, y consecuente expatriación de los que sobrevivieron a las represalias romanas.

LOS ESENIOS²¹

Secta disidente que, por su importancia histórico religiosa merece un capítulo aparte, como sigue:

²¹ El termo deriva del nombre Esen, hijo de Moisés, uno de los hierofantes que lo acompañaron al Monte Nebo, donde falleció en su exilio voluntario.

Capítulo 13

LA FRATERNIDAD ESENIA

Cuando el Gobernador Planetario encarnó como Jesús de Nazaret, para su inmortal misión de sacrificio, otros Espíritus, debidamente calificados, descendieron también para auxiliarlo y prepararle los caminos. Así, los familiares, los discípulos, los apóstoles...

Una de las más marcantes de esas tareas cupo a la Fraternidad de los Esenios, que lo amparó desde joven hasta los últimos instantes de su tarea redentora.

Juan Bautista era esenio y, cuando descendió hacia las márgenes del Alto Jordán, venido del Monasterio del Monte Hermón, en Fenicia, para dar cumplimiento a su tarea de Precursor del Mesías, lo hizo atendiendo órdenes que desde hacía mucho aguardaba, esperando a su vez.

Poseedores, desde hacía siglos, de las tradiciones de sabiduría de los antepasados, los esenios conservaban, en sus monasterios en las montañas palestinas, fenicias y árabes, archivos preciosos y conocimientos relacionados con el pasado de la humanidad; y así como la Fraternidad de los Profetas Blancos, en la legendaria Atlántida, apoyó a los Misioneros Anfión y Antulio, que allí encarnaron, y la Fraternidad Kobda apoyó a los que difundieron las verdades espirituales en Egipto y en la Mesopotamia, así ellos, los Esenios, apoyaron a Jesús en la Palestina.

Aunque menos numerosos, según parecía, su número entretanto no era conocido con exactitud y, si muy reducida era su influencia en los círculos del Gobierno, muy profunda y amplia era la que ejercía en el seno del pueblo humilde, en toda Palestina, donde eran considerados sabios y santos, poseedores de altos poderes espirituales.

Vivían alejados del mundo, como anacoretas, en monasterios y grutas en los acantilados circunvecinos, porque no concordaban con los rumbos que el clero judío había dado a las enseñanzas mosaicas de las cuales ellos, los esenios, eran los herederos directos y poseían archivos auténticos y fieles.

Según ellos, las virtudes y la conducta recta dependían de la abstinencia y del dominio de las pasiones inferiores. Se abstentaban del casamiento y adoptaban niños huérfanos como hijos. Vivían en comunidades, despreciando las riquezas, las posiciones y los bienes del mundo. Exigían que se entregaran los bienes personales a la Orden, por parte de los que deseaban ingresar en ella.

Vestían túnicas blancas u oscuras y cuando viajaban no cargaban equipaje ni alforjas, ropas u objetos de uso, porque, por todos los lugares que anduviesen, encontrarían recibimiento por parte de los miembros de la Orden. Esta exigía que en todas las villas y ciudades hubiese un miembro de la Orden denominado El Hospitalario, que providenciaba el hospedaje de los viajeros, dándoles lo necesario. Había ciudades, como por ejemplo Jericó, donde gran parte de la población pobre y de la clase media eran afiliados a esa Fraternidad.

Los esenios se entregaban francamente y con la máxima dedicación a la práctica de la caridad al prójimo, manteniendo hospitales, abrigos, leproserías, etc., asistiendo a los necesitados en sus propios hogares, adoptando niños, como ya dijimos, manteniendo orfanatos, pudiéndose decir que, actuaban como precursores de los futuros cristianos de los primeros tiempos.

En la comunidad, trabajaban activamente en sus respectivas

profesiones y tenían pautas de trabajo a realizar periódicamente, fuera o dentro de las organizaciones de la Orden, en bien del prójimo.

No comían carne, no tenían vicios y vivían sobriamente.

Los que revelaban facultades psíquicas eran separados para el ejercicio del intercambio con el mundo espiritual y el ejercicio de la medicina, emprendiendo estudios adecuados y viajando diariamente por muchos lugares, bajo la designación de **terapeutas**, en cuya calidad consolaban a los hambrientos, curaban enfermos, difundiendo las luces de las verdades espirituales y las prácticas de la atención contra los obsesores, como hoy en día son popularizadas por el Espiritismo.

Entre ellos había una jerarquía altamente respetada, basada en el saber, en la edad y en las virtudes morales, cuya adquisición era obligatoria para todos los afiliados a la Orden.

En el primer año de la iniciación, los aprendices eran prohibidos de practicar sus reglas en la vida exterior, en el hogar o en la sociedad a que pertenecían; al finalizar ese primer año, comenzaban a tomar parte en algunos actos colectivos, excepto las refacciones en común, a las cuales sólo podrían comparecer dos años más tarde, después de dar garantías seguras sobre la pureza y la rectitud de sus acciones, su espíritu de tolerancia y su castidad probatoria. En el acto de la aceptación, asumían el compromiso de servir a Dios, observar la justicia entre los hombres y jamás perjudicar al prójimo bajo cualquier pretexto; apoyar firmemente a los que observaban las leyes y actuar siempre con buena fe y bondad, principalmente en relación a los dependientes y siervos, “porque el poder” — decían ellos — “viene solamente de Dios”. Al desempeñar cualquier cargo de autoridad debían ejercerlo sin arrogancia y orgullo y jamás intentar distinguirse de los demás por la ostentación de la riqueza, adorno y vestimentas; amar la verdad y jamás criticar o acusar a alguien, aun bajo amenaza de muerte.

Para juzgar una transgresión grave, exigían una reunión de por lo menos cien miembros adultos, porque la condenación

implicaba la expulsión de las filas de la Orden, a la cual el culpable sólo podría volver después de duras y largas expiaciones y purificaciones físicas y morales.

En la jerarquía espiritual, después del nombre de Dios, el de Moisés era el que merecía mayor veneración.

En el terreno filosófico, enseñaban que el cuerpo orgánico era destructible y la materia transformable y perecible, mientras que las almas eran individuales, inmortales e indestructibles, por ser parcelas infinitesimales del Dios Creador y se unían a los cuerpos como prisioneras, por medio de una sustancia fluídica, oriunda de la vida universal, que constituía la vida del propio ser (periespíritu).

Después de la muerte, las almas piadosas habitarían esferas felices mientras que las impías eran relegadas a regiones infernales.

Como se ve, difundían enseñanzas que concuerdan con la tradición espiritual que ya venía de milenios y en muy poco discordaban con aquello que hoy se enseñan en las comunidades espiritualistas.



Es sabido que Juan Bautista era esenio, como esenio era José de Arimatea, Nicodemo, la familia de Jesús e innumerables otros que en la vida del Maestro desempeñaron papeles relevantes, como también el propio Jesús que convivió con esa secta, frecuentando asiduamente sus monasterios, enterrados en las montañas palestinas, donde siempre encontraba ambiente espiritualizado y puro, apto a ofrecerle las energías de que carecía en los primeros tiempos de la preparación para el desempeño de su trascendente misión.

Pero obsérvese que los evangelistas y los apóstoles en general, como también Jesús, Él mismo que, frecuentemente, se refería a los escribas y fariseos, todos guardaron silencio con respecto a los esenios, no sólo sobre hechos, episodios, cualquier circunstancia en la que estuvieran presentes, participando, mas ni mismo sobre la existencia de ellos, pero eso se explica porque, sabiendo que la comunidad de los esenios merecía la hostilidad del clero judaico

que la consideraba herética y rebelde, querían evitar que sobre ella se desencadenaran mayores persecuciones.

Después de la muerte en el Calvario y con el transcurrir de las primeras décadas, además del trabajo de los apóstoles, fue en gran parte con base en los monasterios esenios, en sus organizaciones asistenciales y en el concurso diario e ininterrumpido de los Terapeutas, que el cristianismo se difundió más rápidamente en Palestina; y mientras cooperaron en esa difusión, la comunidad Esenia se fue integrando en el cristianismo, extinguiendo gradualmente sus propias actividades, lo que se completó con el exterminio de la nación judaica en el año 117 a.D.

Así como habían apoyado anteriormente los Nazarenos y los Ebionitas²², la última actitud pública tomada por los esenios tuvo lugar en el año 105, reconociendo al profeta Elxai, como jefe. Después, con el pasar del tiempo, vino la elevación del supuesto mesías Bar Cocheba, la revuelta general contra los romanos y la exterminación del pueblo judaico, en toda la Palestina y en otras provincias romanas.

Los documentos conteniendo sus tradiciones religiosas, elaboradas desde el inicio, todavía en el tiempo de Moisés y conservados por su discípulo Esen, al declararse la revuelta final del pueblo judío, fueron escondidos en grutas y lugares secretos de las montañas, algunos de ellos están siendo descubiertos ahora en esos lugares, junto al Mar Muerto.²³

²² Significa pobre, desvalido.

²³ Algunos de estos comentarios tienen base en obras citadas al final del libro, en la bibliografía, principalmente en Regla, el cual a su turno, obtuvo informaciones, en parte, de esenios, que todavía existían en Asia Menor, en el siglo pasado; en parte en Flavio Josefo, el historiador judío agregado al Estado Mayor de Tito Vespasiano, que asistió a la destrucción de Jerusalén en el año 70; nacido 4 años después de la muerte de Jesús, este autor asegura que la influencia mayor de los esenios era en el norte de Palestina y en las inmediaciones del Mar Muerto. Además de estas fuentes, se puede todavía citar Filón de Alejandría, contemporáneo de los acontecimientos, y Justus de Tiberiades, todos judíos respetados y reputados autores.

Composición de los fragmentos del Antiguo Testamento encontrados en la región del Mar Muerto. (Reproducción del libro *E a Bíblia Tinha Razão*, de Werner Kefler.)

Capítulo 14

COSTUMBRES DE LA ÉPOCA

Todos los patios del Gran Templo estaban siempre llenos de gente y, en medio de la muchedumbre, circulaban los sacerdotes menores, vestidos de blanco, los levitas y demás auxiliares del Templo, descalzos, silenciosos, de acuerdo a la rigurosa disciplina a que estaban sujetos.

Las horas de la noche eran cantadas por sacerdotes especiales que, para cada una, entonaban una melodía diferente y la guardia cambiaba rigurosamente en los períodos determinados.

Había tres categorías de sacerdotes con atribuciones especiales: el sumo sacerdote, los sacerdotes de grados mayores y los sacerdotes menores, encargados, más especialmente, de los servicios internos, que se subordinaban directamente al sgan (director) del Templo.

Además de eso habían todavía los trompeteros, los supervisores del servicio interno, los que encendían las lámparas, las tejedoras, los sacrificadores, los fiscales de los sacrificios, los innumerables acólitos y auxiliares del complicado ceremonial; en fin, un ejército de servidores que vivía en el Templo y del Templo, todos directamente subordinados al referido sgan, que a su vez, estaba subordinado directamente al poderoso sumo sacerdote.

Los sacerdotes traficaban con muchas cosas: animales

(bueyes, carneros, palomas) destinados a los holocaustos; perfumes, aceites, aromáticos, utilizados en las ceremonias de purificación; monedas extranjeras traídas por los peregrinos y los negociantes, que permutaban con moneda nacional. Cobraban los tributos debidos al Templo, tanto en dinero como en especias, pues los israelitas eran obligados a pagar diezmos, como también entregar parte de la primera cosecha de sus plantaciones y la primera cabeza de ganado de sus rebaños. Negociaban aún con la carne de los animales sacrificados, como también con su sangre, que corría para los fondos del Templo por canaletas especiales.



El holocausto ritual dependía del acto que se celebraba; en el caso, por ejemplo, de la purificación de las mujeres, por parto (30 días después siendo niño y 60 días, siendo niña), el sacerdote tomaba las víctimas del sacrificio (cabritos o palomas, según los recursos de la familia), les abría el pescuezo y rociaba el altar con la sangre, mientras tiraba una parte sobre el brasero, para que el humo subiera al Dios. Este holocausto se denominaba “oferta quemada”. Si el holocausto era de expiación o de acción de gracias, el sacerdote tomaba una de las aves y la arrojaba viva al brasero.

La harina para el pan ritual, las hierbas para los aromáticos, el incienso, los óleos, el lino para las vestimentas del sacerdote y todo lo demás que ellos usaban, era considerado como sagrado y sólo podía ser fornecido por los sumos sacerdotes, para que el Templo mantuviera fabricaciones propias, siempre que fuera posible.

Los judíos usaban y abusaban de perfumes y en el propio Templo había alambique para la fabricación. Magdalena, la famosa mujer pública, que más tarde se transformó en devotada y ferviente discípula de Jesús, en el tiempo en que vivía en Jerusalén, poseía en su huerta del Jardín de los Olivares, una fábrica de esencias y óleos perfumados, para uso de su casa y de sus innumerables admiradores.

Todos los diezmos, ofrendas, donativos, ventas de productos consumidos en los holocaustos, inclusive los de la carne y sangre para adobo, redundaban en beneficio de la clase sacerdotal elevada, mientras que los sacerdotes menores cargaban con todo el peso de los servicios, viviendo con dificultad o de propinas mezquinas.

Los sacerdotes declaraban inmundos los productos de los mercaderes y los campesinos que dejaban de pagar los tributos debidos al Templo, los que eran excomulgados y de ellos, por miedo, se alejaban los compradores.

En los días de Pascua y otras fiestas nacionales, cuando la ciudad estaba llena de peregrinos venidos de todas las partes del mundo entonces conocido, donde había colonias judaicas, y de mercaderes extranjeros que para allí acudían a negocios, la ciudad se transformaba en un colosal mercado, del cual el Templo era el centro más concurrido por la magnitud y complejidad de los intereses a él vinculados.

Alrededor del Templo y en sus patios, se reunían los cambistas y los escribas²⁴, con plumas de ganso atadas detrás de las orejas, sentados en sus bajas mesitas, vendiendo la escrita y pequeños rollos de papiros con transcripciones de las Escrituras, que usaban en los brazos y, en la frente, bolsitas de cuero conteniendo el “schema” (capítulos de la Thorá).

El Templo estaba lleno de mesas, postigos, reparticiones en forma de tabiques y mostradores, destinados a esas transacciones y recibimiento de donativos, como también de gente que entraba y salía, rebaños de animales que llegaban para ser vendidos, al mismo tiempo en que otros eran transportados para junto del Altar de los Sacrificios, en el Patio de los Levitas.

En reparticiones propias, eran recibidos los donativos espontáneos en dinero, para sustento de los huérfanos, albalás para

²⁴ Clase de funcionarios creada en la corte del rey David y del rey Salomón, destinados a anotar los anales del Reino y servir de secretarios del rey.

sacrificios, como también había celdas denominadas de “caridad silenciosa y ciega” que no poseían funcionarios que los atendieran, siendo los donativos tirados para dentro del balcón, por ser de la clase de aquellos que el Templo rechazaba, por impropios o insuficientes.

Reinaba en todo el Templo un verdadero tumulto y un ruido continuo, mezclado con voces humanas, lamentaciones, mugidos de animales, campanas, disputas interminables de negocios e interpretaciones religiosas, coro y recitaciones de los salmos, exposiciones de materia religiosa por los rabinos más populares en el Patio de los Gentíos y otros rumores, mientras los sacerdotes hábiles y ligeros, con sus delantales de cuero, llenos de sangre, empuñando cuchillos y machetes, abatían unos después de otros, a los animales que eran traídos para los holocaustos.

Ambición, codicia, prepotencia, mistificación religiosa, todo estaba allí representado en gran escala, ofreciendo, del clero judío, una impresionante, pero desoladora impresión.

Capítulo 15

JESÚS Y LOS ESENIOS

Hay en el Evangelio una laguna histórica, un profundo silencio sobre los hechos de la vida de Jesús, en el período que va desde los doce, cuando hizo su primera peregrinación a Jerusalén, a los treinta años, cuando inició su predicación pública.

La tradición afirma su presencia en algunos lugares fuera de Palestina como, por ejemplo, en Egipto y en la India, donde habría predicado contra el régimen de las castas, bajo el nombre de Profeta Issa; sin embargo, no hay documentación idónea que confirme tales noticias.

Lo mismo no sucede, sin embargo en cuanto a los esenios, habiendo innumerables comprobaciones de su estancia en los santuarios de aquella comunidad, y obras de carácter mediúmnicó también confirman tales referencias.

Comprendemos que el Divino Maestro, a pesar de ser un Mesías, ungido de lo Alto, para el desempeño en la Tierra de una misión de redención humana, estuvo en parte sujeto a las leyes físicas reinantes en el planeta, como también a las costumbres y reglas sociales del país donde nació. Teniendo él todo el poder y siendo servido por legiones de Espíritus auxiliares, no obstante, se sujetó a afrentas, calumnias y hostilidades, dejándose hasta torturar y crucificar por los hombres bárbaros de su tiempo, aun sabiendo ser la crucifixión una muerte infamante.

Se sujetó, pues, a las contingencias del medio y su Espíritu, solamente poco a poco, a través de la infancia y la juventud, se fue integrando en su misión divina, y en esa fase delicada naturalmente que necesitaría de ambientes favorables, suficientemente espiritualizados, corrientes poderosas y puras de sentimientos, afinidades vibratorias, al contacto de las cuales su poderoso Espíritu se fuera abriendo, con seguridad y tranquilidad, para el mundo grosero y bárbaro que lo rodeaba, preparándose así para la gloriosa tarea.

¿No fue preciso que se protegiera contra Herodes? También era preciso que se le protegiera contra el medio ambiente. Pues ese ambiente, esa protección espiritual que no encontró ni en el seno mismo de su familia, no por carencia de amor, mas de comprensión, le fue dada por los esenios, en sus santuarios de las montañas y por la poderosa corriente espiritual que formaban a través de todo el país. Los esenios, que desde la muerte de Moisés se organizaron y venían preparándose para esa tarea de apoyo, después de ella, declinaron en sus actividades hasta la extinción, años después, porque sabían que esa encarnación mesiánica en Palestina sería la última de su grandiosa serie en el actual período cósmico.



Sin contar los primeros tiempos de Nazaret, la juventud de Jesús transcurrió normalmente en su casa hasta la muerte de José, que se dio en el año 23 y entonces asumió la responsabilidad de la manutención del hogar en el trabajo de la carpintería. En ese período, hacía frecuentes visitas a los santuarios esenios del Monte Carmelo y del Monte Tabor, más o menos cercanos de Nazaret; del Monte Hermón, en Fenicia, y de los Montes Moab y Nebo, en Judea.

En esos santuarios, su delicada sensibilidad fue resguardada y pudo él desarrollar, poco a poco, su extraordinaria capacidad espiritual que, mucho antes del inicio de su vida pública, ya utilizaba como fuerza irresistible de su gran amor por los hombres.

Capítulo 16

EL PRECURSOR

¿Qué circunstancias influirían para el comienzo de la vida pública de Jesús? Para responder, debemos retroceder en el tiempo y asistir al nacimiento de Juan Bautista.

Juan nació 6 meses antes que Jesús y era hijo de Zacarías e Isabel, prima de María y, por tanto, pariente de Jesús.

El Rey David, en su tiempo, repartiera el servicio sacerdotal entre 24 familias escogidas que se relevaban semanalmente en el servicio del Templo móvil y, un año antes del nacimiento de Jesús, tocara el servicio a la 8ª familia, la de Abias, de la cual descendía el sacerdote Zacarías.

Vivían en la aldea de Karen, a 7 kilómetros de Jerusalén y en ese tiempo, eran bastante mayores y no poseían hijos. Mas, el día que correspondía a Zacarías ofrecer los sacrificios en el Altar de los Perfumes dentro del “Santo”, tomó él las brasas rituales, las derramó sobre el altar y, siguiendo el rito, cuando las trompetas sonaron en el atrio, vertió sobre las brasas los perfumes y se arrodilló, mientras los Levitas y la multitud cantaban el salmo de la venida del Mesías. Mas cuando se levantó, vio a su frente un Espíritu angélico; y mientras dominaba con esfuerzo su asombro, oyó que el ángel decía que “le nacería un hijo que sería grande a los ojos del Señor, animado del Espíritu de Elías, y precursor de aquel que estaba por venir”.

El término “animado del Espíritu de Elías” da a entender bien la Ley de la Reencarnación visto que Juan fue de hecho, una reencarnación de Elías, conforme las profecías ya habían anunciado antes.

Espantado con la aparición y dudando de lo que veía, Zacarías explicó su extrañeza considerando su vejez avanzada, y eso llevó al Espíritu a declarar que él se quedaría mudo y sordo por su falta de fe, hasta que el Niño naciese.²⁵

Habiendo, luego después, muerto Isabel y Zacarías, Juan quedó huérfano y fue llevado, entonces, por los Esenios (a cuya comunidad el sacerdote y su mujer pertenecían) para el Monasterio del Monte Hermón en Fenicia, para que se cumpliesen también las profecías y la “voz clamante”, a que ellas se referían, viniese mismo del desierto, y donde, así como también lo hacía Jesús, durante 27 años se preparó para su tarea, aguardando la hora de comenzarla.

Y cuando esta llegó, las Inteligencias Espirituales que custodiaban la excelsa entidad encarnada, Jesús, dieron orden a Juan para que descendiese para las márgenes del Alto Jordán, iniciase el bautismo de la purificación (uno de los ritos Esenios) y anunciase al mundo la presencia del Mesías esperado.



A ese tiempo, todo era favorable al advenimiento: los Romanos ya habían transformado la orgullosa y rica Israel en una simple colonia; sus legiones aguerridas ocupaban todo el territorio nacional y sus funcionarios tenían en sus manos los puestos administrativos de mayor importancia.

Los invasores, regularmente y con el máximo rigor, recaudaban para Roma pesados impuestos, y la propia clase

²⁵ Realmente, en el día del nacimiento de Juan, al pensar la familia sobre el nombre a serle dado, el viejo sacerdote repentinamente recuperó el habla y determinó que se le diera el nombre de Jochanan.

privilegiada de los sacerdotes en muchos puntos estaba sujeta, también, a los conquistadores de la Nación.

Para los romanos, los judíos eran un pueblo atrasado, bárbaro, dominado por insoportable fanatismo religioso. Con los saduceos — que eran escépticos — todavía se entendían de alguna forma mas, con relación a los fariseos, que eran mayoría, un abismo de odio y repulsa se iba profundizando cada vez más entre ambas partes.

En toda la Palestina, en esa época, los judíos se volvían, llenos de ansias y desesperación hacia el Mesías prometido. Ya había ocurrido la conjunción planetaria indicadora, y el Esperado, en caso de haber nacido, ya debería ser un hombre adulto, listo para asumir su magnífica tarea libertadora. Y la pregunta insistente era proferida en toda y cualquier circunstancia: ¿Por qué entonces Él no aparecía? ¿Por qué no empuñaba el cetro de mando y expulsaba al invasor, libertando Israel?

“El pueblo estaba a la espera de ese gran acontecimiento”, dice Lucas, y, cuando la hora llegó, como la tempestad presta a desencadenarse sobre la tierra envuelta en odio, el torbellino rodó del desierto, bramando: “haced penitencia... que el machado ya está puesto a la raíz de los árboles”. Y las tinieblas se iluminaron de claridades nuevas, trayendo a las almas multiplicadas esperanzas, cuando la “voz clamante del desierto” acrecentaba: “preparad los caminos del Señor, aplanad los caminos... que el reino de los cielos está próximo”.

Las Escrituras decían que el Mesías sería precedido de Elías, el gran profeta de la antigüedad, el cual lo ungiría y lo consagraría. Ahora Juan, como el propio Jesús lo confirmó, era la reencarnación de Elías, y siendo así, las profecías estaban entonces recibiendo integral cumplimiento.

Hacía cuatro siglos que en Israel no aparecía profeta alguno. La Divinidad guardaba silencio y el pueblo, atemorizado y supersticioso, volcaba cada vez más sus esperanzas en el Mesías.

Cuando, pues, Juan Bautista, a quien nadie conocía, descendió hacia el río Jordán, allá en el norte, y comenzó a pregonar, el pueblo acudió, presuroso y alborozado, dispuesto a oír su mensaje y cumplir al pie de la letra sus recomendaciones. Sus trajes sumarios, su físico agigantado y esquelético, su apariencia austera mas, sobre todo, sus palabras terribles y sus ojos llameantes, producían enorme impresión.

Hablaba del Mesías con gran seguridad, dando a entender claramente que Él ya estaba presente y eso, por si solo, bastaba para incendiar las imaginaciones y acelerar los corazones; por otro lado, como esenio que era, no pregonaba contra la Thorá, limitándose a exigir pureza y arrepentimiento.

Como hablaba mucho del fuego diciendo: “Yo bautizo con agua, mas Él bautizará con fuego (refiriéndose al Mesías); limpiará la era, recogerá el trigo en el granero, y quemará la paja en un fuego, que nunca se apaga, cortará el árbol estéril y lo lanzará al fuego”, pensaron que era Elías — el profeta que fuera llevado al cielo en un carro de fuego — lo que, entonces, quería decir que el día terrible de la venida del Mesías había llegado. Por eso el alborozo creció.

Y con su voz poderosa, los ojos clavados fijos en la multitud, Juan repetía trechos proféticos del Libro de Enoch, con respecto al Mesías que decían: “Escogido Él fue y oculto de Dios, antes de la creación del mundo. Antes que el sol y las señales celestes fuesen creados, su nombre ya había sido pronunciado por el Señor”. Y remataba, elevando los brazos en una actitud dramática: “El Hijo del Hombre, a quien veis, despoja de sus tronos a los reyes; los manda a las tinieblas; los entrega a los vermes”.

Otros pensaban que era el propio Mesías y quedaban aterrorizados con su figura extraña e impresionante; mas él decía bien alto, para que todos oyesen: “Yo no soy el Mesías, no soy digno de desatar las correas de sus sandalias”. Y Juan sabía lo que decía, porque ya conocía a Jesús, de encuentros que tuvieran hacía algún tiempo, en el Santuario esenio de donde viniera.



Y así, bautizando y pregonando la penitencia de los pecados y exhortando al pueblo a purificar sus sentimientos, iba el profeta terrible descendiendo el río, del norte para el sur, hasta que se detuvo en Bethabara, en el desierto de Judea, en la margen occidental del Mar Muerto; y allí, como en otros lugares por donde pasaba, se formó enseguida un campamento para abrigar a las multitudes que no cesaban de llegar diariamente para verlo y oírlo, debido al creciente prestigio que ya adquiriera en toda la Palestina.

Juan, en sus pregonos, demostraba indómito coraje, condenando la acción de los fariseos y sus corrupciones, a los saduceos, su escepticismo, y a los escribas su espíritu de vergonzoso mercantilismo. Pregonaba casi abiertamente la rebelión contra la situación reinante, la vida austera que llevaba; nutriéndose de miel silvestre, bellotas de árboles y raíces vegetales, eso impresionaba grandemente al pueblo. Usaba las abluciones esenias en forma de bautismo, sumergiendo a las personas en el agua del río, después de la promesa firme del arrepentimiento de errores pasados y el compromiso de una vida más recta y perfecta, de ahí para adelante; en honra al Mesías.

Para el historiador Flavio Josefo, ya citado, “Juan Bautista era un hombre justo, de gran piedad, que exhortaba a los judíos a abrazar las virtudes, a ejercer la justicia y a recibir el bautismo, tornándose así agradables a Dios”.

Él afirmaba que Juan era la cabeza de un partido considerable, cuyos miembros eran enteramente devotados a sus órdenes y que movilizaba esas fuerzas contra la dominación romana y contra Herodes Antipas.

La arrebatadora elocuencia de Juan realmente arrastraba tras de él, día por día, multitudes considerables y en breve su fama corrió por toda la nación y regiones vecinas. Pregonaba abiertamente contra los romanos, los reyes corruptos y el clero, siendo natural,

que del punto de vista político, fuese considerado por Josefo, un revolucionario.

Ese fue, según el mismo historiador, el principal motivo que llevó a Herodes a mandar prender a Juan: el prestigio popular que ya adquiriera representaba realmente un poder político, pudiendo él, si lo desease, levantar las masas del pueblo y lanzarlas en cualquier dirección.

Capítulo 17

INICIO DE LA TAREA PÚBLICA

La aproximación de Juan, y su parada en Bethabara era la señal, para Jesús, de que su hora también había llegado, y, por eso, abandonó su casa de Nazaret, y partió al encuentro del Precursor.

Una tarde en que el Bautista, cansado de las labores del día, se sentó sobre una piedra alta junto a la Casa del Pasador (funcionario que dirigía la balsa de cruzar), de donde miraba ansiosamente a la multitud que continuaba afluyendo al río para ser bautizada, Jesús se aproximó y Juan inmediatamente lo reconoció.

Según las reglas que seguía Juan, antes de sumergir a los por bautizar en las aguas del río, tenía con ellos una conversación colectiva, durante la cual, como ya explicamos, los esclarecía a respecto de aquel acto místico y simbólico que, para ellos, representaba la entrada en la legión de los destinados a la redención, con el compromiso del arrepentimiento de los errores del pasado, y de una radical mudanza de sentimientos y actitudes en el futuro.²⁶

Juan les hacía un sermón sobre los errores, las inferioridades de la conducta moral, y las ventajas de la purificación y les advertía sobre la inutilidad del acto si no hubiese la intención íntima de la

²⁶ Los esenios usaban el bautismo, pero sólo lo daban a aquellos que habían pasado por severas pruebas que los habilitaban al ingreso en la comunidad.

reforma moral; el bautismo sólo tendría valor si la intención fuese transformada en actos.

Solamente después de eso, es que se hacía la inmersión de las personas en el agua del río; primeramente los hombres y después las mujeres, por separado. En la inmersión, no se cansaba él de repetir, significaba para el Espíritu culpable limpieza de las impurezas, de los defectos, y alivio de las fatigas del alma. El compromiso era prestado en el sentido que el individuo mejorase espiritualmente, perdonar las ofensas recibidas, huir del mal y desviarse del pasado criminal.

Su trabajo era arduo y por veces perturbado por disputas de carácter religioso, que se levantaban en medio de la turba, donde había siempre espías del Sanedrín, que querían saber las intenciones verdaderas del Profeta.

Diariamente surgían en el país pregonadores y rabies venidos de muchas partes, cada cual pregonando la ley de Moisés a su modo, y algunos de forma verdaderamente inconveniente para los intereses del clero, y por eso, el Sanedrín, siempre los vigilaba de cerca; a unos los advertía, a otros los mandaba prender, y a otros, aun, eran muertos o desaparecidos.

Cuando Juan apareció, dado el efecto enorme que produjo en la multitud, el Sanedrín se apresuró a mantenerlo bajo vigilancia, haciéndole seguir los pasos y analizar cuidadosamente sus pregonaciones.

En aquel día ya fuera él interrogado insidiosamente por algunos levitas enviados del Templo, que querían saber quién era él, y que autoridad tenía para hablar sobre la venida del Mesías, de aquella forma perentoria que utilizaba; él más de una vez les había respondido que era simplemente una voz que anunciaba su venida, y cuando le preguntaban con que autoridad bautizaba al pueblo en nombre del Mesías, respondía que eso lo hacía por su propia cuenta, en su calidad de Rabí de Israel que realmente lo era; y con el dedo les indicaba las franjas de la túnica depositada en el suelo a su lado.

Cuando Jesús llegó y dijo que venía allí para ser bautizado, Juan retrucó que él es quien debería ser bautizado por Jesús; pero Jesús le explicó entonces que era preciso que así fuese, para que las Escrituras recibiesen integral cumplimiento. Dicho esto entró en el río, y Juan entonces derramó sobre él la purificadora agua.

En aquel momento, muchos entre el pueblo y discípulos de Juan, allí presentes, vieron que el río resplandecía de luces, que las sombras del crepúsculo se elevaban y los cielos se abrían y una entidad espiritual en forma de una paloma descendía sobre Jesús, mientras que una voz se hacía oír diciendo: “Este es mi hijo amado en quien me complazco”.

Algunos de los Evangelios apócrifos, a saber: los de los Ebionitas; el de los Hebreos; el Código Vercelense; Las Reminiscencias de los Apóstoles y el Código Cantabrigense del año 150 narran el acontecimiento de forma diferente y dicen que la voz que sonó en el espacio exclamó: “Tú eres mi hijo bien amado, yo te generé hoy”. Esta es la versión de David (Libro de los Salmos 2:7), de Pablo y de los que aseveran que Jesús recibió allí, en aquel instante, el espíritu del Cristo Planetario.

Sea como sea, se percibe que Jesús, en aquel instante — el Hijo del Hombre, esto es, el que evolucionaría por las encarnaciones humanas, el Gobernador Planetario, en perfecta sintonía con el Cristo Planetario — se reintegró de todo el poder del **Espíritu Crístico**, de la esfera de los Amadores, tornándose integralmente apto para su sacrificada tarea en la Tierra.

Capítulo 18

LOS PRIMEROS DISCÍPULOS

Abandonando las márgenes del río, Jesús se recogió en el Santuario de Moab, y seis semanas después volvió a Bethabara, y a su aproximación, el profeta, que permanecía allí con sus discípulos atendiendo al pueblo, exclamó, apuntándolo: “He aquí el Cordero de Dios que tira los pecados del mundo”; y entonces dos de sus discípulos, Juan y Andrés, movidos por irresistible impulso, siguieron a Jesús, y después del debido entendimiento, fueron aceptados, tornándose sus primeros discípulos, a los cuales después se agregó Simón, hijo de Jonas, todos galileos.

Al día siguiente partieron para Galilea después de despedirse del profeta que, además, allí estarían viendo por última vez, en la Tierra, debiendo él, de ahí en adelante, como afirmó a sus discípulos, irse disminuyendo hasta la muerte, para que el Mesías creciese y desenvolvese libremente su tarea de redención.

En el camino se encontraron con Felipe, a quien el Maestro también llamó, y así llegaron a la casa de la suegra de Simón, en Betsaida, junto al Kineret, donde se hospedaron, volviendo enseguida a Nazaret.

Al día siguiente, Felipe fue a Caná, pequeña ciudad cerca de Nazaret, a visitar a un amigo llamado Natanael y, sentados debajo de una gran higuera al fondo de la casa, le contó que se había tornado discípulo del Mesías esperado, Jesús de Nazaret, a lo que

Natanael contestó con el refrán conocido: “¿Podrá venir alguna cosa buena de Nazaret?” Pero, a insistencia del amigo fueron juntos hasta Jesús y Natanael es también recibido e incorporado al grupo de los primeros discípulos.

Días después fueron todos a Caná y comparecieron a una fiesta de bodas de parientes lejanos de María, la Madre de Jesús, que así quiso honrarlos y ayudarlos porque eran pobres, y donde, como narra el Evangelio, a su pedido, Jesús realizó su primer “milagro” público, convirtiendo agua en vino. Cuando su Madre le pidió que interviniera, porque faltaba vino, Él primeramente le respondió “que su hora aun no había llegado”, pero para satisfacerla intervino en la forma ya conocida.²⁷

A los pocos se fue completando el cuadro de los discípulos hasta llegar al número de doce, que además correspondía al número de las Tribus de Israel. Fueron ellos, además de los ya citados, los siguientes:

Thiago (el mayor), Mateo, Tomás, Thiago (el menor), Simón (el Zelote), Judas Tadeo y Judas de Kerioth.

A estos primeros discípulos se agregaron muchos otros en el transcurso de las pregonaciones, alcanzando hasta el número de setenta y dos, sin embargo cuando la tarea tomó aspecto difícil; trabajosa y hasta mismo peligrosa, por las ondas de hostilidades y amenazas que se acumularon contra Jesús, y también, por no comprender o concordar con la doctrina que pregonaba, muchos se apartaron y, por fin, solamente permanecieron junto a Él los doce primitivos. En una determinada ocasión al verificar tal hecho, Jesús preguntó a los discípulos citados si también no deseaban partir a lo que ellos respondieron: “¿Para dónde iremos, si solamente Tú tienes las palabras de vida eterna?”. De estos doce, en los últimos días, Judas de Kerioth también lo abandonó y, después de la crucifixión, fue sustituido por Matías, por la suerte.

²⁷ Las fiestas de casamiento, comúnmente, duraban días y todos, además de parientes y convidados, podían entrar, comer y beber, mientras hubiera.

Capítulo 19

VUELTA A JERUSALÉN

Corría el año 31, Jesús después del “milagro” de Caná se hallaba en Cafarnaum, ciudad importante, poco distante, situada a las márgenes del lago Tiberiades también llamado Genezaret o Mar del Jardín de los Príncipes, localizado en un valle paradisíaco, rodeado de jardines y palmares perfumados. El lago tenía 21 kilómetros de largo, 12 de anchura (en sus extremos) y 170 kilómetros cuadrados de superficie, y estaba 200 metros por debajo del nivel del Mediterráneo.

Como la Pascua anual se aproximaba, Jesús resolvió peregrinar con sus discípulos hasta Jerusalén. Siguieron el curso del Bajo Jordán, dejando la Samaria a la derecha y al alcanzar el Monte de los Olivares, se deparó Él nuevamente con la ciudad sagrada y su majestuoso Templo, de rutilantes cúpulas de oro.

Llegando a la ciudad, llena de gente y de los más diversos rumores, Jesús y su comitiva se dirigieron directamente al Templo, donde inició sus pregonaciones de costumbre, en el Patio de los Gentios, hasta donde podían entrar Israelitas y extranjeros, creyentes o no en Dios Jehová. Ya estuviera allí hacía varios años, acompañando las peregrinaciones de la familia, pero era la primera vez que lo hacía como Rabí de Israel, acompañado de sus discípulos y ya en plena responsabilidad y conciencia de su tarea religiosa.

Antes mismo que empezara a hablar al pueblo, fue herido en su sensibilidad por el enorme alarido que venía de los fondos del Templo y del Patio de los Levitas, donde estaba en pleno funcionamiento el servicio de sacrificio de los holocaustos. ¡Imagínese, pues, Jesús, el Señor de la Paz, de la compasión y del amor extremado a todos los seres, la expresión viva de la rectitud, dulzura y pureza, penetrando en aquel ambiente y encontrando semejante espectáculo!

¡Como habría sido herida su extraordinaria sensibilidad espiritual al contacto de aquellos sentimientos bárbaros, de aquellas vibraciones negativas y venenosas!

Así se justificaría el pasaje del Evangelio por el cual Él pidió a sus discípulos una cuerda, la agitó en el aire y expulsó de allí a todos los traficantes. Si tal hecho realmente aconteció, es poco de creer, porque la jerarquía espiritual de Jesús, sobrepasaba muy por encima de cualquier violencia, y también porque Él poseía fuerza espiritual necesaria para actuar sobre aquellos hombres por muchos medios como lo hacía con los leprosos, ciegos y paralíticos. Pero si realmente aconteció se comprende que atrás del látigo estarían las tremendas vibraciones de su poderoso Espíritu y la fuerza concentrada de todos los agentes del mundo invisible ligados a su tarea planetaria, siempre prontos a obedecer a su voluntad; y allí estaría también el prestigio casi místico de que gozaban todos los profetas y rabies.

Enfrentando, así, las costumbres e hiriendo a la clase sacerdotal en su punto más vulnerable, el de los intereses materiales, es claro que Jesús estaría acumulando sobre su cabeza tempestades que no tardarían en desencadenarse. Pero tal era el escándalo de las contravenciones sacerdotales a la propia ley de Moisés, y tan poderosa la fuerza moral que naturalmente se irradiaba del Divino Maestro, que los sacerdotes, según narra el Evangelio, no replicaron también con violencia, usando de los recursos materiales que tenían a su disposición, limitándose a preguntar: “¿qué señal haces tú para

demostrar que tienes autoridad para actuar como estás actuando?” a lo que Jesús habría respondido diciendo: “destruid este Templo y yo lo levantaré en tres días”; cosa también difícil de creerse, porque no se puede concebir un Espíritu de la envergadura moral del Maestro, utilizando estos términos, como amenaza o bravata propia de hombres comunes.

El Evangelista Juan dice que el Maestro se estaba refiriendo al Templo de su propio cuerpo, que al final de tres días resucitaría, como de hecho resucitó, dando así a entender — caso eso no sea una de las innumerables interpolaciones agregadas al Evangelio, cuando se organizó la Vulgata — que también él, Juan, no aceptaba la posibilidad de que Jesús fuera a usar la violencia.

No se debe, entre tanto, negar, de parte de Jesús, la posesión de poderes más que suficientes para cualquier reconstrucción de edificios en la Tierra de la cual Él, su Gobernador Espiritual, fuera el organizador en el comienzo de su formación, en el Espacio.

Capítulo 20

LAS ESCUELAS RABÍNICAS

Ya vimos, por la exposición anterior, que los verdaderos conductores del pueblo eran los rabies, pertenecientes a diferentes “Escuelas” o partidos, en su mayoría afiliados a la Escuela de Hillel, el más famoso y autorizado líder fariseo. Por otro lado, esa escuela era la más ortodoxa, más arraigada a la letra de la Ley, corporificada en la Thorá, y, de cierta forma, la más aproximada de las enseñanzas pregonadas por Jesús que no hostilizaba a la Thorá, limitándose a mostrar donde estaba la verdad.

Los Rabies más afamados tenían mayor número de discípulos y a sus escuelas eran entregados los jóvenes de las mejores familias para educarse y aprender una profesión. Era muy respetado el refrán popular que decía: “aquel que no enseña una profesión a su hijo, lo prepara para salteador de caminos”.

Cuando se trataba de algún sabio de renombre, como por ejemplo, Gamaliel (discípulo de Hillel), Nicodemo, Ben Zakai, Schamai y otros pocos, había gran empeño en conseguirse un lugar en sus casas para los jóvenes judíos de esas familias importantes.

Los discípulos vivían en casa de los rabies, sirviéndolos personalmente y ayudándolos en los trabajos domésticos, al mismo tiempo que se instruían; operaban en rueda y los acompañaban a las ceremonias del culto, o de la vida pública, no solo para honrarles, sino también para instruirse.

Los conocimientos transmitidos a esos discípulos eran amplios y abarcaban las reglas y normas dictadas por la ciencia de aquella época, además de la parte religiosa propiamente dicha, que en general, se resumía en la Thorá.

Comprendían la historia de Israel, sus costumbres y legislación: botánica, para obtener conocimientos sobre las hierbas, necesarias a la producción de perfumes y remedios; la medicina, para intervención en los casos de emergencia y consejos al pueblo para la cura de molestias en general; agricultura para poder enseñar a los campesinos lo que más convenía, lo que más se exigía sobre plantaciones, cruzamientos etc.; higiene, buscando, principalmente, las reglas sobre pureza e impureza; legislación civil en vigor, para esclarecer al pueblo, sobre lo que era legal o ilegal; sobre alimentación, vestuarios, palabras, gestos adecuados o no; y normas de conducta sobre las relaciones sociales; astronomía, para la marcación de fechas de las festividades nacionales y todo lo más, que se incluía también, en los límites de la autoridad y de la jurisdicción de los Hasanes de las Sinagogas.

En la parte religiosa, estudiaban a fondo la Thorá y todos los libros concernientes al culto y a las concepciones religiosas nacionales, inclusive las profecías y los salmos; en fin, todo cuanto era conocido y oficializado con relación a la ciencia y a la religión judaica, la primera religión monoteísta del mundo, con Jehová como Dios único.

Capítulo 21

NICODEMO BEN NICODEMO

Nicodemo, el único rabí de mayor proyección que defendió a Jesús en varias oportunidades y que mejor comprendió su cualidad de Mesías Planetario, a pesar de ser sacerdote de segundo grado, era uno de los rabíes más afamados de Jerusalén.

Aunque siguiese fielmente los preceptos de la Thorá, era un Espíritu de evolución más avanzada, motivo por el cual fue citado personalmente en el Evangelio de Juan; y se interesaba vivamente por los acontecimientos religiosos y sociales de su patria, principalmente a lo que se refería a la venida tan esperada del Mesías Nacional.

Además de rabí fariseo, Nicodemo era miembro del Sanedrín, órgano político del Colegio Sacerdotal que funcionaba como poder legislativo en la organización política judaica, acumulando también las funciones de Tribunal Superior, y era compuesto en su mayoría de saduceos a cuyo frente, en aquella época, estaba la poderosa familia de Hanán; era también Nicodemo presidente de la Sinagoga y de la congregación de los cirineos lo que le confería mucho mayor prestigio en el senado tribunal.

Entre los discípulos de Nicodemo estaba Judas de Kerioth, alumno brillante, pero fanático y de alma mística, sujeto a trances y a otras perturbaciones psíquicas, como ocurría también con Pablo de Tarso.

Así que el Bautista surgió en el Alto Jordán, anunciando al Mesías, Judas fue enviado por Nicodemo para examinar los acontecimientos, oír opiniones, enterarse de la verdad y dar su parecer sobre el Profeta personalmente. Cumpliendo su misión, Judas pasó varios días alrededor de Juan, oyendo y viendo, sondeando la opinión de los escribas y fariseos por ventura presentes; mas, cuando el profeta ungió a Jesús con el bautismo señalándolo enseguida con el brazo extendido y diciendo a los discípulos y al pueblo allí reunido: “He aquí el Cordero de Dios, que tira los pecados del mundo” y lo consagró como el Mesías esperado, diciendo no ser digno ni mismo de atar el cordón de sus sandalias, Judas siguió al Maestro y consiguió verse aceptado en la rueda de sus discípulos.

Era de los más entusiastas y devotados a la persona de Jesús y constantemente informaba a Nicodemo sobre todo cuanto pasaba.

Por estas informaciones y otras, obtenidas de innumerables fuentes, Nicodemo enseguida comprendió que aquel rabí galileo no era igual a los otros que conocía, ni siquiera a los más renombrados; tenía conocimientos muy por encima de los vulgares y poseía poderes psíquicos extraordinarios. Así, pues, cuando Jesús vino a Jerusalén en su segundo viaje, ya como rabí, Nicodemo se esforzó en conseguir una entrevista con Él, no sólo para conocerlo personalmente, también para formar juicio correcto y seguro sobre la doctrina que pregonaba y sobre todo para esclarecerse al respecto de su propalada investidura mesiánica, hecha por el Bautista y que, en el momento, era el problema de mayor importancia y actualidad en toda la nación judaica.

El Evangelio no dice donde se realizó tal entrevista, habiendo diversas versiones y suposiciones, pero, en general, todos están de acuerdo en que Nicodemo fue llevado a la presencia de Jesús, en una casa pobre, junto a la Muralla de David, en la ciudad baja; puesto que Jesús no convivía con los poderosos, los ricos y los gozadores.

Esta muralla quedaba en la parte sur, en el lugar donde se situara la antigua ciudad de David, a poca distancia de la fuente del Siloé y, en sus muros arruinados se cobijaban centenas de personas del bajo pueblo, que en ellas cavaban nichos más o menos amplios y en ellos residían en condiciones precarias. Uno de los más bien acomodados en espacio era el aguatero Hillel, afiliado a la fraternidad Esenia, reconocido como hombre trabajador, honesto y caritativo. Era soltero y en su casa, relativamente espaciosa y confortable (con relación a las demás) hospedaba conocidos y amigos galileos, ligados a Jesús en la creencia de la redención prometida.

En la ciudad rumorosa y superpoblada de gente, Jesús no tenía lugar fijo y dormía, muchas veces, a la intemperie, en el Monte de los Olivares, rodeado de sus discípulos. Por eso es que decía que: “los animales tienen sus cuevas, mas el Hijo del Hombre no tiene donde reposar la cabeza”.

Pasaba los días en el Templo, pregonando y consolando al pueblo, puesto que, como rabí, tenía derecho de hacerlo en el Patio de los Gentios; y al atardecer, se retiraba a lugares diferentes, y a veces, mismo desconocidos. Comúnmente se acogía en la casa de Simón, llamado el **leproso**, padre de Lázaro, el que **resucitó**, en Bet-Ini, camino de Bethania. Los propios discípulos procuraban sustraerlo a los contactos con los agentes del clero para preservarle la vida, teniendo en cuenta que tanto su pregón como sus actos se chocaban muchas veces con las costumbres y reglas determinadas por el Sanedrín. Por eso es, que más tarde, fue necesario que el sgan del Templo pagase a Judas por el secreto del lugar donde Jesús estaba reposando, en aquella noche trágica de su prisión.

Como sacerdote del Templo, miembro del Sanedrín y hombre de responsabilidades partidarias, no deseaba Nicodemo que la visita que haría a Jesús fuese divulgada y, por eso, pidió que fuese llevado a Él, por la noche, sin testigos y en lugar discreto.

Habiendo el aguatero Hillel cedido su casa, Nicodemo allí

compareció a la hora marcada. En esa entrevista (Juan 3:1-21), Jesús le demostró que el Espíritu renace varias veces, evolucionando y no resurge simplemente una sola vez, como era admitido por los fariseos; que evoluciona para conquistar, por el amor y por la sabiduría, el reino de Dios. Le mostró que la transformación espiritual es lo que importa obtener y no las glorias efímeras del mundo material; que el Espíritu, libre por la Verdad es como el viento que sopla donde quiere; que la salvación, fruto del renacimiento espiritual, pertenece a todos los hombres, a todas las naciones y razas y no a un solo pueblo de existencia privilegiada, mas de conducta común, como era el caso de los judíos; respondiendo a preguntas, se refirió también a su cualidad de Hijo de Dios destinado a un sacrificio redentor que, en sus consecuencias, beneficiaría a toda la humanidad.²⁸

Después de esa entrevista el prestigio personal de Jesús creció mucho en la mente del Rabí y de eso dio relevantes testimonios en otras oportunidades, principalmente en el Sanedrín, tomando su defensa o intentando restringir la hostilidad sacerdotal, desencadenada contra Él, sobre todo en la noche de su Juzgamiento.

²⁸ Se nota en esa entrevista muchos términos y conceptos usuales del Espiritismo.

Capítulo 22

REGRESO A GALILEIA

Después de la Pascua, Jesús se retiró de la ciudad, siguiendo hacia el interior de la Judea, pregonando en varios lugares del Bajo Jordán, y enseguida penetró en Samaria, la tierra impía, impura, odiada por los judíos.

Era verano y en esa época aumenta en toda la Palestina la falta de agua, teniendo el pueblo que utilizar las reservas almacenadas en pozos subterráneos, situados debajo de las residencias, hacia las cuales se canalizaban las aguas de lluvias, captadas en las terrazas abiertas. Cuando la sequía era intensa y larga, hasta esas reservas escaseaban y la población emigraba de varios lugares buscando las márgenes del Jordán.

Preciosas y raras eran pues las fuentes que no se secaban, y en torno de ellas se aglomeraban los emigrantes, armando tiendas y formando campamentos provisorios, con la desventura que les venía de la experiencia de su pasado de pueblo nómada.

Una de esas fuentes perennes era el conocido “Pozo de Jacob” en la Samaria, abierto en el huerto que el Patriarca ofreciera, hacía siglos atrás, a su hijo José (el que fue vendido a los egipcios) y quedaba a poco más de un kilómetro de las puertas de la ciudad de Sicar, hoy Neplusa.

A su ribera llegó Jesús, en su viaje, alrededor del mediodía.

Acababa de enfrentarse en Jerusalén con exponentes de la clase sacerdotal, con rabinos, con escribas discutidores y ahora se sentaba allí al borde de aquel pozo, en aquella región despreciada, habitada otrora por Jacob y donde estaba su túmulo trasladado con tanto aparato por José, su hijo, virrey de Egipto, en esa región de mala fama, infestada de salteadores, cubierta de idolatría.

Pero en vez de evitarla, como todos hacían, vino a ella, atravesando su suelo ardiente y adusto. ¿No nace, entonces, el sol para todos? ¿Y no es el enfermo el que más precisa de médico?

Se sentó, pues, en el borde de piedra que circundaba el pozo y le servía, al mismo tiempo, de grada. Era un pozo profundo de más de treinta metros, y por la mañana y por la tarde, las mujeres del pueblo se dirigían a él a fin de proveerse de agua. Descendían lentamente por el camino estrecho y serpenteado que venía desde las puertas de la ciudad, las manos moviéndose a los lados, en un balanceo rimado y armonioso, ostentando a la luz cruda del sol, sus mantos amplios, de colores vivos, en cuanto que, por el camino de las caravanas, que se extendía más a la izquierda, las largas colas de camellos y burros, sintiendo de lejos el frescor del agua, se aproximaban relinchando, presurosos, ansiando por ella.

Pero, a esa hora caliente del mediodía (hora sexta), nunca había movimiento; todos permanecían dentro de sus casas, o a la sombra de los árboles, huyendo del sol calcinante, pues que la vida solamente recomenzaba a la hora nona.

Cubierto del polvo y fatiga, Jesús se sentó en el muro del pozo, para aguardar el regreso de los discípulos que habían seguido adelante, para comprar alimentos en la ciudad. Junto a Él solamente permaneció Juan, el más joven, que recogió y transmitió los detalles de la conmoviente escena.

Saliendo de la ciudad, se aproximó una mujer samaritana, con su cántaro en la cabeza, y el balde de sacar agua en el brazo izquierdo. Llegando al pozo y encontrando a Jesús allí sentado, vio enseguida por su ropa y su figura que se trataba de un judío, gente

hostil, orgullosa, enemiga de los de su raza; por eso se apartó enseguida para el lado opuesto, recelosa y desconfiada.

Descendió el balde, sacó el agua y cuando ya iba a derramarla dentro del cántaro, Jesús le pidió de beber. Sorprendida con el hecho insólito de que un judío descendiese de su clase para pedir agua a una samaritana quedó inmóvil, indecisa, hasta que movida de repente por un irresistible impulso, tomó la vasija, la llenó de agua y se la dio a Jesús, el cual después de beber y dar de beber a Juan, dijo a la samaritana que aquel encuentro para ella representaba una felicidad, porque Él tenía poder para darle de beber un agua cuyo pozo nunca se extinguía y que vertería por la eternidad.

Y como ella, curiosa, le preguntase qué agua era aquella, Él le dijo que era el agua de la vida inmortal del espíritu y como ella, prosiguiendo, entre otras cosas le preguntase donde se debería adorar a Dios, si en Jerusalén como querían los judíos, o si en su Templo nacional del Monte Garizin, que desde allí se avistaba en su gran majestuosidad (donde pontificaba Simón, llamado el Mago), Jesús le explicó que: “la hora vendría y ya había llegado, en que no habría lugares especiales para rendir culto a Dios, debiendo Éste ser adorado en toda parte y no con formalidades exageradas o espectaculares, como hacían en Jerusalén, o con prácticas idólatras y supersticiosas como hacían los samaritanos, mas si con simplicidad y pureza, en espíritu y verdad, porque Dios es espíritu”. Y cuando la mujer, comprensivamente, respondió que ya oyera hablar así y era sabido que el Mesías esperado por todos mudaría todas las cosas, Él firmemente le dijo: “El Mesías soy yo, que hablo contigo”.

Amedrentada, la mujer quiso retirarse, mas Él le pidió que llevase la noticia a los otros moradores de la ciudad para que también fuesen ellos esclarecidos sobre eso, lo que ella prometió hacer.

Al regresar a la ciudad, asustada, ella informó primero a su marido y después a los demás moradores, de la presencia de aquel profeta; contó que le había hecho revelaciones de muchas cosas y que se decía el Mesías y convidaba a todos para que compareciesen

ante Él; para que los esclareciese en las verdades de Dios. Sorprendidos, sobre todo por el hecho de ser el visitante un judío, acudieron presurosos y lo llevaron para adentro de la ciudad, hospedándolo por dos días, durante los cuales recibieron de sus manos generosos beneficios espirituales.

Capítulo 23

EN LA SINAGOGA DE NAZARET

Fue cuando se alejaba de Sicar, que Jesús recibió la noticia, transmitida por un discípulo, de que Juan el Bautista había sido preso por Herodes.

Para Jesús eso significaba que la hora definitiva había sonado y que debería ahora entregarse abiertamente a su trabajo de redención humana, afrontando todas las consecuencias y prosiguiendo hasta el fin.

Apresurándose, siguió entonces directamente a Galilea, pasando primeramente por Caná y prosiguiendo para Nazaret donde habitaba su madre.



Era ahora un sábado, día importante del ritual judío. Había una lista de innumerables cosas que era prohibido hacer. En ese día, si alguien se rompía un miembro o se torcía un pie, o se hería en un accidente, quedaba sin remedios y sin socorro (salvo el del propio hogar) hasta la puesta del sol del día siguiente. En la víspera, al crepúsculo, sonaba una campana, o se daba otra señal, y todos dejaban inmediatamente sus ocupaciones, regresando a sus casas, encerrándose en ellas; comenzaba el reposo legal, durante el cual no se podía efectuar actividad alguna, y la propia alimentación ya

debía estar previamente preparada; solamente era permitido comparecer a la Sinagoga local a la mañana siguiente.



Jesús acompañado de su Madre, sus parientes y discípulos cumplió el rito y compareció a la sinagoga local, donde había llegado ya la noticia de su presencia en la ciudad, como también su fama de profeta. Sus constantes periodos de ausencia, por sus retiros a los monasterios y en los viajes y su natural carácter concentrado y recogido, hicieron que, para la mayoría de los presentes en la sinagoga, pareciera casi un extraño; mas en atención al hecho de ser un rabí, y como tal presentándose, acompañado de sus discípulos, fue convidado por el hazan a hacer el pregón del día.

La costumbre era que los Consejeros de la ciudad fuesen convocados en rotación semanal para ese trabajo, excepto para la parte final, referente a los profetas, que cabía, en esas ocasiones, a los huéspedes de honra, como en aquel día, Jesús era considerado.

Se levantó Él, pues, y se dirigió al banco del pregonador; se cubrió con el tallit — manto o velo de las oraciones — tomó el rollo de pergaminos de la mano del sirviente y, en vez de leer el texto referido, ya marcado, como sería obligatorio, lo abrió en el pasaje de Isaías, que trataba del advenimiento del Mesías y que decía: “El espíritu del Señor está sobre mi y me ungió para que anuncie la Buena Nueva a los pobres, para curar a los de corazón afligido, anunciar a los cautivos su liberación, dar vista a los ciegos, libertar a los oprimidos y pregonar el tiempo de las gracias y de los galardones del Señor”.

Lo normal era que el pregonador, leído el texto, devolviese el rollo al sirviente y pasase a comentarlo, interpretando el sentido, como lo hacemos todavía hoy en nuestros templos. Jesús, empero, leído el texto, se sentó y permaneció en silencio algunos momentos, bajo el mirar inquisidor y desconfiado de la asistencia hasta que, se

levantó de nuevo, agregando simplemente: “hoy se está cumpliendo esta Escritura que acabáis de oír”, como diciendo y dejando bien claro que Él era el ungido al cual las Escrituras se referían.

Comprendiendo eso, se levantaron entonces las protestas generales:

— ¿Quién es este que habla de esta forma?

— ¿No es este, por ventura, el hijo de José, el carpintero?

— ¿No es el mismo cuya madre y hermanos conocemos?

Se formó un tumulto y Jesús se retiró sin más palabras.

Después de eso, se demoró aun algunos días en Nazaret y al sábado siguiente, en la misma sinagoga, cuandoregonaba, interpretando el texto del día, contrarió nuevamente a los asistentes, por las enseñanzas que suministraba y que no eran concordantes con aquellas que estaban acostumbrados a oír, lo que llevó a Jesús a declarar que nadie es profeta entre los suyos y que, por eso, la gracia de Dios es dada más fácilmente a extranjeros.

Con eso los oyentes se enfurecieron, porque las Escrituras eran privilegio de Israel, y sus enseñanzas las únicas verdaderas; y, acompañando los más exaltados, arrastraron a Jesús para afuera e intentaron arrojarlo de un despeñadero existente allí cerca; empero Él usando de sus poderes, “pasó entre ellos” como dice el Evangelio, y abandonó enseguida la ciudad, no antes, de elegir dos discípulos más que fueron Thiago — el Menor — y Judas Tadeo²⁹; siguiendo de allí para Cafarnaum, que quedó siendo el centro de sus andanzas yregonaciones.

²⁹ Judas Tadeo era su hermano afín, sobrino de José. María, su madre, sabiendo del aislamiento en que vivía, sin conforto, y de las durezas y dificultades de la misión que apenas iniciaba, le pidió que también aceptase en su compañía Cleofás, su tío materno, que se encargaría de los quehaceres materiales referentes a su persona.

Capítulo 24

LA MUERTE DE JUAN BAUTISTA

Juan Bautista, permanecía siempre a las márgenes del río Jordán, atendiendo al pueblo y pregonando el arrepentimiento de los errores, bautizando y enseñando la Doctrina de la Redención por el amor. Su fama crecía día a día.

Herodes Antipas, gobernador de la provincia, en su corte lujosa y perversa de Tiberíades, donde todo servía para apartar el tedio insoportable, demostró deseos de conocer al severo profeta, que movilizaba las multitudes de creyentes, tornándose así un guía peligroso del pueblo.

El Precursor había incurrido, días atrás, en el odio de Herodiades que, en la ocasión, había abandonado a su marido Felipe, hermano de Antipas, y vivía maritalmente con éste. Era una mujer inteligente, sin embargo inescrupulosa, y muy dada a las costumbres libertinas greco romanas de banquetes, orgías, circos etc.

Bajo el temor de la popularidad del Profeta y a presión de su mujer que se daba por ofendida, mandó Herodes que Juan fuese llevado a su presencia. Juan no se rehusó, mas aprovechó la oportunidad para reiterar las críticas que hiciera al rey por su acto culpable y compareció a su presencia.

Como era de esperar, su figura extraña impresionó

profundamente a Herodes y su corte, y Juan, como lo hacía siempre, les habló de las cosas que pregonaba al pueblo y de las esperanzas del Mesías nacional que reafirmó, ya estaba presente en el País, para cumplir su misión Divina de redimir a los hombres de sus errores, separar la paja del trigo y quemar el mal grano que para nada sirve. Pero Herodes lo interrumpió diciendo que sabía de la fama que tenía y deseaba que él diese allí, en presencia de todos, demostraciones de su poder de profeta, para que entonces sus palabras tuviesen valor.

Juan se exaltó, y respondió que más le valdría al rey, entrar, como los otros, en el camino de la salvación, huyendo al pecado del adulterio, pues que no le era lícito vivir con la mujer de su hermano.³⁰

Como judío, de temperamento místico, por momentos el rey quedó atemorizado por las amenazas de Juan. Pero, impulsado por Herodiades, mandó prenderlo y transportarlo más tarde a la fortaleza de Macaerus, en los límites de los desiertos árabes.

En esa prisión, que duró dos años, Juan gozó de libertad relativa, pudiendo hablar con sus discípulos que eran muchos, y mandar y recibir mensajes. A pesar de estar encadenado por un brazo a la pared de la cárcel, podía en tanto, acercarse a una ventanita existente en la puerta de la celda y hablar con sus discípulos que permanecían del lado de afuera. Durante los años que estuvo encarcelado, Juan envió varias veces sus discípulos a Jesús, para darle cuenta de su situación y saber lo que se pasaba con él. A través de sus discípulos Juan seguía atentamente lo que pasaba en Galilea y en el País, con respecto a Jesús, no porque dudase de su condición de Mesías, es obvio, mas para que después de su muerte (que sabía próxima) sus discípulos tomasen el rumbo cierto, lo que,

³⁰ Herodes se había casado con la hija del rey árabe Aretas, pero la repudió para vivir con su cuñada Herodiades. Por eso, el rey árabe hizo la guerra y lo derrotó, exigiendo reparaciones pesadas.

no obstante, no aconteció, porque si bien algunos de ellos vinieron a Jesús, la mayoría no lo hizo y se conservó fiel a la memoria de Juan Bautista y hasta hoy aun existen, realizando los ritos que el Profeta estableció, en la forma Esenia.³¹

En la prisión, pasando el tiempo, la apariencia de Juan se tornaría aun más extraña e impresionante; era un verdadero hombre del desierto; alto, maltratado, esquelético, moreno amarillento, mas aun dotado de fuerte y agigantada constitución. De su túnica de estopa pendía la franja de rabí; y sus ojos, que parecían dos carbones en brasas, no se despegaban del interlocutor en cuanto hablaba, con acento poderoso, alegórico y místico.

Y ya hacía dos años que estaba detenido, cuando Herodes vino con una gran comitiva formada de cortesanos, oficiales de servicio, visitantes y funcionarios romanos, a pasar un tiempo en la fortaleza, donde diariamente se banquetaban. En uno de esos festines, llenos de tedio por la rutina, deseó que la pequeña Salomé allí presente, hija de Herodíades, niña de 16 años, criada junto a las tribus del desierto, en la corte de su padre, danzase para él las danzas extrañas y voluptuosas de aquellos pueblos; mas ella se negó varias veces hasta que, por insinuación de su madre, la cual presurosa aprovechó la oportunidad de satisfacer su odio, declaró al rey que podría danzar para él siempre que como premio, le hiciese traer allí, en una bandeja, la cabeza del Profeta encarcelado.

Herodes se asustó con el pedido, procuró esquivarse a él, mas la niña siempre insinuada por su madre, lo pone en aprietos por la palabra dada, y entonces muy a contra gusto Herodes aceptó y enseguida después de la danza, el jefe de su guardia descendió a

³¹ Existen en Asia Menor, bajo la denominación de “Sabeos”; guardan el domingo y, una vez por semana, hacen el bautismo, en una ceremonia en la que entran el pan y el vino. También el propio libro *Los Actos de los Apóstoles*: 17:24-28 y 19:1-5, se refieren a Apolo, discípulo de Juan, residente en Alejandría. Esos discípulos de Juan, en general, negaban que Jesús fuese el Mesías esperado.

la cárcel y mandó degollar al profeta y el verdugo, espectacularmente, entró en la sala del banquete, presentando a la niña la cabeza sangrienta y aun semi-viva, cuyos ojos la miraban muy abiertos.

Horrorizada huyó de la sala, mientras se elevaba en el aire, venido del patio de la fortaleza, allá abajo, el coro sombrío y lúgubre, cantado por los discípulos, que presenciaron la muerte de su maestro, cantaban salmos y profecías, y ponían en evidencia la que decía: “Voz que clama en el desierto, prepara los caminos...”.

Juan Bautista rescataba con su muerte por degollación, las culpas de Elías, cometidas siglos antes y, conforme lo predijera a sus discípulos, abandonaba el escenario para que el verdadero Enviado, el Mesías de Israel, se engrandeciera y caminase, también, para su glorioso destino: Uno apagándose, humildemente, por la muerte, y el otro ascendiendo para la posteridad, la inconmensurable luz del Gólgota.

Capítulo 25

LOS TRABAJOS EN GALILEA

Como vimos, Jesús, saliendo de Nazaret, estableció en Cafarnaum, su centro de actividades públicas; de allí partía para pregonar en las vecinas ciudades de Salmanuta, Magdala, Corazín, Bethsaida y otras, situadas a las márgenes del lago de Kinereth, bien como en las regiones vecinas; cumplía así rigurosamente las Escrituras, conforme las leyera en la Sinagoga de Nazaret, pues que, por todos esos lugares distribuía la Buena Nueva de la salvación, curaba a los enfermos, liberaba a los oprimidos, llevando a todos la palabra de compasión y de esperanza.

CAFARNAUM

Cafarnaum quedaba a la orilla del lago, y en aquellos remotos tiempos era un importante centro comercial, poseía un puerto de pesca, una aduana y una guarnición de soldados romanos. Era allí que, sentado en una garita, en la boca del puente de amarre de los barcos, permanecía el cobrador de impuestos llamado Levy que, más tarde fue apóstol, con el nombre de Mateo. En la misma margen, pero más al sur, quedaba Tiberíades, ciudad pagana edificada por Herodes en homenaje a Tiberio, el César romano.

La mayor parte del pueblo de Cafarnaum, era formada por pescadores y hortelanos, gente pobre y tan sobrecargada de

impuestos, que en gran porcentaje se tornaba asalariada de los ricos y de los comerciantes.

Raros poseían recursos propios, siendo apuntados a dedo, como por ejemplo acontecía con los dos Zebedeos, Tiago y Juan, cuya madre, Salomé, poseía algunos barcos de pesca. Por su pobreza, el pueblo ni había conseguido construir la Sinagoga local, habiendo sido preciso que el Centurión³² comandante de la corte romana, hiciese para eso un importante donativo, visto ser un hombre piadoso y simpatizante de la religión judaica, el mismo al cual el Evangelio (Mateo 8:5-13) se refiere como habiendo recibido una gracia de Jesús.

Jesús, llegando allí, reposó algunos días en la casa de la suegra de Simón Bar Jonas. En ese tiempo tenía él casi 32 años. Era esbelto, pero robusto, estatura por encima de la mediana, rostro ovalado enmarcado por una barba fina, castaño rojiza, partida al medio y rizada en las puntas; usaba el cabello cayéndole por la espalda, del mismo color que la barba. Tenía la frente alta y amplia, ojos grandes, claros, sienes hundidas; tez morena como la de su Madre, cejas y pestañas largas, sombreando su rostro.

Usaba vestimentas blancas, largas hasta los pies, llevando encima una túnica azul clara, sin mangas. No usaba, como los otros rabies del pueblo, cintas de cuero en los brazos y en la cabeza.

Según la costumbre de la época y del lugar, usaba sobre la camisa y la túnica, una capa y en ésta 4 borlas azules que eran las franjas rituales de rabí.

Cuando la multitud lo rodeaba, pidiendo socorro para sus males, o cuando se emocionaba por cualquier circunstancia, un halo de luz o de fluidos fortísimos lo envolvía, su cara empalidecía y sus vestimentas fulguraban, mayormente cuando era de noche. En esas horas gran poder magnético irradiaba de él, y se esparcía a su alrededor, influenciando a todos los que se aproximasen. Muchos

³² Centurión era puesto de oficial del ejército romano, comandante de una centuria — 100 hombres —; subdivisión de una legión, que era comando de un tribuno, puesto que correspondía a un coronel de los ejércitos actuales.

se curaban solamente, al entrar en contacto con su aura poderosa, o tocando sus vestimentas, como por ejemplo sucedió, con la mujer que sufría de hemorragias, conforme relata el Evangelio.³³

Los galileos seguían los ritos de la Thorá y frecuentaban Jerusalén en las festividades nacionales, mas eran rebeldes a ciertas formalidades y exigencias impuestas por el clero y no seguían al pie de la letra, muchos de los preceptos. Tenían costumbres aparte. No cumplían, por ejemplo, a rigor, el ritual de los sacrificios de sangre, demostrando en esto ser más evolucionados que los judíos, y los sábados, en sus sinagogas, cuidaban más particularmente de oír las interpretaciones de la Ley.

Ya anteriormente nos referimos al ceremonial en los templos y, si en las sinagogas de las grandes ciudades, la organización interna comportaba, además del rabí, varios servidores del culto, comisiones de trabajo social y un consejo de ancianos, encargado de oír y juzgar las partes y dar sentencias, que competía al hazan ejecutar (pues tales sinagogas tenían atribuciones ejecutivas municipales), en las ciudades pequeñas, entre tanto, el hazan acumulaba todas las atribuciones, tornándose la principal autoridad local.

Las sinagogas funcionaban como pequeñas, repúblicas: tenían un presidente, un consejo de ancianos, un hazan, delegados, secretarios y un schamasch (auxiliar del Templo). Tenían, como ya dijimos, jurisdicción y atributos ejecutivos municipales, expidiendo decretos-leyes pronunciando sentencias de castigos corporales, menos penas de muerte, que en las provincias, era responsabilidad real.

Ya vimos también que los rabies recibían instrucción completa, justamente para poder atender al pueblo como maestros religiosos, jueces, orientadores sociales, y consejeros en general.

³³ Eusebio de Césares, en su *Historia*, narra que esa mujer era de Paneas, ciudad de Fenicia, llamada más tarde Cesarea de Felipe. Informa que en su tiempo, delante de la puerta de la casa donde residía, había 2 estatuas de bronce, representando una, a la referida mujer, en una actitud de súplica y, en la otra, Jesús extendiendo la mano derecha. El mismo hecho estaba representado en murales en las más antiguas catacumbas.

Capítulo 26

PREDICACIONES Y CURAS

Entre los judíos en general, en aquel tiempo, el sistema de las pregonaciones era muy distinto del usado hoy; cuando el maestro, sacerdote, pastor u orador académico, expone libremente sus ideas, sin interrupciones, siendo oído en silencio por los asistentes.

En las sinagogas o tribunales, cualquier asistente tenía el derecho de interpelar al orador y era común surgir tumultos cuando las opiniones de muchos divergían, o cuando los expositores pregonaban materias consideradas contrarias a la Thorá y a las costumbres nacionales. Ya vimos lo que había acontecido días atrás, con el propio Jesús, cuando se presentó por dos veces en la sinagoga de Nazaret, hecho ese que debería repetirse varias veces en el transcurso de sus pregonaciones futuras, como era de esperar, en otros lugares.

En esas sinagogas del interior del país, a las márgenes del río, es que Jesús inició sus pregonaciones y solamente más tarde, cuando el auditorio aumentó enormemente, debido a su fama de profeta, a las curas que hacía, y a los fenómenos — tenidos como milagros — que producía, es que pasó a pregonar en las plazas públicas y al aire libre.

El dialecto que Él usaba era sirio hebreo, un romano de tronco aramaico que, en ese tiempo, era usado en toda la Palestina.

Normalmente en las sinagogas entraba acompañado de sus discípulos (lo que era costumbre entre los rabíes), tomaba de la mano del sirviente el rollo de las Escrituras, en la parte ya marcada como texto del día — la “Parascha”— y pasaba entonces a interpretar el asunto, según su elevado y sabio criterio. Mas, justamente por causa de esas interpretaciones, como ya dijimos anteriormente, es que, desde el primer día, tuvo que enfrentar la animosidad de los **doctores de la ley** que, aunque no fuesen sacerdotes, se consideraban eruditos, teólogos, lingüistas, juristas, de mayor o menor renombre o capacidad; y como, en su mayoría, pertenecían al partido fariseo, tenían gran autoridad y, con su presencia, representaban el oficialismo religioso de la Capital, lo que vale decir, del Sanedrín.

Percibieron pronto que Jesús era un expositor peligroso, diferente de los demás, porque pregonaba de forma diferente heterodoxa, revolucionaria; hablaba con autoridad propia, poseía saber profundo, y jamás reverenciaba o prestaba obediencia a cualquiera de las escuelas rabínicas oficiales.

Ofreciendo el Reino de Dios, sobre el de los hombres, reino de armonía, paz y justicia, Jesús tenía capacidad para promover la mayor revolución social, de entre las que habían sido intentadas. De hecho: bien distanciado del espiritualismo clásico y de las religiones dogmáticas, que hasta hoy existen, aun mismo cuando afiliadas al Cristianismo, la doctrina que pregonaba exigía realizaciones objetivas e inmediatas; exigía acción, hechos, resultados; no concepciones teóricas, filosóficas, cerebrales, mas si decisiones y transformaciones íntimas, y acciones en el plano colectivo, exactamente como el Espiritismo debe exigir hoy en la evangelización de sus adeptos. Por eso Jesús decía siempre: “Por los frutos conoceréis los árboles, y aquel que no dé buen fruto debe ser cortado y lanzado fuera”.

En un país donde la mayoría del pueblo era esclavo del salario del día, Él pregonaba la libertad y la igualdad espiritual con relación

a los poderosos, como hermanos que eran todos, hijos del mismo Padre, debiendo así proceder unos con otros, fraternalmente. ¡Las mismas ideas que encendieron en el mundo terribles revoluciones, hoy configuradas en ideologías igualitarias de carácter político, que llevan, entretanto, a la eterna dominación del más fuerte! Por eso, todos los miserables y desvalidos lo seguían y lo amaban y su prestigio aumentaba diariamente, basado en la esperanza de que siendo Él el Mesías nacional, traería la liberación de Israel del yugo extranjero, y acabaría con la miseria, las enfermedades y la esclavitud.

Y los propios discípulos pensaban así, habiendo sido por tanto, terrible la decepción de casi la totalidad de ellos cuando le oyeron decir que “su reino no era de este mundo”. Y entre los decepcionados, el mayor de todos fue Judas de Kerioth.

La doctrina pregonada por Jesús exasperaba al clero judaico, porque enseñaba una religión sin sacerdotes y sin ritos exteriores, que no aceptaba ningún intermediario entre la criatura y el Creador. Y daba testimonio de eso, porque no siempre usaba los templos para sus preces y pregonaciones; se retiraba para lugares solitarios y enseñaba casi siempre a cielo abierto. Por eso, era odiado por el clero y por todos aquellos que vivían a costa de los Templos.

Además de eso, los sacerdotes enseñaban que solamente **los hijos de Abraham** merecían las gracias del Cielo, en tanto que Él decía, que todos los hombres son hijos de Abraham y que Dios crearía sus hijos hasta de las propias piedras. ¡De un lado, el privilegio de pocos y el egoísmo de una raza, y de otro la fraternidad universal! No la religión dominadora de un pequeño grupo o de un pequeño pueblo, que se juzgaba superior a los demás, mas sí la religión del hombre terreno, universal y eterna. ¿Cómo aceptar semejantes herejías e ilusiones?

En su primera visita a la sinagoga de Cafarnaum, su actitud impresionó fuertemente a la asistencia (como además, sucedía en todas partes donde llegaba por primera vez). Era costumbre que el

visitante convidado a hacer la lectura o Pregonación del día, se excusase, aceptando solo cuando el director del culto reiterase el convite; pero Jesús despreciaba las formalidades y en aquel día, luego que convidado se dirigió a la tribuna y formuló la oración en los siguientes términos: “Bendito seas Señor, dueño del Universo, Creador de la luz y de las sombras, de la paz y del amor”; y la situación se tornó verdaderamente dramática cuando uno de los presentes, tomado por un Espíritu, apuntando hacia Él, gritó: “Yo se quien eres tu, Rabí de Nazaret: eres el Santo de Dios”. Y el espanto culminó cuando Jesús, sereno y seguro de si mismo, ordenó al Espíritu que se apartase del hombre, siendo inmediatamente obedecido.

Todos percibieron entonces, claramente, que allí estaba un profeta legítimo, no de palabras solamente, mas de actos concretos y poderes espirituales fuera de lo común.



Las curas y “milagros” hechos por el Maestro en Cafarnaum y en otros lugares, eran aparentemente de procesos diferentes: a veces imponía las manos sobre los enfermos, a veces apelaba para su fe, o utilizaba su inmenso poder de Verbo Divino, diciendo simplemente “estás curado”, o “tu fe te curó” o “ve y no peques más”. A veces, por compasión, curaba varios enfermos o un grupo de ellos, extendiendo los brazos en su dirección, diciendo: “si tenéis fe, pensad en vuestros seres queridos, para que ellos también sean beneficiados”, o aun, operaba curas a distancia, usando de la palabra, como hay varios ejemplos en el Evangelio.

Es claro que solamente él podía hacer tales cosas, visto que en ciertos casos, liberaba al enfermo y al obsesado de sus compromisos kármicos, lo que no es para la capacidad de cualquier Espíritu, por elevado que sea, por el hecho que en estas curas hay interferencias en las propias leyes divinas que regulan esos casos.

Por eso su fama crecía día a día y de todas partes corría gente procurándolo. Y cuando Él pasaba por los senderos o caminos polvorientos, el pueblo salía a las puertas y las mujeres levantaban en los brazos, bien alto, a sus hijos pequeños, para que el mirar del Rabí se posase sobre ellos; y muchos se tiraban al suelo de ojos puestos en Él, para que, al pasar su sombra los cubriese.

En donde quiera que Él estuviese o llegase, lo rodeaban enseguida la miseria y el sufrimiento humano, suplicando, a los gritos y lamentos tristes, que les diese alivio. Por eso, por donde Él pasaba, permanecía por mucho tiempo, un halo de luz y de felicidad iluminando los ojos de todos los que lo veían, y una esperanza nueva en el pecho, sacudiendo los corazones, sin mismo saber muy bien de donde provenían.

En aquellos tiempos imperaban las enfermedades de toda especie, en el seno de las familias pobres, principalmente derivadas de la ignorancia y de la inmundicia.

En Palestina las mudanzas bruscas de temperatura, las sequías implacables, el polvo de los desiertos y de los terrenos fuertemente calcáreos, como los de la Judea, la ignorancia y la promiscuidad (tan común entre los pueblos orientales), la indolencia natural del pueblo y su arraigada superstición religiosa, todo concurría para que las molestias se expandiesen y dominasen por todas partes.

La ciencia aún estaba en la infancia; no había médicos profesionales a disposición de los pobres y los tratamientos y curas aún eran más atribución de sacerdotes, rabíes y curanderos o magos, que abundaban por toda parte, juntamente con las fiebres, las disenterías, las molestias de los ojos y la lepra.

Cuando vemos en los días de hoy, sobre todo en los ambientes aún retardados, cuando la medicina ya conquistó mayores conocimientos no sólo sobre la etiología, como también en la terapéutica, que la tendencia del pueblo es procurar confiadamente a curanderos y charlatanes, aglomerándose alrededor de ellos, esperanzados en las curas a veces imposibles, nada hay de extrañable

que en aquellos días remotos, corriesen desesperadamente para junto de Jesús que, realmente, tenía poderosos medios de cura y de auxilio.

Nunca se negaba, y en todas las oportunidades procuraba edificar las almas y redimir las de sí mismas; y si, actuando, transgredía las normas, los hábitos y las costumbres, como por ejemplo, efectuando curas los sábados, despreciando las exageraciones de las reglas sobre la pureza, etc., era para demostrar, al mismo tiempo en que hacía el bien, que la caridad estaba por encima de los formalismos estériles y que, como acostumbraba a responder a los fariseos, Él, como hombre, era el señor del sábado y no su esclavo.

Cuando limpiaba los leprosos y mandaba que se presentasen a los sacerdotes, era para que el beneficio fuera completo, porque los sacerdotes eran obligados a ofrecer al enfermo un certificado de su cura, cesando entonces su aislamiento en lugares solitarios, pudiendo ellos, de ahí en adelante, reintegrarse a la familia y a la sociedad; con eso también demostraba que la misericordia divina, cuando era concedida, purificaba el cuerpo y el espíritu; y cuando devolvía la vista a los ciegos, desligando a los enfermos de sus pruebas kármicas, diciéndoles “id, y no pequéis más”, quería explicar al pueblo que las tinieblas, como todos los sufrimientos, vienen de la práctica de los errores, de la ausencia de virtudes, y que en éstas existe solamente claridad.

¿Y hasta mismo no levantó de sus ataúdes a los que se les consideraba como muertos? Eso fue para probar que la vida es eterna y que los cuerpos humanos son mera contingencia de las reencarnaciones punitivas, en los primeros peldaños de la escalera evolutiva.

Capítulo 27

OTROS LUGARES

En Cafarnaum y sus alrededores efectuó innumerables curas y benefició a multitudes de suplicantes. Dice el Evangelio que efectuó también muchos “milagros” como, por ejemplo, la Pesca Maravillosa, en la que hizo una segura demostración de su poder de videncia el cual, sin duda, poseía en inmensa amplitud; y dos multiplicaciones de panes (una de las cuales en la ciudad de Julia, en Decápolis), que el Espiritismo también puede explicar como condensaciones fluídicas, multiplicadas en cadena, lo que, para el Divino Maestro sería una posibilidad natural.

Todos los sábados comparecía a la sinagoga local, para pregonar al pueblo en la ciudad donde estuviese en el momento, como era derecho y deber de un Rabí interesado en la buena orientación de los creyentes, y un día, en Cafarnaum, en la sinagoga, le presentaron un operario que había sufrido un accidente y tenía como consecuencia, la mano seca, muerta, pidiéndole que lo curase. Pero los fariseos intervinieron inmediatamente, con malicia, preguntándole si le era lícito curar en día de sábado, a lo que Jesús respondió: “Responded primero: ¿que será mejor hacer en un día de sábado? ¿Un beneficio o un daño? ¿Salvar a alguien de la muerte, o dejarlo morir?”. Y como los interpelados no encontrasen respuestas hábiles y justas, Él curó al enfermo allí mismo.

Este modo de confundir a los opositores en público, con respuestas justas y honestas a sus ataques, poniendo al desnudo sus hipocresías, despertaba un enorme rencor por parte de los fariseos porque, de cada encuentro, Jesús salía engrandecido y ellos disminuidos.

Todos los sábados surgían dificultades y discusiones, porque Jesús andaba siempre acompañado de enfermos, miserables, desvalidos de toda especie y jamás dejaba de atenderlos pacientemente, no solo curándolos de sus males como, sobre todo, consolándolos y esclareciéndolos en las promesas tantas veces repetidas, del próximo Reino de Dios, destinado a todos aquellos que cumpliesen sus leyes universales y eternas.

Durante los primeros tiempos que allí estuvo, hacía sus pregones, de preferencia en el puerto, entre los pescadores y esclavos. Así que se aproximaba, todos corrían junto de Él para oír sus palabras de salvación, y, por fin, el movimiento era tan considerable, que los capataces intervinieron y reclamaron junto a las autoridades, alegando que aquellas reuniones perjudicaban el rendimiento del trabajo de los hombres, considerando que eran todos asalariados.

Estas reclamaciones eran siempre atendidas por Jesús, en estos casos, cambiaba de lugar para sus pregones, por ser un fiel cumplidor de las Leyes, visto que así lo pregonaba diciendo: “Dad a César lo que es de César”.

El publicano Levi, dentro de su garita, en la cabecera del puente del puerto, de cuyos impuestos era arrendatario, veía esas cosas, oía lo que decían y, mucho más que eso, siempre que posible, oía los pregones; y todas las veces que Jesús pasaba por allí, salía de la garita y se inclinaba respetuosamente ante Él saludándolo, hasta que un día, se aproximó más, se curvó aun más, y le dijo incisivamente: “creo que el día de la salvación viene, como Tu pregonas, Señor, pero, yo quedaré fuera, por ser un hombre impuro, y lleno de imperfecciones”, a lo que Jesús deteniéndose y mirándolo

firmemente, respondió: “Dios anda siempre junto a aquellos que tienen el corazón humilde. Deja la tentación de los bienes perecibles y ven conmigo”. Entonces Levy, exultante, abandonó su puesto en el mismo momento y lo siguió, convidándolo, después, para repartir el pan en su casa, honrándolo con su presencia; y habiendo Jesús aceptado, convocó a varios de sus colegas de profesión y a los discípulos del Maestro, para aquella misma noche.

Por causa de eso, surgió un gran escándalo entre los fariseos, por que era día de ayuno y algunos discípulos de Juan Bautista, que se encontraban en la ciudad, protestaron en honra de su Rabí muerto; y también porque los cobradores de impuestos eran considerados ladrones y gente impura; un Rabí, por tanto, no podía, según la Ley, sentarse a comer con gente de esa especie.

Y se aglomeraron varios de ellos frente a la casa de Levy, reclamando en alta voz, hasta que saliendo Jesús, los esclareció sobre el hecho diciendo: “No dice el Señor, por Oseas: ¿Prefiero la misericordia a los sacrificios? Yo no vine a llamar los justos a la penitencia, mas sí a los pecadores”.

Y otro día, en casa de la suegra de Pedro, el pueblo se reunió alrededor de Él, quedando muchos afuera por no haber lugar, y los fariseos que no lo dejaban, buscando siempre motivos para comprometerlo, entraron también para ver lo que Él hacía.

Y Jesús estaba haciendo su pregón de costumbre, cuando el techo de la sala comenzó a caer, abriéndose en él un agujero, e hicieron descender por allí un paralítico acostado sobre una camilla. El hecho no alarmó a los asistentes porque, estando presente Jesús, muchas cosas extraordinarias acontecían, y también porque sabían que las casas de las aldeas montañosas o recostadas sobre los morros eran construidas, como ya explicamos, enclavadas en las laderas; eran bajas y poseían, en lugar de tejado, una terraza abierta, que juntaba el agua de lluvia y servía también de dormitorio en el verano. Las terrazas de las casas comúnmente se unían, formando bloques de residencias ligadas entre sí.

El piso de esas terrazas era hecho de gajos secos entrecruzados, sustentando una camada o dos de tierra seca o cocida al sol.

Los hombres que conducían al enfermo paralítico, no pudiendo entrar por la puerta obstruida por la multitud, subieron a la terraza, quebraron la tierra cocida, apartaron los gajos y lo descendieron con una cuerda por el agujero abierto.

Y cuando lo depositaron a los pies de Jesús, y el enfermo movió los ojos llorosos y tristes hacia Él, pidiendo: “Socórreme Rabí, estoy cansado de sufrir”. Jesús entonces, tomado de compasión y ante aquella fe tan intensa, dijo al enfermo: “Tus pecados te son perdonados, hijo mío”. Pero los fariseos presentes se escandalizaron con tales palabras, porque, perdonar pecados según la Ley, solo podía hacerlo Dios, y así lo exclamaban en voz alta, protestando. Pero Jesús encarándolos, les preguntó: “¿Que juzgáis más difícil, perdonar los pecados de este enfermo o curarlo?”. Y no habiendo una respuesta pronta, añadió, incisivo y seguro: “Para que sepáis que el Hijo del Hombre, tanto puede hacer una cosa como la otra, mirad y ved”. Y, volviéndose para el enfermo le ordenó: “Levántate, toma tu cama y ve para tu casa”. Y bajo el mayor asombro de los presentes el paralítico se levantó, temblando y vacilante, colocó la camilla a cuestas y se fue afuera por el corredor que la multitud, solícita, le abrió hasta la puerta.



Con estas cosas, la medida de las hostilidades de los enemigos fue llenándose y la noticia que aquel Rabí era un contraventor de la Ley fue siendo desparramada por los fariseos, dando margen a que muchos de sus seguidores o simpatizantes se fuesen apartando, muchas puertas cerrándose, y muchos cortando camino para desviarse de Él, amedrentados.

Entonces Jesús comenzó a llevar a sus discípulos a los campos

y plantaciones próximas, fuera de la ciudad, instruyéndolos personalmente en su doctrina de redención por el amor.

Pero, un sábado permitió que cogiesen espigas de un trigo maduro y se las comiesen, porque estaban con hambre. Eso dio margen a nuevas reclamaciones y represalias de parte de los fariseos, por apropiarse de trigo aún no cosechado y no separada la parte destinada a los pobres como era costumbre, habiendo Jesús, esclareciéndolos, preguntado si los sábados, los sacerdotes no realizaban, por ventura, sacrificios en el Templo, o si no operaban circuncisiones en ese día. ¿Y si ellos, fariseos, no sabían que el propio Rey David, un sábado, estando con hambre, penetró en el Templo de Abiatar y comió los panes destinados a las ceremonias del culto? Y ante el silencio profundo de los opositores, repitió la frase decisiva, diciendo que **el hombre no fue hecho para el sábado, pero sí el sábado para el hombre.**

Capítulo 28

HOSTILIDADES DEL SANEDRÍN

Relatos circunstanciales de esos acontecimientos eran enviados constantemente al Sanedrín en Jerusalén, por los fariseos locales y por los espías de aquel Tribunal, que también estaban siempre presentes, como hombres del pueblo, en las reuniones y los pregones de Jesús.

Con esos elementos, ya suficientes para desencadenar represalias violentas, el Sanedrín, de cierta forma indeciso por la inmensa popularidad del Rabí Galileo en el seno del pueblo, en todas las provincias y ciudades, elaboró un plan de acción que puso inmediatamente en ejecución. En consecuencia, todos los Rabies fariseos y saduceos, todos los escribas y doctores de la Ley, todos los hazanes dirigentes de sinagogas y otras autoridades dependientes de su jurisdicción, fueron orientados en el sentido de reunir pruebas con urgencia, como también el mayor número de testigos posibles sobre las transgresiones hechas por Jesús tanto contra la Thorá, como contra las reglas de conducta, costumbres y prácticas establecidas por el Sanedrín y en pleno vigor en Palestina y en Diáspora.

Habiendo, pues, aumentado visiblemente las presiones contra Él y sus discípulos, que eran constantemente procurados e interrogados por agentes oficiales, Jesús se retiró para la ciudad de

Nain, situada al sudeste de Nazaret, en las proximidades del Monte Tabor, donde su llegada causó mucho alborozo. Cansado del viaje, Él y sus discípulos pararon en una plaza, a la sombra de algunos árboles, para descansar, en cuanto el pueblo se fue aglomerando allí, no sólo para conocer a tan afamado Rabí, como también para pedir gracias y curas de sus molestias, como siempre ocurría.

En ese lugar, se aproximó a Él un hombre rico, Simón, rabí fariseo, que lo convidó para una cena en su casa. Jesús percibió enseguida que el convite tenía otras intenciones, pero aceptó, y a la hora marcada, compareció a la casa acompañado de sus discípulos. Simón, a su vez, convidó a amigos influyentes de la ciudad, inclusive algunos doctores de la Ley, esto es, a personas eruditas, conocedoras a fondo de la Thorá.

Conociendo la fama del profeta Galileo, de sus contiendas verbales con los fariseos de otras partes y, ciertamente, cumpliendo las instrucciones del Sanedrín, en el sentido de acumular pruebas contra Jesús, se valía Simón, de una magnífica oportunidad para obtener ventajas, comprometiéndolo ante testigos de indiscutible idoneidad.

Así, sabiendo que Jesús no se atenía a las formalidades y a los ritos de la purificación personal, dio orden a sus esclavos para que a todos sus invitados, ofreciesen agua para las abluciones usuales, menos a Jesús; y así fue hecho. Enseguida mandó presentarle los panes de costumbre, envueltos en un paño blanco de lino, y todos se escandalizaron por ver a Jesús partirlos sin lavarse las manos, o reclamar contra esa falla de hospedaje.

Y entonces comenzaron a interpelearlo sobre eso, respondiendo Jesús que “no es lo que entra por la boca lo que hace daño al hombre, sino lo que de ella sale” y de esta forma, con su superioridad moral, interpretaba los textos que le eran propuestos por los interrogadores, uno enseguida de otro, sin interrupción.

Capítulo 29

MARÍA DE MAGDALA

A cierta altura del ágape, se produjo un tumulto en la puerta de la casa, donde se aglomeraba el pueblo, y donde también estaban, juntos, los discípulos, que no tuvieron autorización para entrar en la sala del banquete; y, enseguida, apartando los criados que intentaban detenerla, penetró en el recinto una mujer joven y bella, vestida de paños de colores diferentes y mirando en torno, con evidente desprecio hacia los demás convidados, localizó a Jesús, que se encontraba un tanto apartado de los demás, y reconociéndolo se tiró a sus pies llorando.

Fue enseguida identificada por todos como siendo María, natural de Magdala, ciudad situada al sur de Cafarnaum, a la orilla del lago, donde poseía una casa grande y rica. Era en aquella ocasión la prostituta más famosa e influyente de toda la Palestina y se contaban a centenas sus admiradores de la clase alta, inclusive hijos de los príncipes de los sacerdotes en Jerusalén.

Viendo ella que los pies de Jesús estaban sucios de polvo y detritos de los caminos, sin que hubieran sido lavados, comprendió enseguida lo que pasaba y abriendo un frasco de óleo perfumado, que traía colgado del cuello por una fina cadena de oro (lo que era hábito entre las mujeres ricas), derramó el perfume en los pies del Rabí, y enseguida los limpió con sus abundantes y perfumados cabellos pelirrojos.

Mientras eso, los convidados, irónicos susurraban entre sí, diciendo:

— Él se dice Profeta y en tanto no sabe que está siendo homenajeado por una prostituta...

— Además de eso, agregaba otro, siendo rabí, ¿por ventura ignora que tal aproximación profana es vedada por la Ley?

Pero Jesús, dirigiéndose a Simón que observaba la escena en silencio, le propuso el siguiente caso:

— Un hombre tenía dos deudores de cantidades diferentes y a ambos perdonó. ¿Cuál de los dos le debería ser más agradecido?

— Naturalmente, el que debía mayor cantidad, respondió Simón.

— Ciertamente, convino Jesús. Ahora, entonces, analiza conmigo: tu me convidaste a esta cena, con el propósito oculto de verificar mi conducta y mis palabras, y convidaste amigos tuyos para testigos de lo que fuese dicho o hecho, comprometiéndome. Asimismo, acepté tu convite; vine a tu casa y tu no me mandaste dar agua para lavar las manos y los pies como es costumbre y como hiciste con los demás convidados. Con esto me obligaste a partir el pan sin lavarme las manos; como también es de práctica, y nada reclamé. Y viene ahora esta mujer y me lava los pies con sus lágrimas, los unge con perfume, enjúgalos con sus cabellos. A pesar de saberla pecadora, acepté también su homenaje. Ambos sois pues deudores y a ambos, como ves, perdoné. ¿Cuál de los dos, pues, demostró mayor gratitud?

La decepción del Rabí fariseo fue tan grande que quedó mudo, sucediendo lo mismo a todos los demás, mientras Jesús, dirigiéndose a la pecadora, le dijo: “Levántate hija, tus pecados te son perdonados. Ve en paz”.

Y enseguida se retiró de la casa de Simón, yendo a hospedarse en casa del publicano Jochaman, amigo de Levy, donde fue acompañado por la multitud que estaba en la calle, y que levantando

antorchas en las manos, manifestaba su alegría, diciendo: “tu lugar, Rabí, no está entre tus enemigos, pero sí entre el pueblo que te ama y de ti espera la salvación y el socorro para sus necesidades”.



Después de permanecer algunos días allí, Jesús volvió para Caná y Nazaret, donde se quedó algún tiempo, regresando después a Cafarnaum y continuando sus predicos. Pero sus discípulos eran obligados a responder a insistentes preguntas hechas por los fariseos de la ciudad, que les planteaban cuestiones en estos términos:

— No comprendemos a vuestro Rabí: Él conoce profundamente la Ley y los profetas; dice que no vino para destruirlas, pero si para confirmarlas; en tanto, viola la Ley a cada paso, desencaminando al pueblo. ¿Qué decís?

— Él sabe lo que hace, respondían los discípulos, y obra siempre para el bien de todos. Además de eso es un gran Profeta y opera milagros.

— Sí, retrucaban los interrogadores, pero sus actos destruyen sus palabras, y en cuanto a sus milagros, no los negamos, pero juzgamos que son inspirados por Satán.

Otras veces interrogaban en otros términos:

— Vuestro Rabí no para, anda por todas partes, pregonando y curando y hablando del Reino que no es de este mundo. ¿Qué tiene Él en vista? Viola la ley y las costumbres; pregona contra la Thorá y los sacerdotes del Templo... ¿Por ventura, quiere levantar al pueblo?

— Nada de eso, Él pregona la purificación, el arrepentimiento de los pecados y la redención por el amor al prójimo, pues somos todos hermanos, hijos del mismo Padre Celestial, respondían los discípulos.

— Por ventura. ¿Entonces halla que los judíos son hermanos de los samaritanos heréticos y de los paganos impuros?

Y así, intentaban confundir y comprometer a los discípulos, que acababan por huir de ellos, para no comprometer aún más a su Rabí.

Los fariseos entonces, hacían circular por la ciudad la versión de que Él era inspirado por Satán, y que por eso era que hacía curas y milagros que los sacerdotes no podían hacer. Y así, los ánimos de innumerables moradores se fueron poniendo contra Jesús.

Pero Jesús, reuniendo a sus discípulos, les habló con bondad y les narró la parábola del Reino Divino en si mismo, mas con todo, los discípulos se mostraban atemorizados y a partir de ahí, Judas por lo menos, comenzó a perder la fe en su rabí.

Y aconteció que, en aquellos días, llegaron a la ciudad algunos delegados del Sanedrín, para investigar oficialmente la conducta del rabí galileo, y tomando conocimiento de lo que se decía y de cuanto ocurría, pronto instalaron una especie de tribunal investigador y convocaron a testigos de la ciudad y de las vecindades.

A esa reunión compareció también Simón, el fariseo de Nain, y algunos discípulos de Juan el Bautista, moradores de la ciudad, a los cuales interrogaban preguntando:

— ¿Por acaso, vuestro rabí, ya muerto, perdonaba los pecados de alguien?

Y los discípulos de Juan confesaban que no:

— Nuestro Rabí mandaba que se arrepintiesen, pero no perdonaba pecados.

Volviéndose los interrogadores para los más cultos y prestigiosos fariseos y doctores de la Ley allí presentes, preguntaban:

— ¿Sabéis de algún rabí o sacerdote, que por si mismos, hayan perdonado pecados?

Y los interrogados unánimemente respondían:

— Jamás conocimos algún rabí, sacerdote o interprete de la Ley, que perdonase pecados.

Y terminada la investigación, los Delegados del Sanedrín concluyeron que Jesús era, realmente, un transgresor de la Ley y de las costumbres de Israel, principalmente por no respetar el sábado, sentarse a la mesa y repartir el pan con personas impuras y blasfemar contar Dios por perdonar pecados.

Pero Jesús, considerando las circunstancias de que sus discípulos estaban atemorizados con la situación y también porque su hora aun no había llegado, abandonó la ciudad una vez más.

Capítulo 30

EL DESENVOLVIMIENTO DE LA PREDICACIÓN

Jesús escogió Cafarnaum para centro de sus actividades públicas, debido a su importancia, y también por que daba así testimonio de las Escrituras cuando decían: “Y la Tierra que fue angustiada no será entenebrecida, envileció en los primeros tiempos, mas en los últimos se ennoblecó; junto al camino del mar, más allá del Jordán, en la Galilea de los gentíos. El pueblo que andaba en tinieblas vio una gran luz y sobre los que habitaban **en la tierra de la sombra y de la muerte** resplandeció una Luz” (Isaías 9:2).

Fue en esa región e inmediaciones que realizó gran parte de sus “milagros” y curas y ahí también tomó cuerpo y se organizó la campaña de hostilidades desencadenada contra Él por los escribas y fariseos, como agentes del clero judaico.

Cuando hicieron aquel simulacro de juicio, dándolo como transgresor de la Ley, muchos de los discípulos menores se apartaron de Él con recelo de la situación; mas cuando en sermón posterior Él dijo que era el pan del cielo que debería ser comido, diciendo: “Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; quien comer de este pan vivirá eternamente”, y agregó: “Y el pan que os daré será mi propia carne, que sacrificaré por la salvación del mundo”, no comprendieron que se refería al sacrificio del Gólgota, al cual poco tiempo después se entregó, y juzgaron que había enloquecido.

Y como ya corría mundo la propaganda hecha contra Él por los fariseos, acusándolo de ser cómplice de Satán, lo que lo exponía a Él y a sus discípulos a servir de escarnio público en muchos lugares por donde pasaban, esa propaganda también cooperó para el alejamiento de muchos discípulos.



Era cierto que esas acusaciones y malos juicios no venían de la gente pobre, del pueblo humilde, pero si de la clase media y superior, ligadas por fuertes intereses a las esferas del gobierno, y con esas clases es que estaba el poder que el pueblo temía.

Esas noticias llegaron pronto a Nazaret, de donde su Madre, inquieta, acompañaba sus peligrosos pasos, siempre a la espera de acontecimientos infelices, recordando los vaticinios que le fueran hechos, cuando aun vivía en el Templo, días antes de su casamiento con José.

Tenía edad suficiente para saber de la extensión del poder y de la fuerza de violencia del Sanedrín, en la represión de movimientos religiosos que contrariaban las directrices y las reglas del Templo.

Así, sabiendo lo que estaba ocurriendo en Cafarnaum, se hizo acompañar de algunos de sus hijos afines y siguió para allá, con el propósito de traerlo de vuelta a la casa, aunque fuese por algún tiempo; conocía la sensibilidad de su corazón tan dedicado al servicio del pueblo humilde y no quería dejarlo expuesto a las represalias del Sanedrín.

Llegaron cuando Él estaba pregonando al pueblo en casa de la suegra de Simón, y no pudiendo entrar por la gran multitud congregada, quedaron afuera esperando; mas algunos asistentes reconociéndolos, transmitieron la noticia al interior de la casa, para que Jesús fuese avisado.

Pero el Divino Enviado, penetrando en los pensamientos

piadosos de su Madre y en las posiciones hostiles de sus familiares, y discordando de ellos, pues que, integrado en su divina misión, no podía atarse a intereses puramente humanos y sentimentales, por más respetables que fuesen, cuando le dijeron: “están ahí afuera tu Madre y tus hermanos que te buscan”, Él, extendiendo el brazo hacia los que escuchaban, respondió: “mi Madre y mis hermanos son aquellos que hacen la voluntad de mi Padre, que creen en mi y siguen mis enseñanzas”. Queriendo decir con eso, bien claramente, que las únicas ligaciones verdaderas y permanentes son las que ligan las almas entre sí y no a los cuerpos físicos.

Nunca encontró apoyo y comprensión espiritual en aquellos hermanos afines, que, al contrario, siempre desearon que Él permaneciese en casa y discordaban de sus actividades religiosas; y, como ya dijimos anteriormente, en el hogar contó solamente, desde el comienzo, con la colaboración de su Madre.

Por eso después de terminar el pregón, fue hasta donde Ella estaba y allí le prestó-las honras debidas y, con palabras esclarecedoras y de coraje sosegó su corazón angustiado.

Capítulo 31

EL CUADRO DE LOS DISCÍPULOS

El grupo numeroso de seguidores que fue llamado “los quinientos de Galilea” pasó a desmenbrarse rápidamente cuando la situación se volvió peligrosa, reduciéndose a setenta y dos; y estos también, en gran parte, se desbandaron un poco más tarde, cuando Jesús declaró que su reino no era de este mundo; pero los doce, primeramente admitidos, permanecieron fieles al lado del Maestro y, cuando venían de una reunión en la sinagoga local, fueron interpelados por Jesús en los siguientes términos: “¿Y vosotros, queréis también partir?”.

Los discípulos, tomados de emoción, silenciaron mas Pedro, adelantándose, respondió por ellos diciendo: “¿Partir, para dónde Señor? ¿Dejarte para seguir a quién? ¿Volver para las sombras de donde vinimos? Tú solo tienes la palabra de vida eterna y sabemos que Tú eres el Hijo de Dios”.

Y Jesús, sonriendo, le dijo entonces: “Por eso mismo os separé uno por uno y os juzgué dignos de mi preferencia”. Pero leyendo en el corazón de Judas, lo que en él pasaba de decepción y angustia, agregó con tristeza: “Entretanto, uno de vosotros volvió su corazón para la descreencia, perdiendo la fe”.

Pero llegando a casa de la suegra de Pedro, allí los reunió reservadamente y los consagró uno por uno, por los nombres que de ahí en adelante conservarían hasta la muerte, formando el cuadro

final de los Apóstoles, al cual agregamos detalles necesarios, como sigue:

SIMÓN BAR JONES (denominado Pedro)

ANDRÉS (Hermano de Pedro)

TIAGO — El Mayor (Hijo de Zebedeo)

JUAN — (Hijo de Zebedeo)

TIAGO — El Menor

JUDAS TADEO

SIMÓN, EL ZELOTE

TOMÁS DE TOLEMAIDA

MATEO (Leví)

FELIPE DE BETSAIDA

BARTOLOMEO (también llamado Natanael)

JUDAS DE KERIOTH

Nota: A este cuadro se agregó, más tarde, Matías, que substituyó a Judas de Kerioth, por sorteo entre los apóstoles, después de la muerte de Jesús.



Los Apóstoles eran muy diferentes entre sí, en la edad, en los conocimientos, en las virtudes y en el carácter.

Después de cesar las persecuciones por parte del Sanedrín, en un período de tiempo de casi 10 años, a contar desde el Gólgota, ellos se reunían en la casa de María de Nazaret y distribuían entre sí las tareas de propagación en Palestina y en los países vecinos.

Respetaron la mayor edad de Pedro y las recomendaciones de Jesús, y lo eligieron para dirigirlos, sin ningún grado de jerarquía, solamente en el sentido moral.

He aquí los destinos que tomaron y el fin que tuvieron:

PEDRO — Fue uno de los pocos que permanecieron largo tiempo en la comunidad cristiana de Jerusalén. Hizo algunos viajes de propagación del Evangelio entre los gentíos en Antioquía y en otros lugares, y finalmente fue a Roma, acompañado de Juan, donde convivió largo tiempo con los messianitas locales, donde Pablo también estuvo preso y fue ejecutado, y donde consta haber sido martirizado.

Pero, según obras mediúmnicas de respeto, de allí partió para Efeso, juntándose con Juan, que estaba allí exilado, y de donde dictó la epístola que lleva su nombre, desencarnando en el año 67 con 87 años, siendo su cuerpo llevado a Efeso y de allí para Roma, más tarde.

TIAGO — El Mayor — hijo de Zebedeo y Salomé y hermano de Juan.

Pescador de profesión. Permaneció con Pedro y Matías en Jerusalén, siendo muerto por los perseguidores del cristianismo, juntamente con otros compañeros, muerte ésta, seguida luego después de la ejecución de Esteban, diácono griego e inspirado pregonador.

TIAGO — El Menor — También conocido como Zebeo, partió para Egipto, permaneciendo los primeros tiempos junto a Filón de Alejandría, que allí dirigía una importante escuela iniciática, trasladándose a continuación junto al lago Moeris, donde construyó una colonia cristiana que fue un valioso núcleo de cristianización del norte de Africa.

FELIPE — Evangelizó en Iturea, reuniéndose después a Andrés, en el Mar Negro, siendo muerto en Frigia, para donde siguiera.

MATEO — Anteriormente llamado Levy, partió para Etiopía, para donde más tarde siguió también Matías. Los primeros sembradores del cristianismo en el norte de Africa fueron Zebeo y Mateo, a los cuales también se reunió más tarde el discípulo Marcos, que allí desencarnó. Mateo prosiguió hasta el reino de la Reina Candace, en Etiopía, donde fue muerto.

TOMÁS de TOLEMAIDA; o Tomás Didimo — era el tercer Apóstol en edad después de Pedro. Espíritu crítico y analítico, caía siempre en la duda y en la negación, no poseía inicialmente fe, el don que permite percibir y aceptar determinadas cosas de la vida espiritual antes que los ojos las vean y cuando quedan más allá de los sentidos físicos.

Hasta mismo las impresionantes y admirables realizaciones de Jesús, permanecían para él en el terreno de la duda, llegando al extremo de dudar de la propia evidencia, como sucedió en la reunión realizada en Jerusalén, después del Calvario, cuando el Maestro compareció materializado, en una reunión de los apóstoles, habiendo sido preciso hacerlo colocar la mano sobre una de sus llagas.

Después evolucionó y, en Persia, donde hacía la propagación evangélica doce años después, recibió del Plano Espiritual demostraciones directas de hechos espirituales, que lo colocaron finalmente, en el camino consciente de la certeza y de la fe.

Evangelizó también en la India, yendo hasta Cachemir, a la orilla del río Indo, donde en la ciudad de Srinagar existía el Santuario Escuela de Gaspar, uno de los llamados Reyes Magos.

BARTOLOMEO de NAIM — También conocido como Natanael. Evangelizó en Armenia, junto al Mar Negro, donde fue muerto.

JUDAS TADEO — Trabajó en la Mesopotamia y en Persia, habiendo ido hasta Persópolis, donde existía el Santuario Escuela de Baltazar, otro de los conocidos Reyes Magos, el mayor de ellos, y ya entonces desencarnado.

ANDRÉS de TIBERIADES — Hermano de Pedro — Fue hacia el Ponto Euxino, junto al Mar Negro, donde trabajó en compañía de Felipe, y después en Grecia, donde murió.

SIMÓN — El Zelote — Permaneció junto a los trabajos de la Congregación en Palestina.

JUDAS de KERIOTH — Después de la participación que tuvo en la prisión y en la muerte de Jesús, según unos se ahorcó en

una higuera junto a la subida del Monte del Calvario, empero, revelaciones mediúmnicas esclarecen que dedicó el resto de sus atormentados días, como expiación de su abominable crimen, a servir como enfermero de los leprosos en el valle de Inon, en la parte baja de la ciudad de Jerusalén.

MATIAS — Substituyó a Judas por sorteo, después de la muerte de Jesús, permaneciendo en Jerusalén hasta la dispersión de los Apóstoles, cuando se dirigió, entonces, a Etiopía, juntándose a Mateo.

JUAN — Hijo de Zebedeo — Pescador de profesión. Vivió hasta el año 70, muriendo en la Isla de Patmos, donde creó una Escuela de Iniciación Cristiana que fue frecuentada por varios líderes del Cristianismo de los primeros tiempos. Fue el Apóstol que más vivió, cumpliéndose así lo que Jesús de él dijera: que viviría más que cualquiera de los otros.

Era el más joven de los Apóstoles, con 12 años menos que Jesús; era algo infantil, ingenuo y cariñoso.

Después de la muerte de las tres Marías: María de Nazaret, María de Betania, y María de Magdala, fue con Pedro a Roma, donde sus pregones atrajeron la ira de los poderosos, siendo exilado en Efeso, trasladándose enseguida para la Isla de Patmos, que quedaba en el límite con la ciudad.

Fue el que más tardíamente se movió para el trabajo, porque permaneció junto a María de Nazaret, en la casa de ésta, hasta su muerte.

En Patmos, su mediumnidad, ya manifestada en Nazaret, se expandió y alcanzó su plenitud con las extraordinarias manifestaciones del Plano Espiritual Superior, por la videncia y audición, produciendo las obras que conocemos: El Evangelio que tiene su nombre, las tres epístolas conocidas y el Apocalipsis, además de numerosos mensajes que la codificación Católica Romana rechazó por no juzgarlos convenientes al sentido y a los intereses de esa religión.

Capítulo 32

CONSAGRACIÓN Y EXCURSIONES

Los Apóstoles, al tiempo de Jesús, todos estaban en el vigor de la edad, entre veinte y treinta años, a excepción hecha a Simón, el Zelote, y Judas de Kerioth, que poseían alguna instrucción y cultura rabínica, y Levy, que por su profesión de cobrador de impuestos para los romanos, conocía alguna cosa de contabilidad, todos los demás eran personas humildes, incultas, hombres del pueblo, aunque, en compensación, llenos de fe, idealismo y honrados, sinceros y extremadamente fieles al Divino Maestro.

En el punto más alto de las deserciones, en una reunión en casa de la suegra de Pedro, Jesús los consagró colocando las manos sobre cada uno de ellos y transmitiéndoles poderes mediúmnicos para expeler Espíritus malignos y curar enfermos en su nombre.

Los instruyó sobre las tareas a ejecutar como Apóstoles (mensajeros Suyos) pregonando sobre el Reino de Dios, que deberían realizar por el mundo entonces conocido y dándoles rigurosas reglas de conducta.

Teniendo en cuenta la atmósfera de hostilidades que se formara e impedía actividades libres y pacíficas, después de la consagración mandó que se separasen, formando grupos de dos o tres, indicando a cada grupo los rumbos que deberían tomar.

Y así fue hecho, permaneciendo los grupos ausentes por espacio de tres meses.

Al regreso, fueron todos a Bethsaida, a la margen opuesta del Jordán, donde se produjo el “milagro” de la multiplicación de los panes, que alborotó enormemente a la multitud, por la esperanza desencadenada de una vida más feliz y harta en el futuro, cuando Jesús, el Rey Mesías, asumiese el gobierno de la nación Israelita.

Mas la población de la clase media y las autoridades locales se amedrentaron con el hecho, temiendo represalias que de cierto vendrían de Jerusalén; y entonces mandaron una delegación a Jesús, pidiendo que se fuese a otro lugar.

Jesús resolvió entonces hacer con sus discípulos una visita a Fenicia, atravesando la frontera de Galilea, por el camino de las caravanas.

Los fenicios, también llamados cananeos, del punto de vista material, eran mucho más adelantados que los hebreos y más desarrollados intelectualmente. Conocían el mar y la navegación; eran artífices y negociantes osados, que viajaban para otras tierras mas allá de las Columnas de Hércules (hoy Gibraltar), llegando hasta las costas de la Inglaterra actual. Crearon el alfabeto latino y muchas colonias en las costas del Mediterráneo. Mas espiritualmente eran muy atrasados, traficaban con esclavos, como los filisteos, y eran extremadamente despiadados con ellos, ni tenían sentimiento alguno de fraternidad humana.



Jesús, acompañado de sus discípulos, visitó las ciudades de Tiro y Sidón, las más importantes, que vivían de la esclavitud y del comercio; lugares maldecidos donde los hombres valían menos que las bestias de los campos y eran atados a los arados, trabajando sin reposo, al peso del látigo de los capataces feroces e insensibles.

Hacia allí afluían constantemente rebaños de esclavos, comprados o secuestrados en las colonias litorales desguarnecidas, o venidos hasta allí para ser vendidos en los mercados de las ciudades.

Florecieron las industrias de los tejidos de púrpura, que tenían enorme aceptación en los mercados extranjeros, entre otros fines, para ropajes de mujeres ricas, cortinas y mantos reales. Lo mismo sucedía con la fabricación de vidrios y metales a cuyas usinas eran remitidos los viejos, las mujeres, los débiles y las criaturas que, por las propias condiciones de trabajo incesante e insalubre, aguantaban poco tiempo y enfermaban gravemente, siendo entonces, arrojados afuera, sobre los montones de escoria de las fábricas, para que muriesen de hambre.

Y en las fábricas de púrpura, pinchaban los ojos de los esclavos, para que no huyesen y los ataban con cadenas a las ruedas de piedra que hacían girar los molinos pestilentes, donde eran molidos los “calamares” productores de la tinta, traídos del mar en botes tripulados por pescadores esclavizados y de allí llevados a los tintoreros, también esclavos, que trabajaban en las cubas hirvientes, sin ninguna protección contra el calor.

Lo mismo sucedía en las fundiciones de bronce o en la fabricación de vidrio, donde todo era hecho sin la menor protección y de donde sólo eran retirados para ser arrojados afuera, en los montones de escoria, hasta morir. Y morían como moscas.

Era esa la tierra del dios Moloch, el devorador de criaturas y adolescentes que, con Astaroth y Melkar, formaban el trío de dioses paganos de cultos, los más impíos y repugnantes de aquel período histórico bárbaro.

Cuando la visión de aquellas escenas se tornó insoportable para la sensibilidad de Jesús y sus discípulos, rumbearon para Itureia de Felipe, pasando por Gedera, donde llegaron durante las fiestas de Zeus. Había en aquella ciudad dioses e ídolos de muchos pueblos paganos, cada cual exhibiendo un rito más bárbaro y violento, casi los mismos que, años más tarde, escandalizaran y despertaran la ira de Pablo de Tarso en sus viajes de apostolado, cuando pasó por Antioquía y Seléucia.

Por toda parte Jesús llevó a sus discípulos para que se instruyesen, conociesen el mundo, fortaleciesen la fibra de sus Espíritus, a fin de poder, ellos mismos, cuando estuviesen solos enfrentar las dificultades, las miserias y las maldades humanas.

Capítulo 33**LA
ESCENA
DEL
TABOR**

Cuando volvían para Galilea, atravesando el Jordán y dejando Nain un poco al norte, llegaron, al caer la noche, al monte Tabor. En cuyas faldas estaba situado el monasterio Esenio de ese nombre. El monte, tan célebre, se levanta en el extremo oriental de la planicie de Esdrelón y tiene 400 metros de altura; mientras que las colinas vecinas eran desnudas, el Tabor presentaba sus laderas cubiertas de vegetación más o menos baja.

Alcanzada la base del monte, Jesús determinó que los discípulos permaneciesen allí, en tanto Él, haciéndose acompañar de Simón Pedro, Tiago y Juan, su hermano, subió a la cima del monte, donde dejó esos discípulos atrás y avanzó hasta el punto más alto, donde se puso a orar.

Narra el Evangelio que los discípulos vieron cuando un gran esplendor envolvió a Jesús, el cual se mostró acompañado de Moisés y Elías, uno de cada lado. La visión fue de corta duración, y luego se apagó y descendieron de nuevo al pie del monte, donde pasaron el resto de la noche. En esa ocasión es que los discípulos le preguntaron si era pues cierto que Elías vendría a anunciar al Mesías, como estaba escrito, respondiendo Jesús, que tal cosa ya había acontecido en la persona de Juan Bautista, el mismo que los hombres sacrificaron, como también lo sacrificarían a Él, el Hijo del Hombre, que sería inmolado para la salvación del mundo.

Capítulo 34

LAS PARÁBOLAS

Volviendo nuevamente a Cafarnaum, Jesús pronuncio allí el Sermón del Monte, como también gran número de sus parábolas.

El sistema oriental de narrar las cosas es diferente del nuestro. El discurso para nosotros es considerado perfecto, cuando posee un preámbulo, una idea central y una conclusión lógica y deciente, con la cual se remata el asunto de forma completa. Es como en un soneto: se expone el asunto o la idea central y en los dos últimos versos se cierra la exposición de la idea con una llamada “llave de oro”.

El oriental, por lo menos en aquellos tiempos, en nada se preocupaba con eso, no analizaba la idea fundamental en el comienzo, mas la ponía en evidencia varias veces durante la exposición, con numerosas digresiones, comparándolas con otras cosas, análogas o no, hasta que lo que quería decir quedase bien claro y comprensible.

En ese juego de imágenes es que se podía conocer a los más sabios pregonadores.

Las parábolas son una forma y un ejemplo de esa forma de narrar y Jesús, como es natural, las empleaba magistralmente, como recurso de imaginación para las enseñanzas que difundía entre el pueblo ignorante y simple, pero supersticioso.

La parábola (una alegoría dentro de la cual se disfraza una idea importante); servía también para tornar indeleble, en la memoria de los rústicos que la oían, los sustratos de la doctrina que enseñaba, tornándolos más accesibles; y los propios discípulos, gracias a ellas, pudieron recomponer más tarde, de memoria, la mayoría de las enseñanzas que Jesús transmitió.

Los profetas antiguos y los Rabies también usaban de la parábola, mas no siempre para enseñar; pero Jesús lo hacía así, procurando siempre promover las transformaciones morales de los oyentes, con suavidad y amor, dando esperanza y alegría. Utilizando siempre motivos naturales, ligados a la vida del pueblo común, como por ejemplo: la pesca, la cosecha, la siembra; se refería casi siempre al pasado, para obligar a los oyentes a establecer comparaciones con el presente en que vivían. Por eso sus palabras tenían el color y el aspecto de las regiones en que eran pronunciadas y nadie dejaba de comprender lo que Él decía.

De entre los Rabies que también usaron las parábolas, estaban los grandes maestros Hillel, Gamaliel, Zakai, Schammai, y siglo y medio después, aun las encontramos en boca del rabí Meir, uno de los doctores de la Ley que redactaran la Mischná, en Iabné, después de la destrucción de Jerusalén por los Romanos en el año 72.

Muchas fueron las parábolas que Jesús pronunció en sus andanzas misioneras por la Palestina, pero el Evangelio solamente guardó algunas de ellas (naturalmente aquellas de las cuales los apóstoles se recordaban) y que pueden ser agrupadas en tres clases, según el sentido.³⁴

USOS Y COSTUMBRES SOCIALES:

Los diez talentos — Mateo 25:14-30 / Lucas 19:12-26

Las bodas — Mateo 22:1-14 / Lucas 14:15-24

Viuda oprimida — Lucas 18:2-8

³⁴ Clasificación, fecha venia, transcrita del libro *Cristo Jesús* de Rafael Housse.

El buen Samaritano	— Lucas 10:30-37
El rico avariento	— Lucas 12:16-21
Fariseo y Publicano	— Lucas 18:9-14
Los primeros lugares	— Lucas 14:7-14
El rico y el pobre	— Lucas 16:19-31

ASUNTOS DOMÉSTICOS Y DE FAMILIA:

Los dos hijos	— Mateo 21:28-34
El hijo pródigo	— Lucas 15:11-32
El acreedor incompasivo	— Mateo 18:31-35
El bueno y el mal siervo	— Mateo 24:45-51 / Lucas 12:35-48
El mayordomo infiel	— Lucas 16:1-13
Las diez vírgenes	— Mateo 25:1-13
El hombre previsor	— Lucas 14:25-35
El Reino de los Cielos	— Mateo 13:44-53
El candil	— Marcos 4:21-25 / Lucas 8:16-18
La moneda perdida	— Lucas 15:8-10

VIDA RURAL:

El Sembrador	— Mateo 13:1-23 / Marcos 4:1-20 / Lucas 8:4-15
El trigo y la cizaña	— Mateo 13:24-30
El grano de mostaza	— Mateo 13:31-32
La higuera estéril	— Lucas 13:6-9
Obreros de la viña	— Mateo 20:1-16
Labradores malos	— Mateo 21:33-41 / Marcos 12:1-12
La oveja descarriada	— Lucas 15:3-7
La higuera que se secó	— Mateo 21:18-22 / Marcos 11:12-14
La semilla que brota	— Marcos 4:26-29
El buen pastor	— Juan 10:1-16

A pesar de Jesús haber actuado y vivido junto al lago de Kinereth y haber tenido varios discípulos pescadores, no dejó parábolas sobre la pesca, peces, etc., fuera de los pregones.



Daremos ahora una síntesis de las interpretaciones en el sentido espiritual, en forma objetiva y en el orden aquí establecido.

USOS Y COSTUMBRES SOCIALES

Los diez talentos

El señor nos entrega los bienes de la Creación, necesarios a nuestras necesidades y experiencias evolutivas. Cada uno recibe lo que precisa y jamás le es exigido esfuerzo mayor del que puede soportar.

Esos bienes, nosotros los utilizamos de forma diferente según nuestra madurez espiritual; unos, más esforzados y diligentes, se empeñan en aumentarlos, distribuyéndolos en torno, para que también de ellos otros se beneficien, mientras que los egoístas, perezosos o gozadores, cuando no los dilapidan, se limitan a conservar lo que recibieron, utilizándolo en beneficio propio.

Los talentos que el Señor distribuye son los dones de la

fortuna, de la posición social, de los conocimientos, que deben ser utilizados, compartidos y transmitidos a toda la humanidad; y tanto mayor será la obligación de proceder así, cuanto mayor sea el volumen o la extensión de los bienes recibidos.

En la parábola, dos de los beneficiarios aplican bien los bienes, o sea, los recursos que les fueron confiados, en tanto que el tercero, de comprensión más estrecha, egoísta y mezquina, inmovilizó su parte no produciendo nada.

Los dos primeros prestaron buenas cuentas y fueron recompensados, mas el último no lo hizo y fue castigado, mandando el Señor que los bienes que recibiera le fueran quitados y donados a los que presentaron resultados satisfactorios porque “al que mucho tiene, más aún le será dado, y al que tiene poco, eso mismo le será quitado”, porque quien no se esfuerza no merece recompensa; y más aún, mandó el Señor que el siervo fuese puesto fuera del reino, en las esferas tenebrosas, donde imperan el sufrimiento y las privaciones, para el debido aprendizaje.

El concepto final de la parábola debe ser la sentencia “a cada uno le será dado según sus obras”.



Vestido Nupcial

El Señor envió a su hijo a la Tierra para que se hiciese la confraternización de los hombres, y todos fueron convidados a tan divina realización, habiendo sido el Evangelio pregonado por todas partes. Mas los hombres bien munidos de recursos, no lo recibieron ni le prestaron atención continuando su vida de ambiciones e intereses materiales y algunos de ellos, utilizando los poderes de que disponían, persiguieron y mataron a los Mensajeros de la Buena Nueva.

El mensaje fue entonces transmitido al pueblo humilde, entre los buenos y los malos, pacíficos y violentos, acomodados y rebeldes,

y muchos de él se beneficiaron en magníficas demostraciones de fe y desprendimiento. Muchos fueron llamados, mas pocos los escogidos.

El banquete de principio ofrecido a todos, y al cual muchos no comparecieron, significa la comunión de los que fueron iniciados en las verdades eternas, y a estos es que fue entregado el “traje nupcial”; y el extraño que allí penetró clandestinamente, es el agente del mal que intenta solapar la obra grandiosa de la evangelización del mundo.

Nota: La significación de ésta parábola es casi la misma a que se refieren las de los títulos “Convite despreciado” y “Las bodas”.



Viuda Oprimida

Un hombre prepotente e incrédulo, armado de los poderes de la Justicia humana, abusaba de esa justicia y menospreciaba derechos e intereses de aquellos que de sus funciones dependían.

Y así, una viuda constantemente le solicitaba que juzgase una demanda de la cual dependía su subsistencia, y el Juez, a pesar de no temer ni respetar a nadie, ni a Dios, por fin atendió a la viuda para librarse de sus inoportunidades.

Esta parábola pone en evidencia la necesidad de jamás desmoralizarse ni dudar del recurso de la oración, mantenida por la fe, confiando siempre en la Justicia de Dios, y confirma la promesa “llamad que se os abrirá”.

Nota: Las conclusiones son las mismas de la parábola titulada “Jueces inicuos”. Semejante también a “El amigo inoportuno”. (Lucas 11:5)



El buen Samaritano

Un viajero judío fue asaltado en el camino y dejado allí por muerto. Pasaron por allí varias personas, inclusive un sacerdote, mas nadie se conmovió ni acudió, hasta que por fin, pasó un samaritano, raza despreciada por los judíos por ser juzgada inferior y herética; éste, entonces, se apeó de su montura, colocó sobre ella al herido, lo condujo a un hospedaje y pagó al posadero para que cuidara de él.

¿Cuál cumplió el precepto de Ley que manda amar a Dios y al prójimo?

Esta parábola sirve para mostrar que las separaciones de clases según los conceptos humanos no son los que prevalecen espiritualmente y ningún valor tienen para el juzgamiento de Dios.



El rico avariento

Un labrador rico tuvo una gran cosecha y, no teniendo donde guardarla, mandó demoler sus graneros insuficientes, sustituyéndolos por otros mayores, donde al mismo tiempo guardaría, todos sus cuantiosos bienes.

Así, pensaba él, mi alma descansará segura. Mas, esa misma noche, murió, ¿y sus bienes, por quienes fueron aprovechados, ya que para él como muerto, de nada valían?

La parábola demuestra que solamente los bienes espirituales son duraderos y prevalecen sobre la vida y la muerte.



Fariseo y Publicano

Oraban en una sinagoga un fariseo y un publicano, el primero lleno de presunción, alardeaba de sus méritos y de su devoción, en

tanto que el otro, humildemente confesaba sus faltas y se arrepentía de ellas, pidiendo la protección de Dios.

El primero, por que se exaltaba, sería en los cielos humillado, y el segundo porque se humillaba, sería en los cielos exaltado. Esta era la enseñanza de Jesús, que refleja la Justicia de Dios.



Los primeros lugares

Cuando se es convidado a una fiesta o ceremonia, la tendencia general de cada uno es de colocarse en posición de destaque, vistiéndose con sus mejores ropas, arreglándose, perfumándose, y en el local, procurando ponerse en evidencia entre las personas más importantes; a nadie le gusta quedar ignorado, relegado a un plano secundario.

En la parábola, Jesús, llamando la atención hacia estas circunstancias y hábitos, aconseja no proceder de esa forma, para evitar sinsabores y juicios desfavorables; colocándonos modestamente en posición discreta y digna, exponiéndonos solamente si a eso fuéramos obligados.

La vanidad o el amor propio podrán hacernos suponer que nuestra presencia sea agradable y honrosa para los otros, cuando muchas veces ocurre justamente lo contrario.

El exaltamiento de sí mismo podrá traer amargas humillaciones porque, según la Ley; “aquellos que se exaltan serán humillados”; y si tenemos méritos verdaderos, en la vida espiritual, ellos brillarán como una llama viva delante de Dios.

Aconseja también que no convidemos para nuestras reuniones familiares solamente personas ricas e importantes, para que no se suponga que buscamos retribuciones, mas, si, gente simple, modesta, de las cuales no se podrá esperar retribución alguna.

Jesús hablaba de hábitos y condiciones sociales, que la posesión de bienes y fortuna establecen y, en todos los casos y

circunstancias, debemos proceder con modestia y ecuanimidad, llevando en consideración, más que todo, las condiciones morales de las personas.



El rico y el pobre

El rico vivía en continuo banquete, y el pobre, del lado de fuera, aguardando algunas migajas que le viniesen a las manos, para matar el hambre.

Y murieron ambos, y entonces todo cambió: el rico fue a las esferas inferiores y el pobre se elevó a otra más luminosa y feliz. Y cuando el rico reclamó, quejándose de lo que acontecía, un asistente espiritual le explicó que él ya había recibido en la Tierra su recompensa, mientras que el pobre ahora es que recibía la suya.

Mas, respondiendo el rico, que en ese caso, quería alertar a sus familiares que aún estaban en la Tierra, y pedía que les avisasen de como era la vida espiritual, para que mudasen de hábitos y de creencias, el asistente le explicó que eso no era necesario porque, en la Tierra, estaban la Ley y los Profetas, que ya habían revelado esas verdades, y que si no actuaban de acuerdo con esas Leyes, era inútil cualquier otro aviso.

El rico, entonces, insistió diciendo que si la advertencia les viniese de un pariente muerto, de cierto que la tomarían en cuenta, a lo que el asistente respondió que si no acreditaban en esas Leyes y enseñanzas que estaban a su alcance, mucho menos lo harían tratándose de un muerto...

La parábola es rica en enseñanzas: muestra que el arrepentimiento, forzado por las circunstancias, no elimina las consecuencias de una mala conducta, ni contiene la acción de las leyes divinas, que son inviolables; que los bienes materiales no deben ser utilizados egoístamente, solamente en beneficio y gozo propio; y que las diferentes condiciones de los Espíritus después de la muerte

son irreversibles, colocándose cada uno en los lugares o condiciones que les corresponden, según su grado de evolución y sus actos; y las diferentes condiciones de la vida espiritual son aseguradas por fronteras vibratorias que las delimitan y separan, no pudiendo ser traspuestas.

DOMÉSTICAS
Y
FAMILIARES

Los dos hijos

El padre ordenó a uno de los hijos que fuese a trabajar en la viña, pero este, prometiendo ir, no fue, mientras que el otro, habiéndose recusado al comienzo, se arrepintió y fue.

En la parábola se torna evidente que los malos sentimientos son propios de muchos, pero, lo que importa es que se den cuenta de eso, se arrepientan, se decidan a mejorar y atender al llamamiento del Alto.

Los que proceden como el hijo que se arrepintió tienen el mérito de la honestidad, de la decisión justa y del esfuerzo en proceder bien, por lo que recibirán su recompensa, entrando en el Reino; lo mismo, empero, no sucederá con los que, oyendo y viendo, desprecian el llamado y se esquivan al cumplimiento del deber.

Frente al Evangelio Redentor, no importa la naturaleza del pecado, pero si la decisión personal de reformarse y el esfuerzo en redimirse.



El hijo pródigo

Era el hijo más joven de un labrador rico, que exigió su parte de los bienes de la familia por anticipado y partió para otros lugares; quería conocer el mundo librarse del esfuerzo continuo del trabajo familiar. Inexperto, fue explotado por muchos, despilfarró en poco tiempo lo que el padre le diera, llegando a pasar hambre y a ejercer trabajos repugnantes para mantenerse vivo.

Arrepentido, regresó al hogar, dispuesto hasta mismo a ser asalariado del propio padre, como los demás siervos, más fue recibido con alegría, realizando el padre una fiesta de conmemoración por su regreso, porque la familia lo recuperó todavía más valioso, con la experiencia que da la sabiduría.

Así sucede con todo aquel que, ilusionado por el mundo material, se deja llevar por sus atracciones engañosas, vuelve la espalda a Dios, se hace sordo a los consejos, hasta que los sufrimientos y las vicisitudes inevitables le despierten el entendimiento y le hagan volver para las realidades del mundo espiritual, para Dios.



El acreedor incompasivo

El trabajador de una propiedad obtuvo de su Señor, el perdón de sus deudas, pero él no hizo lo mismo en relación a otro que también le debía, recurriendo a la Justicia, pidiendo su prisión.

Cuando el caso llegó a conocimiento del Señor, este se volvió atrás, canceló el perdón que le diera y mandó, de la misma forma, cobrar por la Justicia la deuda que le había perdonado.

La parábola destaca la enseñanza de que debemos perdonar a nuestros deudores, para también merecer perdón de nuestras faltas, debiéndose comprender bien que las Leyes de Dios se ejercen con todo rigor y cada uno recoge el fruto de sus actos.

No hay propiamente, en la vida espiritual, perdón de faltas cometidas, pero si el resarcimiento de ellas por la práctica de actos meritorios, ocurriendo, todavía, en ciertos casos, el llamado “acréscimo de misericordia” para beneficio de los que lo merecen.

La regla es perdonar siempre y no juzgar como un juez mas en mundos bajos como el nuestro, somos obligados muchas veces a actuar con rigor y castigar al que yerra, para que el mal no se multiplique envolviendo a otros, y para beneficio del propio culpable que así tiene oportunidad de reconsiderar y enmendarse.



El Buen y el Mal Siervo

Los buenos siervos deben estar siempre vigilantes para atender a su Señor cuando este viene a la casa, sea a la hora que sea. Bienaventurado será aquel a quien el Señor confiar la mayordomía de su casa y que así proceda. Como castigado será aquel que abusar de sus funciones, porque “a quien mucho fue dado, mucho será pedido” y aquel a quien mucho se confió, mucho más le será exigido que a otro cualquiera; y tanto a respecto de si mismo como a la ejecución de sus tareas y de los testimonios a ser dados con relación al prójimo.

Así será, sin hora marcada o sabida, cuando venga el Hijo del Hombre para el juzgamiento del mundo.



Mayordomo infiel

Habiendo sido deshonesto el administrador de un hombre rico, fue llamado a rendir cuentas, y antes que viniesen el despido y

los castigos, convocó a los deudores de la propiedad, y mandó que confesasen deudas menores que las verdaderas, buscando captar con eso la buena voluntad de ellos, lo que realmente consiguió.

Más la parábola advierte en cuanto al error, porque quien no es fiel en lo poco, no podrá serlo en lo mucho; ¿si no fuimos fieles en la manipulación de bienes materiales perecibles, cómo podremos serlo en la de bienes verdaderos, del mundo espiritual? Y si no fuimos fieles en la aplicación del bien ajeno, ¿cómo podremos recibir, en aquel mundo, lo que a nosotros nos compete?

La parábola destaca la verdad de que no podemos servir con el mismo celo a dos señores — a Dios y a Mamón.



Las Diez Vírgenes

En las ceremonias nupciales el novio, al llegar al lugar de la boda, era recibido por un cortejo de vírgenes, con lámparas encendidas.

En esta parábola el novio llegó de repente, y muchas de las recepcionistas estaban con sus lámparas apagadas y sin aceite para encenderlas, quedando, por eso, impedidas de entrar en la casa.

Es preciso pues, estar siempre preparados, prontos a encender las lámparas, para que no nos quedemos afuera, en las tinieblas, cuando llegue la hora del banquete espiritual, en los páramos celestes.



El Hombre Previsor

Quien quiera encaminarse en la vida espiritual, que es renuncia y sacrificio, debe primero examinarse, para verificar las disposiciones íntimas, la sinceridad, la capacidad de perseverar y dedicarse, para no parar en medio del camino y dejar de alcanzar el fin del viaje.



El reino de los Cielos

El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido, para la conquista del cual se debe empeñar todo y cuanto se posee, inclusive joyas de gran valor, por las cuales se paga buen precio; o aún adquirirse cualidades, como las de un buen pez que el pescador separa de los ruines cuando recoge la red, y los devuelve al mar.

Así será en el fin del período evolutivo en que vivimos, cuando los justos serán separados de los malos y éstos lanzados nuevamente en el mar de los sufrimientos y de las sombras...



La Candela

Los que ya poseen las luces del conocimiento espiritual no deben negarlos a los que aún permanecen en la ignorancia o en la impiedad, porque no se enciende una luz para ponerla debajo de una mesa, mas sí se coloca en un lugar alto, para que todos vean la luz; porque ésta es indispensable a todos y nada hay que pueda quedar oculto, que ella no revele. Así también sucede con las verdades espirituales redentoras de los hombres.



La Dracma Perdida

Una mujer tenía diez dracmas, perdió una y se puso a buscarla por todas partes; hasta que la encontró, demostrando con eso gran alegría, no por el valor de la moneda — de las menores entre todas — mas por el placer de reencontrar aquel bien que completaba su patrimonio.

Así en la vida espiritual, debemos perseverar en la conquista de la verdad hasta encontrarla, para que podamos penetrar en el Reino de Dios.

VIDA
RURAL

El Sembrador

El sembrador, en su trabajo, lanza las semillas que van teniendo diferente destino; una parte es comida por las aves, otra quemada por el sol, otra sofocada por las matas y una, más feliz, cae en tierra buena y brota y crece y da frutos abundantes.

La parte comida por las aves representa la interferencia de las fuerzas del mal en el corazón de los hombres débiles; la quemada por el sol representa el debilitamiento y la derrota del hombre ante las vicisitudes de la vida; la que fue sofocada por las matas indica que las ambiciones del mundo, las riquezas, las ilusiones, la dominaron tornándole la vida estéril y la que fue lanzada en buena tierra es la que comprendió, asimiló las enseñanzas divinas, creció y se expandió en el servicio del bien, engrandeciéndose.



El Trigo y la Cizaña

Los buenos obreros siembran la buena semilla, pero terminado el trabajo y mientras descansan, los enemigos del bien siembran el

mal; de forma que la siembra presenta siempre el buen producto mezclado con el malo. Y ambos, todavía, crecen juntos, y no se debe separar uno del otro, a no ser cuando el grano madure y llegue la hora de la cosecha, cuando, entonces, la cizaña puede ser separada y quemada, mientras, el trigo limpio, es recogido en los graneros.

A la hora justa, así como el trigo y la cizaña, los hombres serán también separados, y las campanas ya están tocando, avisando la llegada de esa hora...



El Grano de Mostaza

Semilla de las menores entre las semillas, entretanto, la de la mostaza crece, desarrollándose, lanza el brote y ultrapasa a las demás hortalizas, alcanzando el porte de un árbol donde las aves hacen sus nidos.

La parábola compara ese grano a la virtud de la humildad que, aunque pareciendo insignificante, produce resultados espirituales de extraordinario valor.



La Higuera Estéril

Plantada en un huerto y no dando frutos, el señor de la propiedad mandó cortar el árbol; pero el hortelano pidió que esperase un poco más, para abonarla convenientemente.

La parábola no cuenta el resultado, pero, es evidente que quiere referirse al hecho de que, aun siendo estéril de buenos actos, con el abono del conocimiento, los hombres pueden mejorar, esmerándose también en atender a los preceptos del Evangelio, que es el abono de las almas.



Obreros de la Viña

El dueño de una viña contrató trabajadores en diferentes horas del día pagando, a la tarde, salario igual a todos ellos; y ante las reclamaciones hechas por los que trabajaron más tiempo, explicó que él era competente para juzgar el valor del trabajo de cada uno, independientemente de las horas trabajadas.

Espiritualmente, eso significa que el llamamiento de Dios — el dueño de la viña — cuenta siempre, a cualquier hora, y todos los que atienden reciben salario por la calidad del trabajo producido; en poco tiempo el trabajador diligente y devoto, aunque contratado a última hora, puede realizar trabajo mucho más meritorio que otros que trabajaron más tiempo.

Por eso la parábola declara que “los últimos serán los primeros”, desde que, obviamente, ejecuten buen trabajo, según el juicio de Dios.



Labradores Malos

Algunos labradores arrendaron una propiedad con la condición de cuidar de ella, hacerla producir y rendir cuentas fielmente.

Al tiempo de la cosecha, el propietario mandó recibir la parte del arrendamiento que le correspondía, pero todos los portadores enviados, y hasta su propio hijo, fueron maltratados o asesinados por los arrendatarios.

En la parábola, es posible que Jesús se estuviese refiriendo al clero judaico o a otros que recusasen su mensaje, o a Él mismo, como hijo de Dios; y los maltratasen como realmente lo hicieron, creando así, trabas a la propagación del Evangelio, considerada su naturaleza de enseñanza universal.



La Oveja descarriada

Así como un pastor se aflige y sale en busca de una sola de sus ovejas que no haya penetrado en el redil, y por fin la encuentra, y se alegra y la trae de vuelta, porque todas merecen su cuidado y por todas se sacrifica, así también cuando un hombre se desvía del camino recto, la palabra del Señor lo alcanza y si es oída, el hecho es conmemorado porque “hay siempre alegría en el cielo, cuando un pecador se arrepiente” y por el Evangelio se redime.

Nota: Parábola semejante a la de la Dracma perdida.



La Higuera que se secó

Pasando junto a una higuera que no tenía frutos porque no era tiempo de ellos, Jesús la maldijo y ella luego se secó. Los discípulos extrañaron el hecho y confesaron más tarde que no entendieron el gesto de Jesús. ¿Si no era tiempo de frutos, por qué la maldijo?

Pero consideremos que él estaba con los discípulos en trabajo de enseñanza, en los campos próximos a la ciudad. Lo que hizo fue para advertirlos de que, como discípulos, debían producir siempre buenos frutos, sin preocupación de tiempo, fecha o lugar; siempre aptos a ofrecer el alimento espiritual de que los hombres carecían; caso contrario, podría suceder, que a la hora de mayor necesidad, no se encontrasen preparados para prestar la cooperación indispensable.



La Semilla que Brota

El trabajador lanza la semilla a la tierra y la cuida de noche y de día, y la semilla brota y el brote nace y crece sin él saber como. Pero es porque esa es la Ley de Dios en la Naturaleza y siempre

que el hombre se conduce de acuerdo con esa Ley, cosecha buenos resultados; y cuando llega la hora de la siega, ésta es hecha sin más demora.

Y la segadora es la muerte.



El Buen Pastor

Las ovejas conocen al pastor, oyen su voz y lo siguen hacia donde las lleva; pero, no siguen a extraños, porque no conocen su voz.

Jesús es el buen pastor que se sacrifica por sus ovejas, y muere por ellas. Tiene otros rebaños en otros lugares, pero cuida de ellos con amor y las llevará al redil con seguridad, para que ninguna se pierda y para que haya un solo rebaño y un solo pastor.

Capítulo 35

EL SERMÓN DEL MONTE

Junto a la ciudad de Cafarnaum había un morro — el Kurun Hatin — con una vasta plataforma en uno de los flancos, a más o menos 50 metros de altura, que podía contener centenas de personas.

En aquella tarde, sabiendo que el Rabí galileo iba a pregonar en aquel monte, se dirigió mucha gente para allí, de la propia ciudad y de las inmediaciones. Poco a poco se formó una gran asistencia.

Había allí escribas e intérpretes de la Ley, unos que comparecían para disfrazadamente vigilar a Jesús, por orden del Sanedrín, como lo hacían por donde quiera que Él anduviese; otros porque lo admiraban y querían aprender la doctrina consoladora que Él enseñaba; y la mayoría, por ser necesitada y esperar siempre atención a sus dolores y sufrimientos morales y materiales.

A medida que llegaba, la multitud se iba separando instintivamente: los chaverins, gente de clase alta, se agruparon de un lado, y los amharets, los hombres de la tierra, permanecieron del otro, más apartados, teniendo el grupo de enfermos al lado.

El sol descendía lentamente para el poniente encarnado de luz y la expectativa de la multitud llegaba al máximo, cuando Jesús llegó, acompañado de sus discípulos, saludando hacia uno y otro lado, mientras pasaba, y finalmente se colocó al fondo bajo uno de los cipreses allí existentes, rodeado de sus discípulos. Se cubrió con el tallit y comenzó enseguida a pregonar.

En ese sermón, que, por sí sólo representa un código de moral religiosa de alta significación espiritualizante y que es la parte culminante de su Enseñanza, Jesús estableció el sistema fundamental de su doctrina que en el futuro vendría a ser llamada cristianismo.

En él, contradice formalmente la suposición general de ser un Mesías político como era el deseo y esperanza de la Nación, afirmando positivamente que su reino no era de este mundo.

Pregonó las ocho Bienaventuranzas que son: la de los pobres de espíritu, la de los que lloran, la de los mansos de corazón, la de los que tienen hambre de justicia, la de los misericordiosos, la de los limpios de corazón, la de los pacificadores y la de los perseguidos e injuriados.

Refiriéndose a los Diez Mandamientos de la Ley de Dios, recibidos por Moisés en el Sinaí, hacía varios siglos, pero que permanecían aun como base religiosa de los judíos, amplió el 5º Mandamiento — **no matar** — prohibiendo la ira, el rencor, la venganza, y recomendando la reconciliación con los enemigos; aumentó el 6º Mandamiento — **el adulterio** — condenando cualquier pensamiento, actos o deseos contrarios a la fidelidad conyugal; extendió el concepto de la sinceridad y de la honestidad, prohibiendo los juramentos en nombre propio o de la Divinidad, bastando afirmar las cosas como ellas son: “sea tu hablar sí, sí, no, no”; condenó la pena del Talión, recomendando la tolerancia y el perdón sistemáticos, inclusive para los enemigos, puesto que los hombres son todos hermanos, en la fraternidad universal y en la paternidad de Dios; condenó también la hipocresía, la simulación, porque la caridad no debe ser acto de ostentación, pero sí de amor verdadero al prójimo al cual se debe asistir sin alardes; como también rendir culto a Dios sin exhibición; enseñó el desprendimiento de los bienes del mundo, que son transitorios; como también que no se inquietasen los hombres por las necesidades materiales de la vida, porque el Padre las provee, según los méritos y las conveniencias evolutivas de cada uno; llamó la atención hacia los

falsos profetas engañosos; hacia la necesidad de la oración, y mostró el destino glorioso de los fieles y el castigo de los insensatos, los primeros edificando su vida espiritual sobre la roca de la fe y del amor y los últimos sobre las arenas movedizas e ilusorias del mundo material.

Al hablar sobre la oración, enseñó el Padre Nuestro, esa sencilla y conmovedora oración, profunda y perfecta, “que contiene un acto de fe, de amor y de confianza en Dios; que manifiesta tres deseos del alma: la glorificación del Señor, la expansión del Reino de Dios y la sumisión del hombre a Su voluntad soberana y justa; expresa tres pedidos diferentes, a saber: para nuestra miseria material, nuestras fallas espirituales, nuestros errores y flaquezas; y protección contra las tentaciones del mundo y las influencias maléficas”.

En la conceptualización espiritual, he aquí la interpretación de esa oración:

Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea Tu nombre:

Como el nombre de Dios es santificado por sí mismo, expresamos solamente el deseo de santificarlo en nosotros mismos, por nuestros actos, virtudes y pensamientos.

Venga a nos Tu reino:

Como el Reino no vendrá a nosotros, en la oración declaramos nuestro propósito de conquistarlo, tornándonos dignos de Él. Dios está siempre presente, mas no desciende; a nosotros nos cabe subir.

Sea hecha Tu voluntad, así en la Tierra como en el cielo:

Encarnados o desencarnados, sometiéndonos a las leyes y a la voluntad de Dios en todos los sentidos para que nuestra conducta sea perfecta y progrese.

El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy:

No debemos preocuparnos en atesorar fortuna material, porque lo necesario, según nuestro programa encarnatorio, siempre nos será dado.

Perdona nuestras deudas, así como perdonamos a nuestros deudores:

Todos nuestros errores y transgresiones a las leyes de Dios deben ser rescatados en las vidas sucesivas, en las reencarnaciones, y dependen de nuestra propia conducta y libre albedrío, pensamientos, y actos, y no del perdón de Dios; y como todos erramos, por ignorancia de las leyes espirituales, debemos perdonar a nuestros hermanos aquello que nos hicieron, porque nos corresponde amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

No nos dejes caer en tentación, y líbranos del mal:

Mientras no evolucionemos derrotando la ignorancia y conquistando virtudes morales cristianas, no quedaremos libres de las tentaciones del mundo inferior y cabe a nosotros libertarnos de esas fallas y no a Dios; este será el único medio de libramos del mal, que no existe por sí mismo, siendo simplemente ignorancia, desconocimiento o desprecio del Bien. Evangelizándonos, quedaremos libres de todos estos males y conquistaremos paz interior, perfección espiritual y, por fin, el Reino de Dios.



La impresión dejada por el Sermón fue extraordinaria y se manifestó de muchas formas: los chaverins, escandalizados, murmuraban entre sí, consultando los rollos de las Escrituras que llevaban en las manos, justamente con el intento de confundir a Jesús, apuntando las divergencias que, por ventura, manifestase sobre la Thorá, y que no eran pocas, considerándose los textos escritos y oficiales en vigor.

Cuando Jesús dice: “Amad a vuestros enemigos, a los que os maldicen y calumnian, haced el bien a los que os odian y orad por los que os persiguen” (lo que era el fundamento de su doctrina de amor y de perdón), el clamor se elevó, y decían ellos que aquello era un absurdo, una enseñanza impracticable, sin base en las necesidades y conveniencias de la vida real.

Y cuando, hablando sobre el divorcio (tema siempre apasionante y delicado), Jesús dice: “Fue dicho por los antiguos que quien deje a su mujer le dé carta de divorcio, mas yo, empero, os digo que quien repudie a su mujer, excepto en caso de prevaricación, hace que ella cometa adulterio y el hombre que se case con la repudiada, comete adulterio”; en este punto los fariseos, los escribas y los doctores de la Ley no se pudieron contener más y exclamaron bien alto: “¿De dónde sacó Él eso? Eso es contrario a la Ley de Moisés. ¿Querrá Él ser mayor que Moisés?”.

Esa indignación de los chaverins en parte se explicaba, porque en Palestina y en los países vecinos, en aquel tiempo, el marido era incontestablemente el señor, y la mujer propiedad suya; y la disolución del vínculo se daba a voluntad de él, a su bello placer; cuando no quería más a la mujer, simplemente la despedía, dándole una carta de divorcio, que significaba su libertad y autorización legal para casarse de nuevo, amparándose en otro hombre, para no ser considerada adúltera y por tanto bajo el peligro de ser apedreada. Para evitar la expulsión, en los casos de esterilidad (que para los judíos era una desgracia, un oprobio) la esposa, muchas veces, providenciaba una concubina para el esposo, continuando, con un entendimiento previo, en su puesto, cuidando de la casa; y los hijos que hubiese con la concubina, eran considerados sus propios hijos, porque la esterilidad daba al marido el derecho de repudiar a la mujer sin más formalidades.

Y, cuando prosiguiendo, Jesús habló sobre el modo por el cual el Padre Celestial alimenta las aves y viste las flores del campo, los chaverins prorrumpieron en gritos, acusándolo de estar aconsejando al pueblo a desinteresarse por el trabajo, lo que

redundaría en males sociales para la Nación; cuando habló que no se podía servir a dos señores, a Dios y a Mamón, gritaron que Él estaba pregonando la subversión del orden y la desorganización del trabajo; que la doctrina que pregonaba desvirilizaba a los hombres, alteraba los valores morales conocidos; transformaba los defectos en virtudes; se trataba pues, de una doctrina revolucionaria, incompatible con la existencia de la nación judaica.

Pero en el lado de los hombres del pueblo y de los miserables, carentes de todo, el efecto fue radicalmente opuesto: nacieron alegrías y esperanzas nuevas, que se marcaban en el rostro de todos, y gritos de júbilo y exclamaciones partían de entre ellos glorificando a Jesús.

Cuando terminado el Sermón, Jesús, exhausto, quiso apartarse, el pueblo lo envolvió, aclamándolo, y fue necesario que los discípulos lo arrancasen de allí, casi cargándolo en los brazos.

Capítulo 36

ABANDONO DE GALILEA

Como vio que se aproximaban los últimos días, se dedicó Jesús, más directamente, a la instrucción personal de los discípulos.

Fue con ellos para el norte, llegando hasta Cesárea de Felipe, donde los discípulos, admirados con aquella gran ciudad, construida al estilo romano, salieron a pasear, mezclándose con el pueblo.

Al regresar Jesús les preguntó lo que por ventura decían de Él. Respondieron que oyeron muchas versiones: unos decían que, como Él era pobre y vivía rodeado de pobres, de cierto que no era el Mesías redentor de Israel que todo el pueblo esperaba; otros decían que, como Él hacía milagros, debía ser un profeta poderoso, como los antiguos; otros pensaban que Él era el Profeta Juan Bautista que había vuelto al mundo; habiendo aún otros que afirmaban que Él era el propio Elías, que venía al frente para anunciar al Mesías verdadero.

Entonces Jesús preguntó lo que ellos, sus propios discípulos, pensaban al respecto y, como tomados de sorpresa e indecisión, enmudecieron, Pedro se adelantó y respondió que Él era el Cristo, el Hijo de Dios vivo, a lo que Jesús esclareció diciendo que Pedro no dijera aquello por conocimiento propio, pero sí por inspiración del Alto, demostrando, así, tener virtudes de espíritu y dones proféticos; y que, esa revelación sería la base sobre la cual se desenvolverían las predicaciones de sus enseñanzas en la Tierra.

Añadió que tendría que ir a Jerusalén, donde sufriría la muerte por la mano de los hombres, como estaba predicho, y que resucitaría al tercer día; que estaba próximo que todo eso aconteciese y que, si realmente deseaban ser sus discípulos, que renunciasen a sí mismos, tomasen cada uno su cruz y lo siguiesen, pues que su reino no era de este mundo.



Regresando enseguida a Cafarnaum, Jesús se despidió de Galilea y fue para Judea, en la víspera de la fiesta de los Tabernáculos.

Como ya dijimos, la Judea era una tierra calcárea, árida, tierra de viñedos, olivares e higueras, en cuyo centro geográfico está la ciudad de Jerusalén.

La fiesta de los Tabernáculos era celebrada en memoria de los 40 años que los israelitas vivieron en el desierto, bajo tiendas, conducidos por Moisés; y también como acción de gracias por la última cosecha; y todavía, como un pedido colectivo del pueblo para que lloviese en la próxima siembra.

Los hombres sanos, durante los siete días de la fiesta, debían vivir en tabernáculos, que eran tiendas armadas en los viñedos o en las terrazas existentes encima de las casas.

En el Templo de Jerusalén había ceremonias diarias, y en el último día, el sacerdote en procesión tomaba agua en la fuente de Siloé, la derramaba junto al altar y, alrededor de éste, circulaba siete veces, empuñando ramos.



Llegando a Jerusalén, Jesús penetró en el Templo, en mitad de la fiesta, y comenzó a predicar en el Patio de los Gentios, a pesar de ya estar muy divulgada contra Él la campaña de los

sacerdotes, habiéndose iniciado en el Sanedrín una investigación oficial contra Él, su conducta y sus enseñanzas públicas.

En esos días, cuando entraba en el Templo, era siempre rodeado por mucha gente, e invariablemente surgían tumultos provocados por los agentes del Templo, en la tentativa nunca conseguida de, al final, obtener pruebas contra Él. Acerbas discusiones tenía Él que sustentar con sus astutos opositores, y era doloroso ver la actitud mordaz, hostil, a veces agresiva de estos, mientras que Él, serena y piadosamente, abría los brazos al pueblo, clamando únicamente por la paz y por la redención de todos.

Durante aquellos meses de invierno, permaneció en la ciudad, predicando y curando, compareciendo diariamente al Templo, y por la tarde desaparecía hacia la ciudad baja, donde la mayor parte del tiempo, convivía en medio de los necesitados; su nombre fue tornándose cada vez más popular, al punto de crear serias preocupaciones al Sumo Sacerdote.

Por otro lado, como corría libremente la noticia de que Él era considerado el Mesías de Israel, se tornaba cada vez más un elemento juzgado peligroso, amenazador para el régimen sacerdotal.

Después de los trabajos y fatigas del día, se retiraba para el Monte de los Olivares, o cualquier otro lugar reservado, donde pernoctaba, siempre acompañado de sus fieles discípulos y comúnmente era visto en casa de Simón — el leproso — en Beth-Ini.

Capítulo 37

ÚLTIMOS ACTOS EN EL INTERIOR

Al final del invierno fue para la Perea, atravesando el río.

Al pasar por Jericó, convocó gran número de sus adherentes y entre ellos eligió 70 discípulos para, juntamente con los doce Apóstoles, evangelizar al pueblo. A todos bendijo y ofreció instrucciones pormenorizadas, recomendando que se limitasen a predicar a los hijos de Israel, porque si conseguían instalar en ese pueblo, profundamente místico y obediente, los preceptos elevados de su doctrina de amor y salvación universal, estaría ella, indefinidamente fundamentada en la roca de la fe; en cuanto a los gentiles, bien lo sabía él, habría nuevas oportunidades en el futuro, por el esfuerzo de otros emisarios.

Los repartió en tres grupos, a saber: uno, para predicar en el litoral, entre Joppe y Cesárea del Mar; otro, para las poblaciones del sur de la Judea, y el último, para las comarcas de más allá del Jordán, en la Perea e Iturea.

En Jericó, pregonando, narró la parábola del Buen Samaritano, que ya analizamos, visitó a Zaqueo a invitación de éste, permaneciendo allí algunos días, finalizados los cuales fue a Betania de la Judea, hospedándose en casa de Lázaro y de sus hermanas Marta y María.

En esa localidad permaneció dos meses, aguardando el

regreso de los discípulos. Cuando éstos llegaron, le narraron los acontecimientos de la predicación, de los viajes hechos y de las curas que consiguieron y de los Espíritus malignos que habían logrado expulsar. Jesús los oyó pacientemente hasta el fin, cuando entonces, les advirtió contra el orgullo, diciéndoles: “No os regocijéis de que los Espíritus malignos hayan huido a vuestro mandato, mas sí de que vuestros nombres estén inscritos en el cielo, por lo que hicisteis de bien”.

De allí, fue con los discípulos a Jerusalén, y enseguida, volvió a Perea, región que recorrió rápidamente, pregonando y operando curas. Son de esos días las curas de: **la mujer encorvada**, las predicaciones sobre el **número de los elegidos**, sobre los **primeros lugares**, los **convidados descorteses**, y sobre las condiciones exigidas para ser discípulo, como también las parábolas de la **oveja descarriada** y de la **dracma perdida**, del **hijo pródigo** y del **buen uso de las riquezas**.

Enseguida subió el río hasta las alturas de Scytópolis, bordeó el Jordán por Samaria hasta el camino de Tiberíades y de ese punto, volvió para el sur en plena actividad misionera.

Son de esos días los episodios de los **diez leprosos**, el **juez inicuo**, el **fariseo y el publicano**, el **joven rico** y los **trabajadores de la viña**.

Como la Pascua se aproximaba, Él también se fue aproximando de Jerusalén, entrando de nuevo en la Perea, permaneciendo algún tiempo en la aldea de Efrain, al norte de la Capital.

Una tarde que estaba en Bethabara, vino un emisario de las hermanas de Lázaro diciendo que éste estaba en peligro y le pedía socorro. Respondiendo al emisario, dijo: “esta enfermedad no es de muerte, pero fue ordenada para gloria de Dios y de su Hijo”.

Dos días después fue para allá, donde encontró a las hermanas desoladas, porque Lázaro ya había muerto y estaba encerrado en la tumba. Luego al llegar, dijo a María: “Tu hermano resucitará”. A

lo que ella respondió que sí que resucitaría como todos, en el **último día**. Pero Jesús la corrigió diciendo: “Yo soy la resurrección y la vida, aquel que cree en mí, aunque muerto, vivirá y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá jamás”.³⁵

No quería decir con eso que Lázaro estaba muerto y que resucitaría su cuerpo físico porque, después de realmente muerto, ningún cuerpo material, deshecho, resucita. Además cuando le llevaron el aviso en Behtabara ya dijo que aquella enfermedad no era de muerte, queriendo decir que el cuerpo no estaba muerto, solamente en un estado semejante a la muerte, en trance o en estado cataléptico, en el cual probablemente fuera puesto por los Espíritus desencarnados, para testimoniar el poder espiritual del Mesías y como motivo de enseñanza sobre la inmortalidad del alma.

Llegando preguntó dónde habían puesto el cuerpo y lo condujeron a un local fuera del poblado, donde, en una caverna de piedra estaba el cuerpo hacía cuatro días. Mandó que quitaran la piedra que cerraba la entrada y hecho esto, vieron el cuerpo extendido sobre una mesa baja, dentro de la gruta.

Jesús entonces se concentra en oración y luego después exclamó: “Lázaro, ven para afuera.” A ese llamamiento vieron el cuerpo estremecerse e irse levantando poco a poco y caminar para afuera envuelto en la mortaja que le embarazaba los pasos. Jesús entonces, mandó que le quitaran esas envolturas y así, libre, Lázaro salió, vio a Jesús y se tiró a sus pies.

Cuando la tremenda noticia de la **resurrección** llegó a Jerusalén, los sacerdotes del Templo se quedaron asustados y temerosos de sus consecuencias en la mente del pueblo. Solamente un gran y verdadero Profeta podría hacer semejantes cosas, y el pueblo probablemente se levantaría para aclamar a ese rabí como su jefe espiritual. Este acontecimiento reforzó aun más en el Espíritu de ellos la idea de eliminar a un elemento de tal envergadura que, a

³⁵ María de Betania, no confundir con María de Magdala.

cualquier momento podría transformarse en una seria amenaza política.



De Betania, faltando cinco días para la Pascua, Jesús partió para la ciudad, poco distante de aquella aldea. Se formó un cortejo que se fue engrosando en el camino, a medida que el pueblo iba sabiendo que era el Rabí de Nazaret que iba llegando, para rescatar a Israel de sus sufrimientos y asumir su reinado en el Templo.

Al aproximarse a la ciudad, Jesús se detuvo y pidió a dos de sus discípulos que fuesen adelante y trajesen un asno, para que entrase en la ciudad montado, conforme estaba predicho en las Escrituras; y cuando el animal fue encontrado y vino, los discípulos extendieron sobre su lomo algunas capas y Jesús se sentó sobre ellas, de un solo lado, y así la procesión prosiguió, penetrando en la ciudad y encaminándose para el Templo.

Los acompañantes cantaban himnos y aleluyas en honra de Jesús, clamando: “¡Hosanna, he aquí a nuestro Rey Mesías! ¡ O Hijo de David!” Danzaban al frente del cortejo agitando ramos, que habían arrancado de las arboledas en el camino, en señal de alegría. Así fueron hasta el Templo donde la multitud esperaba que hubiese algún acontecimiento extraordinario y que Jesús, con una sola palabra o un solo gesto, derrumbase el reinado de los Hanán y el poderío de los invasores romanos y, en su ingenuidad, también esperaban que en aquel momento, Jesús declarase la liberación de Israel, inaugurando su reinado de Mesías nacional.

Pero, nada de eso aconteció: al enfrentar el edificio, Jesús descendió del asno y penetró en el Templo en silencio. Después de aguardar largo tiempo, la multitud se dispersó desilusionada.

Capítulo 38

ÚLTIMOS DÍAS EM JERUSALÉN

En la víspera de ese día, Pilatos — el procurador romano — había llegado de Cesárea del Mar y su cortejo atravesó la ciudad bajo el rumor estridente de la fanfarria de la legión, entrando en la Fortaleza Antonia, y en el mismo día, con no menos aparatosisad, llegó Herodes Antipas, que se encerró en su palacio para huir del pueblo que lo odiaba.

En la ciudad, más que de costumbre, había desusado aparato militar, sucediendo lo mismo con la guardia del Templo, porque, tres días antes, el Sanedrín se había reunido para providenciar sobre desórdenes provocados en la ciudad baja por un patriota exaltado llamado Bar Abá, y también para tomar conciencia de los últimos acontecimientos ocurridos desde la supuesta resurrección de Lázaro.

Bar Abá era un hombre del pueblo, originario de la ciudad de Jopa, donde ejercía el oficio de remero de botes. Allí ya se rebelara contra las autoridades porque le quitaron el bote, para indemnización de impuestos no pagados. Era ignorante, hablador, truculento, pero dotado de mucho coraje y espíritu de iniciativa.

Como represalia, se hizo salteador de caminos, en cuyo nuevo oficio ganó fama mas, últimamente había venido para Jerusalén de incógnito y trabajaba en la ciudad baja, en el valle de Kidrón, junto a los camelleros de las caravanas. Había sido preso en la víspera

por los soldados romanos, junto con varios de sus protegidos por fomentar desórdenes.

En cuanto a Jesús, el Sanedrín decidió prenderlo solamente después de las fiestas, para evitar posibles demostraciones populares. Mas, aceptando la propuesta de Nicodemo, uno de sus miembros más destacados, deliberó preliminarmente, nombrar una comisión para interrogar al Rabí sobre sus predicaciones y dar parecer con urgencia.

El encuentro con la comisión se dio en el propio Templo, en el mismo día, y Jesús confirmó todo cuanto enseñara antes, como también sus declaraciones referentes a la tarea mesiánica. Con eso, en vez de ser aplacado, todavía más se obstinó contra Él el odio de los sacerdotes.

En las vísperas de Pascua, cuando de acuerdo con la Thorá, los discípulos deberían preparar la cena tradicional asando el matzot (pan chato y carne de carnero) y el seder (bebida compuesta de vino e hiervas) fue discutido sobre el local donde la cena se realizaría. El Evangelio no lo dice, mas habla sobre un cenáculo; pero Marcos, 14:3 y Lucas, 22:12, se refieren a un cargador de agua, como el incumbido de ese problema.

Ya nos referimos antes, al aguatero Hillel, esenio que vivía en uno de los nichos de la Muralla de David, y donde se hospedaban los galileos y los esenios cuando venían a Jerusalén. Para ese lugar los discípulos llevaron todos los preparativos y allí se realizó la cena. Nada hay que extrañarse sobre el local, porque Jesús no tenía entrada en casas ricas, no sólo por ser considerado revolucionario peligroso, herético, desrespetuoso de la Ley, como también porque su convivir más constante era con los pobres y los miserables de la Ciudad Baja.

En esa cena, hizo sus promesas e instrucciones finales, inclusive sobre el envío del Paracleto — el Consolador —, en los días futuros; anunció, una vez más, su muerte y juzgamiento de la humanidad en el tiempo justo, y, sabiendo que Judas ya había entrado

en entendimiento con los sacerdotes del Templo para entregarlo a sus manos, recomendó a éste, discretamente, que “lo que tenía que hacer, lo hiciese pronto”. (Juan 13:27)

Con la partida de Judas, quedaron todos más en la intimidad y Jesús dio a los once las últimas recomendaciones; se despidió de ellos y, enseguida, partieron todos para el Monte de los Olivos.

En el camino, advirtió a los discípulos que, en aquella noche, todos serían puestos a prueba, y fallarían, para que se cumpliese también en eso las Escrituras que decían: “Heriré el pastor y las ovejas se dispersarán”. Oyendo eso, los discípulos protestaron fidelidad y Simón aseguró que lo seguiría hasta la muerte y jamás lo abandonaría. Pero Jesús respondió que le gustaría que así fuese, pero que antes que el gallo cantase tres veces, en aquella noche, él lo negaría también tres veces, lo que realmente aconteció horas después.

Llegando al jardín de Getsemaní, Jesús se retiró para un lugar reservado y silencioso y mandó que los discípulos velasen, permaneciendo por allí, alrededor de él, porque la hora de las aflicciones había llegado. Y, realmente, a partir de ese instante, todas las cosas se precipitaron, con una rapidez terrible, hasta el momento triste de la cruz.

Capítulo 39

CIERRE DE LA TAREA PLANETÁRIA

Judas de Kerieth:

Desde el día en que, en Cafarnaum, Jesús fue declarado transgresor de la Ley e inspirado por Satán, Judas comenzó espiritualmente a apartarse de Él.

Poseedor de mayor cultura que los demás discípulos y dotado de imaginación fértil, pero enfermiza, meditaba profundamente sobre todo cuanto veía y oía, tanto en el círculo de los propios discípulos, como en medio del pueblo, y finalmente ya no sabía más si Jesús era o no el Mesías esperado.

Penetró así, en el terreno tormentoso de la duda, apoderándose de él, día a día, hasta que, con la entrada auspiciosa de Jesús en Jerusalén, en aquella Pascua, viendo el pueblo confraternizar con los discípulos en el camino de Betania, cantando hosannas, se llenó nuevamente de esperanzas.

Fue uno de los que más deprisa extendió su capa en el suelo para que el Mesías pasase; uno de los que, en su enorme alegría, más danzó al frente del cortejo, uno de los que más alto gritó: “¡Hosannas al Hijo de David! ¡Gloria a nuestro Rey Mesías!” Cuando vio, con pavor, que Jesús, al llegar al Templo, nada hizo para asumir el poder que el pueblo estaba pidiendo; descendiendo del asno silenciosamente y desapareciendo en medio de la multitud

que llenaba el Templo, su decepción fue profunda y todos sus sueños de ambición y gloria se desmoronaron.

Había errado una vez más. Jesús de Nazaret no podía ser el Salvador de Israel, el rey nacional, siendo simplemente un profeta del pueblo humilde. Siendo así, pensaba él, ¿no había sido engañado en sus esperanzas, sus esfuerzos, su dedicación de varios años? ¿No habría perdido todo su tiempo haciéndose discípulos de aquel Rabí?

Recostado en una de las columnas de la galería del Templo, junto a la Puerta Dorada, una gran desesperación se apoderó de él, y maldice en alta voz, sin darse cuenta, su desgracia. Con la exuberancia de gestos que le era propia, se tiraba de los cabellos y la barba y se golpeaba en el pecho murmurando: ¡infeliz! ¡infeliz!

Penetrando, así, en el campo de la invigilancia, en esos momentos las fuerzas del mal, de las cuales ya se venía tornando un blanco vulnerable, se apoderaron de él; quedó yerto y frío, un sudor viscoso le caía desde la frente sobre el rostro, mientras que una espuma amarillenta como hiel, comenzó a escurrir por los costados de sus labios blancos y cerrados.

Pero estaba siendo observado por un sacerdote menor del Templo, que lo conocía como discípulo de Jesús y que se aproximó rápidamente, lo tomó por un brazo y lo llevó consigo para el interior, donde fue enseguida puesto en presencia del sgan Jochanan, superintendente general del Templo que, a su vez, lo llevó discretamente a la presencia del viejo y astuto Hanán.

De la conversación que tuvieron y del arreglo que fue hecho en secreto, resultó la traición nefasta que el Evangelio perpetuó en su narración; pero el canal mediúmnicó reveló en nuestros días que, en presencia de Hanán, y ya pasada en parte la crisis nerviosa que lo envolviera, Judas resistió ante la traición al Maestro, siendo por fin convencido por una serie de argumentos, de entre ellos, este de que el propio Jesús ya declarara a sus discípulos que, para cumplir las Escrituras, debería ser entregado al Sanedrín para ser

muerto; pero que el Sanedrín lo que deseaba era retirar al Rabí de circulación aquellos días de Pascua, para evitar que hubiese tumultos y los romanos castigasen al pueblo, como era costumbre acontecer; y que él, Judas, recibiría unas 30 monedas de plata, para alejarse enseguida de Jerusalén. A estos argumentos y con la promesa de que ninguna referencia se haría a él en el proceso, que sabía ya se había iniciado contra su Maestro y sus discípulos, Judas aceptó el acuerdo y pasó a estar, de aquel momento en adelante, a disposición del Sanedrín.

También se sabe que recibió el dinero, en los términos que estaba predicho: “treinta monedas de plata serán su precio...”³⁶

Prometió entregar a su Rabí en el momento oportuno y a partir de ahí, vivió todas sus horas bajo un trance permanente y doloroso, sin poder dormir ni comer, presa fácil de las fuerzas tremendas que lo dominaron completamente.

Así, tres días después, cuando Jesús, en la cena pascual, volviéndose hacia él dice en un murmullo que sólo Judas oyó, “lo que tienes que hacer, hazlo pronto”, mecánicamente obedeció, levantándose en silencio y saliendo.

Con los ojos rojos y saltados de las órbitas, barba y cabellos revueltos, la capa revoloteante enrollándose en las piernas delgadas, allá fue él, el pobre discípulo infeliz, a camino del Templo, para remate de una tarea que lo trastornaba más allá de toda comprensión.

— No aguanto más, exclamaba, tropezando por el camino. ¡Sálvame, Señor, de este tormento!...

Y la figura majestuosa del viejo Hanán estaba a su frente, untuoso, diciendo: “nosotros lo prenderemos solamente durante

³⁶ Un siclo de plata valía 1/7 de la actual libra esterlina. Jesús fue vendido por 30 siclos, más o menos 4 libras. Siclo era una de las monedas judías de la época, siendo las otras, algunas de ellas citadas en la Biblia, las siguientes: denario o dracma, valía 8 dineros; mina, valía 4 libras; Shekel de plata, valía 2,5 libras; manch de plata, valía 7 libras; manch de oro, valía 103 libras; talento de plata, valía 400 libras; talento de oro, valía 6.200 libras.

los días de fiesta”. Y el Maestro, severo, con su voz cansada y triste, acrecentaba: “lo que tienes que hacer, hazlo pronto; ve deprisa...”. Pero era lo Maligno, comprendió él después, que lo estaba empujando para la desgracia.

Y así, penetró en el Templo, dando a los sacerdotes la indicación de que el Rabí en aquella noche estaría en el Huerto de Getsemani con los discípulos, después de la cena.

Como ya dijimos, Judas era alfarero y natural de Kerieth, población situada a 35 km al sur de Jerusalén. Era el único judío entre los doce. Moreno, alto, delgado, barba canosa, era un individuo siempre inquieto, gesticulador, que caminaba angulosamente; profundamente místico, visionario, impulsivo y sujeto, como ya dijimos, a trances y perturbaciones psíquicas, un tipo bien definido, bien caracterizado de médium descontrolado, como muchos que vemos en los días de hoy. Dentro del drama crístico, tan lleno de lances dolorosos y heroicos, esta fue la parte que tocó a Judas, el discípulo que más sufrió durante la vida encarnada de Jesús y aquel que hasta hoy carga sobre sus espaldas la cruz de esta fanática e ignorante maldición popular, con el peso insoportable de los pensamientos de odio y venganza, que año por año, en toda la cristiandad se manifiestan.

Según lo que se sabe, la carga terrible de la maldición, desde hace mucho, en el plano espiritual, ya le fue quitada de la espalda y hoy Judas es un Espíritu libre, dotado de inmensa humildad, consciente del tremendo error que cometiera.

Capítulo 40

PRISIÓN Y DISPERSIÓN

Pilatos, como ya dijimos, estaba en la ciudad, había venido de Cesárea del Mar. La guardia romana había sido reforzada por motivo del gran agrupamiento del pueblo en la Pascua, cuando cualquier tumulto podría degenerar en una rebelión contra Roma.

Él, como responsable y representante de César, no toleraba disturbio alguno, conspiración, o cosa parecida, y ahogaba en sangre cualquier tentativa o gesto de rebeldía o independencia por parte de los judíos. Estaba al tanto del odio que éstos devotaban a los invasores romanos y de sus aspiraciones de libertad política, territorial y económica, por la mano del Mesías nacional que, según se suponía, ya estaba presente en algún lugar, pronto para asumir el poder.

Días antes mandó prender al salteador Bar Abás, que había venido a la Capital con un numeroso grupo de bandoleros; en el cerco que mandó hacer en el lugar donde estaban, muchos fueron muertos y el jefe estaba ahora detenido, en la cárcel, aguardando el juzgamiento.

Entonces cuando supo de la entrada espectacular de Jesús en la ciudad, acompañado de una multitud que lo aclamaba Rey Mesías, inmediatamente juzgó que había ligación estrecha entre los dos acontecimientos y, tomando informaciones, supo que Jesús era un

gran profeta que gozaba de extrema popularidad en todo el país, pregonando una doctrina extraña y hostil a las Leyes y costumbres, habiendo ya sido declarado elemento peligroso por parte del Sanedrín. Por eso mandó pedir al Sumo Sacerdote, la entrega del Rabí galileo, para ser juzgado por él, en su pretorio, juntamente con el agitador Bar Abás, antes del comienzo de las festividades.

Pero el Sumo Sacerdote, Caifás, yerno de Hanán, quedó atemorizado, no sólo por tratarse de un Rabí de Israel, que tenía prerrogativas, como también por temer represalias del pueblo y tumultos que los romanos, como era sabido y cierto, sofocarían sin piedad, derramando sangre, como ya aconteciera en otras ocasiones. Por eso, contemporizó y, en ese ínterin, habiéndose dado la deserción de Judas y su compromiso con el Templo, juzgó poder prender al Rabí en secreto, después de la Pascua, sin cualquier complicación mayor.

Pero, en el día de la cena, al caer la noche, Pilatos insistió avisando que al día siguiente, por la mañana, juzgaría a Bar Abás y quería al mismo tiempo juzgar al Rabí, y que el sumo sacerdote quedaba responsable por su presentación al Procuratorium, bajo pena de ser todos juzgados cómplices y responsables por lo que sucediese.

Esta insistencia de Pilatos era de carácter meramente policial preventiva para asegurar el orden, resguardando su responsabilidad de delegado de César.

Con sus planes así trastornados, Caifás convocó aprisa a los miembros saduceos del Pequeño Sanedrín, para una reunión en secreto en su casa. Cuidaba ahora de aprovechar la intervención de los romanos para precipitar la prisión, justificándola, en caso de que hubiera disturbios.

A pesar del sigilo de la convocación, compareció a la reunión, a última hora, José de Arimatea, hombre rico, esenio de 3º grado, proveedor de las tropas romanas y, por eso mismo, persona allegada al Procurador y respetada por el Sanedrín; compareció también en

las mismas condiciones, el Rabí fariseo Nicodemo, representado allí, sólo con su presencia, todo el partido fariseo, no convocado.

Desde el principio, fuertemente apoyado por Arimatea, Nicodemo tomó francamente la defensa de Jesús, mostrando las irregularidades de la convocación y el juicio que querían hacer:

1º) Por la impropiedad del local, porque la reunión sólo sería legal en la propia sede del Sanedrín y no allí;

2º) Porque entre la convocación, con su motivo claramente revelado y la propia reunión, debería transcurrir un plazo legal que no fue obedecido;

3º) Porque ninguna reunión de juzgamiento tenía valor si era realizada a la noche;

4º) Porque no habían sido convocados todos los miembros del Sanedrín, mas solamente algunos saduceos.

Por estas y otras irregularidades, protestaba contra aquella reunión de juicio. Caifás, entonces, hábilmente soslayó el problema y dijo que en ese caso, transformaba el juicio en investigación y prosiguió.

Nicodemo insistió diciendo que, si el crimen imputado al Rabí galileo era de naturaleza religiosa, no era jurisdicción de los romanos, pero Caifás prosiguió, retrucando que había una amenaza seria sobre todo el colegio sacerdotal, sobre toda la nación y, en este caso, más valía entregar el preso que resistir; más valía, acentuó incisivo, que muriese uno sólo, que todos ellos.

Y cerró la reunión decretando la prisión y la entrega de Jesús a Pilatos, inmediatamente. En consecuencia fueron dadas órdenes y una escolta formada por guardias del Templo y de romanos, fue reunida aprisa, y serían casi las 11 horas de la noche cuando, guiada por Judas, la escolta se dirigió para el huerto de Getsemaní.



Jesús penetraba allí en el momento en que sonaban a lo lejos

las trompetas del Templo, anunciando el segundo cuarto de la guardia, esto es nueve horas, porque la noche era dividida en cuatro vigilias de tres horas, comenzando a las seis; allí permaneció Jesús desde entonces, en constante oración.

Cruciales fueron para Él tales momentos, cuando sabía que se aproximaban rápidamente los últimos actos de su dolorosa tarea planetaria. Pidió a sus discípulos que permaneciesen también en oración, para ayudarlo en aquel trance, mas éstos, dominados por un extraño sopor, se adormecieron todos. Por dos veces fue hasta ellos y los despertó, pidiendo que velasen, pero ellos volvieron a adormecerse irresistiblemente.

Por dos veces se arrodilló, rozó con los labios las hierbas del suelo y suplicó al Padre por la suerte de ellos, que eran los depositarios y los futuros propagadores de su obra de redención humana y por fin, dirigiéndose a los tres que estaban más cerca — Pedro, Juan y Tiago — y que luchaban contra el sueño, les dijo:

— Podéis reposar ahora, porque la hora llegó.

Ya estaba viendo la aproximación de la escolta, y pronunció entonces con ellos la oración de los Israelitas: “aunque camine en el valle de las sombras de la muerte, no tendré ningún temor porque Tú, ¡oh! ¡Señor! Estarás conmigo”.



Se oían ya los pasos de la escolta aproximándose, y entre las medias sombras que la claridad lunar producía entre los gajos de la arboleda, avanzaban los oscuros bultos de los guardias y legionarios, cuyas armaduras reflejaban la luz clara que descendía del cielo.

Jesús entonces despertó a todos los discípulos exclamando:

— Levantaos, amados míos. Llegó la hora en que el Hijo de Hombre va a ser entregado.³⁷

³⁷ “Hijo del Hombre” para los judíos quería decir Mesías, como está en el libro de Daniel, el profeta del exilio.

Y los discípulos fueron despertando, medio dormidos, para enfrentarse atónitos, con la escolta ya parada a pocos pasos. A su frente estaba Judas, con el semblante deshecho pero resuelto, como quien tiene el amparo de la desesperación.

— ¿A quién procuráis? preguntó Jesús.

— A Jesús de Nazaret, respondieron.

— Soy Yo.

Al mismo tiempo Judas se aproximó a Jesús y lo besó en la cara. Esa era la señal convenida para decir a los romanos que aquel era el hombre a detener, porque los guardias del Templo, que estaban al frente y que conocían a Jesús como un poderoso profeta, permanecían inmóviles, dominados por la majestad que ya ahora irradiaba de Él.

Y la pregunta fue repetida:

— ¿A quién buscáis?

Y los guardias continuaban inmóviles, asustados, hasta que el comandante romano de la escolta, impacientándose, avanzó y, colocando la mano en el hombro de Jesús, lo prendió, mientras los soldados romanos lo rodeaban y le amarraban las manos a la espalda.

Mientras eso, Jesús habló preguntando:

— ¿Por qué vinisteis a mí como a un salteador, de noche, con espadas y bastones? ¿No estaba Yo diariamente junto a vosotros, en el Templo, enseñando al pueblo? Pero, ciertamente ignoráis que tales cosas suceden para que las Escrituras se cumplan Y agregó: esta es vuestra hora, la hora del poder de las tinieblas.

Y dirigiéndose al jefe romano pidió:

— Si es a mí a quien buscáis, dejad ir a estos otros, que son mis discípulos.

Enseguida lo llevaron de allí, ladera abajo, mientras los discípulos huían despavoridos, desapareciendo en las sombras de la noche, unos para Betania, otros para diferentes lugares, y Pedro y Juan acompañando el cortejo de lejos.

Así también se cumplió la profecía del Señor por boca de Zacarías, cuando dice: ¡“Heriré al Pastor y el rebaño se dispersará”!

De allí fue llevado por la escolta al sumo sacerdote, que estaba a la espera en su casa, el cual, sin pérdida de tiempo, con aviso de extrema urgencia, convocó al Sanedrín para aquella misma noche; su ansiedad era debida a que deseaba hacer el juzgamiento legal, antes de entregar el preso a Pilatos en la mañana siguiente.

Capítulo 41

TRIBUNAL JUDAICO

El Gran Sanedrín era compuesto de 72 miembros, pertenecientes, por tercios, a tres órdenes distintas de miembros, a saber: la **de los príncipes sacerdotes**, que incluía al Sumo Pontífice, en ejercicio, sus antecesores y parientes más ilustres, descendientes de Abraham, todos ambiciosos y escépticos saduceos; la **de los escribas**, que incluía sabios interpretadores de la Thorá, fanáticos del sentido literal de la Ley, pertenecientes, en la mayor parte, al partido fariseo; y la **de los ancianos**, reclutada entre los varones notables, civiles y sacerdotes, pertenecientes a uno u otro de los partidos, indiferentemente.

El Gran Sanedrín funcionaba a la entrada del Templo, en el recinto llamado Cámara de las Piedras Labradas mas, en aquella noche, debido a la urgencia, todavía se reunió en la casa de Caifás, en un gran salón, con asientos colocados en media luna, con un trono al centro, para el sumo sacerdote; al lado de éste estaban dos candelabros y dos sirvientes con antorchas, los jueces consejeros y el promotor.

Estaban presentes, Caifás, con su manto púrpura, en su lugar, el viejo Hanán, su hijo Eliezer, Jochanan, el Sgan del Templo, y otros ex Pontífices, hijos de Hanán, todos ostentando también mantos púrpuras, pero más cortos, con capitas en los hombros.

Junto al Pontífice, además de los sirvientes, estaban dos escribas, con sus estiletes en la mano y las láminas de cera enfrente, sobre unas mesitas bajas.

Los Consejeros del Tribunal, se apostaban al lado, separados; eran hombres venerables, dotados de gran saber, y sus palabras eran siempre acatadas con respeto, aun mismo cuando no debiesen ser atendidas, como era el caso presente.

Enfrente al asiento del Sumo Sacerdote, estaban los bancos de los rabíes presentes, cuyos discípulos también comparecían a esos juicios como oportunidad de aprendizaje.

Sombras, fulguraciones de luces en los muebles de la sala y la púrpura de los mantos, eran las tintas que daban al ambiente un aspecto lúgubre y dramático, que contrastaba fuertemente con la vestimenta blanca y la serena compostura del rabí galileo, cuando éste fue llevado por los guardias y puesto al frente del sumo sacerdote, a la una de la mañana de aquella noche fría.

Para funcionar en crimen de muerte, el Sanedrín precisaría de los votos de 23 miembros presentes y 12 más conseguidos hasta 48 horas después; pero allí, en aquella hora no había más que unos 20 de ellos pertenecientes a las tres órdenes. Igualmente así, el tribunal funcionó.

Los testigos fueron siendo traídos rápidamente: primeramente el propio Judas, que fue rechazado porque como delator, no podía testimoniar. Después un hombre del pueblo, que dijo que Jesús había declarado que derrumbaría el Templo y lo reconstruiría en tres días sin auxilio humano; y otra, que después, diciendo que oyera del Rabí Galileo la profecía de que del Templo no quedaría piedra sobre piedra; ésta también fue rechazada porque testimoniaba sobre el mismo hecho ya declarado, pero, de forma diferente, en tanto que la Ley decía que “dos testigos prueban un hecho cuando son acordes y lo narran de la misma forma”. El último testigo dijo que Jesús interpretaba la Ley de forma personal, pero los consejeros intervinieron enseguida, diciendo que cualquier israelita podía

interpretar la Ley según su comprensión, desde que no ofendiese a Dios.

No había pues elementos para condenación.³⁸

Mas Caifás, malevolente, se levantó y dijo que en este caso bastaría oír el propio acusado para formar juicio sobre la transgresión; y dirigiéndose directamente a Jesús, exclamó:

— “En nombre de Dios vivo yo te conjuro a decir si tu eres el Mesías, el Hijo de Dios”.³⁹

Y, en el profundo silencio que se hizo, Jesús, claramente respondió: “Tú lo dijiste. Pero Yo ahora os digo que, de hoy en adelante veréis al Hijo del Hombre sentado a la derecha del Poder, viniendo sobre las nubes del cielo”.

Entonces Caifás gritó: ¡blasfemó! Y rasgó su manto en varias tiras y los otros jueces rasgaron también sus mantos, repitiendo: ¡blasfemó!

— ¿Qué necesidad hay de más testimonios? Preguntó.

A esa hora había ya más de 23 jueces presentes, número, por tanto, legal, y Caifás preguntó al Tribunal:

— ¿Cuál es el veredicto?

— Hijo de la muerte, respondieron.

Y él, levatándose de su trono, pronunció la sentencia:

— Que el rabí galileo, Jesús de Nazaret, sea entregado a Pilatos.

— Que los poderes del cielo resuelvan a su favor o contra él, según sea verdadera o falsa su cualidad de profeta agregó el viejo Hanán con lo que también concordaron.

³⁸ En los juicios, los testigos deberían ver a los reos, mas sin ser vistos por éstos. Por eso, en aquella noche, no estaban visibles y habían antorchas colocadas a los lados de Jesús, para poder ser fácilmente identificado.

³⁹ Primitivamente los reyes eran ungidos con oleos al asumir el poder y eran llamados “marchiach” (ungidos). Este termino, más tarde fue reservado para el príncipe, descendiente de David, que vendría a salvar la raza, enviado por Jehová. Menahem y Bar Cocheba recibieron este título.



Las luces de la madrugada del día 14 de Nizan, víspera de Pascua, venían tiñendo el horizonte, cuando terminó el juicio y Jesús fue llevado de la sala y entregado al jefe de la escolta romana que lo había prendido.

Capítulo 42**EL
JUICIO
DE
PILATOS**

En el relatorio sobre Jesús, ofrecido a Pilatos por sus agentes, era puesto en evidencia su cualidad de Mesías nacional, y como ignorase el significado del término, le explicaron que era el título religioso de un héroe nacional judío, destinado a libertar al país de la ocupación extranjera. Concluyó él, entonces, erróneamente, que se trataba de un agitador, conspirador, revolucionario. Por eso, en aquella mañana, al traerle el rabí escoltado y de manos amarradas para el juicio, el se imaginó muy claramente la situación: conspiración contra Roma.

El juicio se realizó en el “pretorium” que era una plataforma elevada en el patio abierto del interior del palacio de Herodes — antiguo —, donde se hospedaba el Procurador.

Pero, habiendo corrido ya la noticia de que Bar Abás — el conspirador y salteador — sería juzgado aquella mañana y juntamente con él, el rabí de Nazaret, una multitud compuesta, en su mayoría, de partidarios del primero, se aglomeró a las puertas del patio pidiendo su libertad.

La escolta trajo en primer lugar al conspirador: un hombre hercúleo bajo y grueso, feroz, con largos cabellos y cuya enorme cabeza pendía hacia un lado. Al entrar, empujado, un rictus de odio le torcía la boca del lado izquierdo. Cuando paró frente a Pilatos,

leyeron la denuncia que era: “jefe de una banda armada, ataque a viajeros en caminos y casas ricas para robar; reunión de armas prohibidas y de gente para realizar un levantamiento popular contra los Romanos en aquella Pascua”.

— Azote y cruz — proclamó Pilatos con su voz sibilante y que el cuerpo permanezca en la cruz para los cuervos.⁴⁰

Y cuando venían los guardias trayendo al otro preso — Jesús —, un esclavo se arrodilló ante Pilatos y le entregó un billete de su esposa Claudia Prócula (hijastra de Tiberio), intercediendo a favor de Jesús: “No levantes la mano sobre el hombre justo”, pedía ella.⁴¹

Pilatos examinó al preso parado a su frente, en silencio, y mandó leer la denuncia: “jefe espiritual del levantamiento organizado por Bar Abás. En caso de éxito asumiría el poder Nacional como rey mesías”.

— ¿Eres entonces el Rey de los judíos?, preguntó Pilatos.

— Tú lo dices, respondió Jesús.

En los peldaños de una escalera, enfrente, estaban de pie el viejo Hanán, el Promotor del Sanedrín y otros asistentes directos del sumo sacerdote, mas allá, tras las gradas del portón del patio, la multitud formada de seguidores de Bar Abás.

— ¿De qué acusáis a este hombre? Preguntó Pilatos, dirigiéndose a los mensajeros del Templo.

Blasfemó contra Dios, respondieron. Alborota al pueblo y lo incita a la revuelta, desde Galilea, por toda la nación.

— ¿No ves que te acusan de todo eso? ¿Nada tienes que decir en tú defensa? preguntó a Jesús. Pero éste guardó silencio y permaneció inmóvil, de ojos bajos.

⁴⁰ Los crucificados eran realmente abandonados en las cruces y los cuervos de ellos se alimentaban por muchos días; pero, cuando el cuerpo era reclamado por alguien, la ley romana autorizaba que fuese retirado y entregado.

⁴¹ Una mujer judía, a su servicio, pidiera por Él.

A esta altura, no sólo por lo que había oído allí, como también por el pedido de su esposa, Pilatos ya había percibido que estaba engañado con relación al preso y su objetivo pasó a ser, entonces, el de darle un castigo severo, mantenerlo preso durante las fiestas y soltarlo después.

— No encuentro culpa en este hombre, dijo, pero recordándose que era costumbre soltar un preso en cada Pascua, se volvió hacia los asistentes y juzgándose seguro de su intuición, declaró:

— En homenaje a vuestra fiesta, ¿a quién deseáis que ponga en libertad, a Bar Abás o a vuestro rey?

Pero el viejo Hanán, para influir más sobre la decisión, se dirigió a la multitud diciendo bien alto:

— Él se intitula Mesías. Sí de hecho lo fuese, tendría poder para libertarse a sí mismo. Dejémoslo entregado a su propio poder.

— Libertad a Bar Abás, gritó la multitud.

Y Pilatos todavía indeciso, preguntó al pueblo:

— ¿Qué queréis que yo haga entonces con vuestro rey?

Pero Hanán intervino enseguida, incisivo y malvado:

— Él no es nuestro rey. Es un impostor. Nuestro rey es César. Crucificadlo.

Pilatos, percibiendo el peligro de la situación, se lavó las manos en una vasija de agua a la vista de todos, y determinó que el preso fuese llevado, azotado y crucificado, como rey de los judíos, porque ese, por lo que veía, era el único motivo que podría justificar tal condenación.

Capítulo 43

PARA EL CALVARIO

Comenzó entonces el tormento: azotes, bofetadas, burlas...

Los soldados de la guardia legionaria, para divertirse, entrelazaron un ramo de espinas, formando una corona y la pusieron en la cabeza del preso inerte, con las espinas enterradas en la carne.

Pero Pilatos, que no le gustaba Herodes, y sabiendo que el preso era galileo, por tanto de jurisdicción política del rey, que se hallaba, como ya dijimos, hospedado en su palacio de la plaza Hasmoneana, distante de allí unas centenas de metros, mandó llevarle el preso como regalo, para que viera lo que era ser rey de los judíos debajo el guante romano.

Pero Herodes, experto, comprendió enseguida el peligro y temiendo a Pilatos, fingió colaborar en la farsa, mandando cubrir a Jesús, que estaba semi desnudo, con un manto púrpura, y así lo devolvió a Pilatos, como diciendo que estaba de acuerdo con la condenación.⁴²



⁴² *El Talmude*, libro doctrinario judío, declara que Jesús, el profeta galileo, fue condenado por crimen de sedición, bajo la fe de dos testigos.

Y el excelso condenado iba así de uno de sus verdugos para otro en silencio, semi desnudo, sufriendo todo sin protestar. Por ventura no estaba también predicho por Isaías 53:7: “Él fue oprimido, sin embargo no abrió su boca; como un cordero fue llevado al matadero, y como oveja muda delante de sus trasquiladores, así, no abrió su boca”.

Pero, mientras estos hechos acontecían, corrió la noticia de la condenación del rabí y muchos rabies fariseos se reunieron y fueron, agrupados, al Templo, a protestar contra el hecho y a pedir la libertad del preso.

— Esto no está más en nuestro poder, respondió el sgan Jochanan; el rabí fue entregado a Pilatos.

— Exasperante y nula fue la sentencia del Sanedrín, insistieron ellos. Despreciadas fueron las Leyes de la Thorá. El sumo sacerdote practicó un homicidio, entregando a Edón, un alma de Israel. La memoria de este hecho, acrecentaron, será recordada como un crimen execrable hasta el fin de los tiempos. ¡Maldición sobre la casa de Hanán! ¡Maldición sobre los hijos de Beitus!⁴³

Los rabies se retiraron y, en ese mismo instante, Judas de Kerioth, habiendo conseguido transponer el puesto de la guardia, por estar en esos días a expensas del Templo, entró en el gabinete del sgan con el semblante deshecho, los ojos en fuego y echó un saco de dinero sobre su mesa de trabajo exclamando:

— No quiero el dinero maldito. Quedaos con el dinero de la abominación.



⁴³ La familia de Hanán, como ya declaramos, descendía de la estirpe de los Beitus, de Alejandría. El pontificado se quedó 50 años en esta familia y cinco hijos suyos fueron sumo sacerdotes y cuando, en confirmación a las palabras de Jesús, el Templo fue destruido hasta los cimientos por los romanos, en el año 72, todavía era un Hanan que ejercía el pontificado.

Poco más tarde el pueblo se desbandó para cumplir los ritos de Pascua y entonces los portones se abrieron y salió la escolta romana, llevando a Jesús para la muerte.

Le habían devuelto las vestimentas de uso común. Venía curvado bajo el peso de la cruz, muy grande y pesada para Él, mostrando en la frente, cayéndole por el rostro, los hilos de sangre ya coagulada, provocados por las espinas. Avanzaba con gran esfuerzo, doblado hacia delante, recibiendo sobre la espalda, cada vez que se retrasaba, continuos latigazos, aplicados por el comandante de la escolta, en pura y salvaje exhibición de fuerzas. Sus vestidos se pegaban al cuerpo herido y sudoroso y sus pies iban dejando marcas sangrientas en el suelo, por donde pasaba.

Mientras la noticia corría, se iba juntando gente en el recorrido, y había mujeres que lloraban, impotentes, pidiendo misericordia para el flagelado.

De trecho en trecho, Jesús caía bajo el peso de la cruz y el látigo entonces silbaba y continuaba golpeándolo hasta que Él, con inmenso esfuerzo se levantaba de nuevo.

La última vez que cayó, no se levantó más y fueron inútiles los azotes y la gritería de los soldados; estaba exhausto. Algunos hombres del pueblo, apiadados, habían querido ayudarlo, pero los guardias los repelieron con violencia, pensando que querían tomar al preso.

Pero, esta vez, un hombre que iba cruzando el camino — Simón de Cirene —, amigo de Nicodemo, afiliado esenio, que fue más tarde miembro de la comunidad judaico cristiana de Jerusalén, sorprendido con lo que veía (pues ignoraba lo que había pasado aquella noche), atravesó resuelto la fila de los guardias y sustentó la cruz con las manos hasta que Jesús se rehiciese, mas los guardias irritados con las continuas paradas y habiendo recibido órdenes previas de actuar con rapidez, para que no se inmiscuyeran los romanos en la fiesta nacional, colocaron la cruz en la espalda de Simón, y fueron llevando a ambos, bajo el azote, hasta lo alto del

Gólgota — la plaza de las Calaveras — colina no muy distante de allí donde se crucificaba a los condenados.

Muchos de los acompañantes no subieron al monte, por causa de las impurezas y de los esqueletos que allí había, amontonados, pero los más interesados lo hicieron y se enfrentaron con varias cruces erguidas, algunas con los condenados todavía vivos, gimiendo, clavados en ellas.

Había dos casi juntas, donde estaban dos condenados del bando de Bar Abás, y hacia allí siguieron los guardias, atropellando a los presos. Alcanzado el punto, paró el cortejo; los soldados tomaron la cruz de los hombros de Simón, la asentaron en el suelo inmundo y trajeron a Jesús; Lo desnudaron, Lo echaron sobre ella y la horrenda tortura comienza con el golpear del martillo clavando los clavos en las manos y en los pies, bajo la mirada indiferente de los soldados de la escolta, en pie, mirando... El cuerpo torturado se estremecía de dolor y la angustia de la muerte le emblanquecía el rostro, pero los labios estaban cerrados y de la boca no salió ninguna queja; y la sangre corría de las heridas de los clavos, mientras que los soldados brutalmente, a tirones, levantaban el madero, colocando la punta inferior sobre el hoyo en el suelo, apretando la tierra alrededor, metiendo cuñas, para fijarla mejor.



Y entonces comenzó la tremenda agonía del excelso crucificado, mientras el día iba cayendo lentamente en los horizontes lejanos del desierto, para el lado sur, enrojecidos por un sol encarnado y abrazador. Y se dio a soplar un viento fuerte que silbaba en los montes y en los árboles y el cielo se fue oscureciendo, alarmando a la ciudad.

Pero el tiempo fue pasando y todo cesó y un gran silencio cayó pesadamente sobre la tierra. Quienes habían subido al monte, ya se retiraban desanimados, perdidas las últimas esperanzas de un

milagro fulminante del cielo, que salvase al rabí. Junto a la cruz, solamente permanecía la guardia, y más apartado, un grupo de mujeres, que lloraban en silencio.

Y las horas continuaban deslizándose en aquella triste y lúgubre cima del monte, donde el crucificado se estremecía de dolor y una negra espuma le salía de la boca; sus brazos frágiles no aguantaban más el peso del cuerpo que caía hacia abajo. Fue cuando se oyó su murmullo angustiado, pidiendo agua; uno de los guardias, colocó una esponja en la punta de una lanza, la embebió en vinagre y la elevó a la altura de sus labios enrojecidos. Y los soldados, burlándose, se reían de su gesto de repulsión, mientras Jesús exclamaba:

— “Perdónalos Padre, no saben lo que hacen”. (Lc. 23:34)

Y extendiendo la vista hacia la distancia, la fijó en el grupo de las mujeres que rodeaban a María, su Madre, formado por María de Magdala, María Cleophas, además de Juan y Tiago; sintiendo que el momento final llegara, Jesús se concentró de nuevo en si mismo y exclamó:

— Padre, hágase Tu voluntad y no la mía.

Y en un último esfuerzo, levantó el cuerpo, irguió la cabeza, murmurando:

— Todo está consumado.

Era la nona hora. Un guardia se adelantó e hirió el cuerpo en un lado para verificar si realmente estaba muerto; pues estaba también predicho por Zacarías 12:10: “y mirarán hacia mi, a quien traspasarán”; “y harán llantos sobre Él”; “y llorarán amargamente, como se llora sobre el primogénito”.

Capítulo 44

EN LOS DÍAS DE LA RESURRECCIÓN

Él había dicho que al tercer día resucitaría, y resucitó.

Mientras agonizaba en la cruz, Arimatea y Nicodemo, providenciaban un entierro digno para su cuerpo. El primero, como abastecedor de las tropas romanas y hombre rico, tenía buenas relaciones con el Procuratorium. Fue a Pilatos y le solicitó el cuerpo, que le fue prontamente concedido.

A la undécima hora, acompañado de Nicodemo, dos discípulos de éste, Simón de Cirene y dos esenios amigos, fueron al Gólgota.

Permanecían allí junto a la cruz Tiago, Juan y tres mujeres; la Madre del Rabí estaba de pie, mirando el cuerpo en la cruz, del cual ni por un momento desviara la vista, en cuanto durara la agonía, para que Él no pensase, en aquella hora terrible, que lo abandonaba con sus pensamientos, engolfándose en el propio dolor; y ¡qué dolor! Ahora comprendía en toda su extensión la profecía del Angel, hecha antes de que fuese madre del Mesías; “que su corazón sería traspasado de muchas espadas”. Otra, la ex pecadora de Magdala, estaba caída a los pies de la cruz completamente inconsciente y la tercera era Salomé de los Zebedeos, en cuyos ojos todavía se notaba el espanto y el miedo por lo que aconteciera así, tan deprisa; en su ingenuidad, llegara hasta a soñar con un reinado terrestre en el cual

sus dos hijos tendrían la primacía de cargos importantes. Los discípulos estaban también de pie, mirando al Maestro muerto, dominados por un profundo abatimiento, y contrastando con las expresiones de amargura, los soldados romanos, como siempre brutales e indiferentes, conversaban agrupados a pocos pasos de allí.

Presentada la orden, el cuerpo fue entregado, y la cruz fue bajada, quitados los clavos, y el cuerpo, envuelto en una sábana, fue llevado rápidamente monte abajo y cargado hacia un huerto próximo, perteneciente a José de Arimatea, y donde había mandado construir un nicho para si mismo, bastante amplio, con unos peldaños que descendían a dos piezas internas cavadas en la roca.

— Daré mi tumba al santo rabí, dijo él, para que su cuerpo allí repose en el sueño de la muerte.

Las mujeres que acompañaban el cuerpo y los discípulos, quedaron afuera, mientras que adentro el cuerpo era ungido como era costumbre, trabajando los amigos rápidamente, porque el sábado estaba al caer; enseguida se retiraron, cerrando la entrada con una laja de piedra.

Cuando iban descendiendo para la ciudad, junto a los muros, dieron con el cuerpo de Judas, ahorcado, pendiendo de una higuera vieja.⁴⁴



Al día siguiente, bien temprano, Caifás, temiendo que los discípulos robasen el cuerpo, para simular que el rabí había realmente resucitado, como prometiera, pidió al Procuratorium, una guardia de soldados romanos y la colocó en la puerta de la tumba y

⁴⁴ Al salir del Templo, alucinado por el error que cometiera y no soportando tamaño remordimiento, Judas se mató y el dinero devuelto fue después destinado por el Sanedrín a la compra de un campo, en las inmediaciones de la ciudad, para cementerio de extranjeros (versión oficial).

funcionarios del Templo sellaron la puerta con un sello del sumo sacerdote.

Así, el sábado fue transcurriendo lentamente, pero por la noche, un grupo de esenios, dirigidos por Arimatea, fueron secretamente hacia el huerto, penetrando en la gruta por una abertura existente en los fondos y fue entonces iniciado un extraño ceremonial: Oraciones apenas murmuradas y prolongadas concentraciones, hasta que a los pocos, el sepulcro fue siendo envuelto por una niebla lechosa, dentro de la cual, de súbito, brilló violenta fulguración venida de lo alto, como una lengua de fuego, que descendió sobre el cuerpo y lo consumió, restando allí, sobre la laja de piedra, solamente la sábana que lo envolvía.

Era casi de madrugada y aquella fulguración despertó a los guardias que, atemorizados se apartaron del huerto; en el mismo momento los sellos fueron arrancados y derrumbada la piedra que cerraba la entrada de la caverna.

Al día siguiente, domingo por la mañana, cuando la Madre de Jesús y otras mujeres fueron a visitar la tumba, la encontraron abierta y mirando hacia adentro solamente vieron la sábana extendida sobre la mesa de piedra; y entonces María de Magdala desorientada se apartó del grupo y dio con el Rabí que caminaba para ella; y queriendo echarse a sus pies, oyó que le decía: “no me toques” y luego enseguida “todavía no subí para mi Padre. Diles a todos que vayan para Galilea y que allá estaré con ellos”. Con eso quedó probada su resurrección.



Todavía en la capital, Jesús apareció materializado a dos discípulos (de los 72 que consagró en Jericó) y que iban para Emaús, como también, por dos veces, a varios de los doce, reunidos en una casa para tomar decisiones, en la segunda de las cuales, estando presente Tomás que no acreditaba en lo que le decían los otros, le

hizo tocar con la mano una de sus heridas, para probarle que había resucitado.

Entonces partieron todos para Galilea, donde el Maestro continuo mostrándose a ellos por muchos días, realizando “la segunda pesca maravillosa”, reafirmando la designación de Pedro como jefe del grupo, y como se aproximaba Pentecostés⁴⁵ les ordenó que volviesen a la capital; donde se produciría el descenso del Espíritu sobre ellos.

Y estando allí todos, al cuadragésimo día de la resurrección, se incorporificó, se sentó a la mesa con ellos y les hizo sus despedidas finales, determinando a Pedro que apacentase Su rebaño. Enseguida los llevó al jardín de Getsemaní, lugar donde tanto sufriera en la noche de la prisión, y les dio nuevas instrucciones, recomendando que se distribuyesen por el mundo difundiendo sus enseñanzas, y prometiéndoles que jamás los abandonaría; enseguida se elevó hacia el cielo, ante los ojos de ellos, y poco a poco desapareció. Y, como los discípulos, asombrados, permaneciesen mirando hacia arriba, descendieron hasta ellos, bien visibles, dos ángeles, diciendo: “¿Varones Galileos, porque permanecéis así, mirando los cielos? Este Jesús que visteis ahora subir hacia Dios volverá nuevamente para vosotros y permanecerá con vosotros para siempre”.

Y, con intraducible emoción, todos ellos, golpeándose en el pecho, exclamaron: “de lo más profundo de nuestros corazones, Señor, que así sea”.



Y al cerrar la narración de estos hechos, dice Juan el Evangelista, en su manera simbólica:

⁴⁵ Era la fiesta de la cosecha, que duraba siete semanas y su punto alto se daba en el mes del Sivan. Lo mejor era para el Templo y los restos eran dejados en el suelo para los peregrinos, viudas y huérfanos, bien como también los cantos de los campos cultivados.

—“Muchas cosas hay que hizo Jesús. Si ellas fuesen escritas una por una, ni en el mundo entero cabrían los libros que se escribirían”.

Sí, porque las consecuencia morales de lo que Él hizo y dijo como Mesías, realmente, cuando sean aceptadas, llenarán el mundo de felicidad.

Capítulo 45

CONCLUSIÓN

Los materialistas niegan que Jesús haya muerto en la cruz, por varias razones, entre otras:

- a) Porque la muerte en la cruz sólo se producía de tres a cuatro días después de la crucifixión, en tanto que Jesús permaneció allí solamente tres horas.
- b) Porque, después de sepultado, su cuerpo desapareció, pero fue visto después por varios discípulos, hasta comiendo con ellos, tanto en Jerusalén como en Galilea.

Pero el Espiritismo explica el fenómeno de las materializaciones, y también que Jesús, no era un hombre común, viviendo en un cuerpo común, y que cosas con Él sucedieron, como convenía que fuese y no según las reglas del mundo.

- c) Según algunos, Jesús fue retirado del sepulcro por los Esenios, que siempre lo apoyaron, para que el pueblo pensase que de hecho resucitó y, de esta forma, la doctrina que pregona venciese en el mundo, como era necesario, lo que también mostramos que no es verdad.

Esa doctrina fue en gran parte desvirtuada por sus propios seguidores; más tarde, en el Concilio de Nicéa, fue oficializada, transformada en fuerza política para servir de apoyo al Imperio Romano decadente, con la organización de un clero muy semejante a aquel que el propio Jesús combatiera en su tiempo.

Por eso vino, hace poco más de un siglo, la Tercera Revelación, la Doctrina de los Espíritus, destinada a revivir en el mundo, en su pureza original, las enseñanzas redentoras que Él transmitió.

Como en aquella época, e igualmente como sucede con el Espiritismo, Jesús no permanece en los Templos de piedra, ofreciendo cultos suntuosos y fríos, pero sí en las calles, en los hogares y en los rincones humildes y pobres, donde el Evangelio es testimoniado con renuncia y sacrificio.

Por último, queremos también considerar, que en los tiempos finales de su predicación, en su juzgamiento y en la muerte, por las razones ya expuestas, apagada y ausente, pero más tarde exuberante de devotamiento y de desprendimiento, fue la acción de la mayor parte de los discípulos; pero sobresalió la acción de los esenios, representada por Arimatea y otros de los cuales muy ligeras alusiones se hacen en los Evangelios.

En el juicio ante el Sanedrín, las únicas voces que se levantaron en defensa del Divino Maestro, fueron estas, en la persona de Nicodemo, y si su cuerpo no permaneció en la cruz, como el de cualquier otro, a ellos también se debe esto.

Los apóstoles fueron todos santificados, con justicia, además, por la posteridad, pero estos, los esenios, no lo fueron ni por el simple recuerdo. Por eso aquí les dejamos, nuestro modesto, mas reverente homenaje.

APÉNDICE

1) Entre los diferentes motivos que tornaron a Jesús odiado por el Sanedrín, estaba su predicación sobre la desnecesidad de los sacerdotes para la ligaciones con Dios; la inutilidad del sacrificio cruento de los animales y los ritos y formalidades exageradas usadas en el culto.

Por encima de todo, la Thorá (conjunto de libros y preceptos) era la enseñanza dada en la Academia del Sanedrín, que tachaba de herejía todo cuanto divergiese de lo establecido. Esta fue la razón de ella haber declarado heréticas las enseñanzas de las Escuelas de Siracusa, de Pafos, de Alejandría y de Pérgamo.

¿Cómo, pues, permitir en Palestina la propaganda de la herejía cristiana, cuyo autor fuera por el Sanedrín, crucificado, pensando lo mismo con relación al trabajo de propaganda realizado por los apóstoles y discípulos que, por eso, eran perseguidos a hierro y fuego, dentro y fuera de la Palestina?

2) En el capítulo 31 — El Cuadro de los Discípulos — se hace notar que el apóstol Judas Tadeo no era hermano de Jesús (hijo de José y de Débora, su primera mujer) pero sí de Sultana y Tadeo.

3) La ciudad de Magdala, a orillas del lago de Genezaret, era un importante puerto de pesca, con mas de 14.000 habitantes y unos 300 barcos pesqueros, ciudad de placeres, mujeres disolutas, habitada en su mayor parte por griegos.

María era hija de Stéfanos, un rico negociante, venido de Damasco, persona importante en la colonia griega local.

Fue del balcón de su casa que ella vio a Jesús por primera vez, cuando Él pasaba por el camino a pequeña distancia,

acompañado de sus apóstoles y seguidores; ese primer encuentro influyó poderosamente en su destino futuro, hasta llevarla a inscribirse en el rol de los discípulos más allegados.

Después de la muerte de Jesús, María de Magdala cedió su casa del lago para instalar en ella un santuario escuela y se dedicó en Jerusalén, a asistir leprosos que vivían en sus alrededores y, en ese piadoso trabajo permaneció varios años.

Después de la muerte de María de Betania y María, madre de Jesús, se refugió en una de las grutas del grupo llamado de “Las Abuelas”, en el desierto de Judea, anteriormente habitada por Juan Bautista y por Andrés de Tiberíades y allí fue encontrada tiempo después por algunos Terapeutas Esenios, que la asistieron hasta que muriese.

4) Cuando, después del Gólgota, en el esfuerzo de propaganda, dentro y fuera de Palestina, Jesús sorprendía divergencias entre los apóstoles o discípulos y estos se inquietaban por las falsas enseñanzas que eran esparcidas por terceros y que surgían a cada paso, el Maestro les decía, por inspiración mediúmnica o cualquier otro medio: “Los otros toman rumbos errados, pero seguid vosotros por el que os apunté. Son ciegos que conducen a otros ciegos, y por cierto que algún día caerán en el abismo, en tanto que vosotros, siguiendo por el camino cierto, seguramente que entrareis en mi Reino”.

5) El primer siglo del Cristianismo fue aquel en que Jesús asistió directamente a los Apóstoles en sus dificultades de la propaganda, inspirándolos en la conducta y en las actividades, manteniéndoles la fe y las energías físicas.

Durante ese período, crearon en Palestina y fuera de ella, congregaciones y santuarios, para donde convergían aquellos que deseaban seguir las enseñanzas que los apóstoles transmitían y donde imperaba el amor, la esperanza y la fe de una vida mejor en el futuro.

En el siglo II, se produjo la multiplicación de esos grupos,

surgiendo entonces la necesidad de disciplinar los trabajos y de la jerarquía de los dirigentes y, todavía las divergencias que, además, ya se habían manifestado entre los apóstoles desde el siglo I, sobre interpretaciones doctrinarias y métodos de propagación.

Esas divergencias se fueron multiplicando hasta el siglo III formándose varias sectas, y terminando con la fundación de la Iglesia Católica Romana, que absorbió ese cristianismo naciente.

6) La ciudad de Jericó, donde expiró Herodes el Grande, era dividida en tres barrios:

- a) el de las sinagogas — donde se reunían los Templos más importantes y conocidos, habiendo además de eso, mayor aglomeración de habitantes;
- b) el de los palacios — habitado por romanos y griegos donde se localizaban los templos paganos, las termas, los teatros y los circos; y
- c) el herodiano — donde se situaban las reparticiones del gobierno.

Y todo giraba en torno al déspota fundador de la dinastía que llevó su nombre y que, por tanto tiempo, hizo infeliz a la nación Israelita.

7) Ya a mediados del primer siglo, las enseñanzas cristianas comenzaron a ser desvirtuadas y el propio Pablo de Tarso, de todos los apóstoles el más dinámico y organizador, en el afán de mejor difundir el Evangelio de Jesús, a cuyo servicio dedicó su vida, hacía interpretaciones diferentes de las enseñanzas, para tornarlas más adecuadas al entendimiento de los gentiles, como también organizaba congregaciones, no siempre semejantes a la de Palestina, valiéndose de su cultura rabínica y escriturística.

El éxito de su tarea le dio gran prestigio, concuanto ni siempre obtuviese el apoyo de la congregación de Jerusalén, debido a esas diferencias de interpretaciones doctrinarias.

8) Jesús había advertido que: “Muerto el pastor, las ovejas se

dispersarían”, conforme ya lo dijera antes el profeta Ezequiel. Eso de hecho aconteció con las persecuciones movidas por el Sanedrín, cuando varios discípulos y apóstoles se exiliaron de Palestina, refugiándose en Antioquía, Alejandría, Damasco y Roma, lo que además, por fin, redundó en beneficio, por haber ayudado a la propagación.

Comenzaron a regresar a Palestina varios años después, luego de la muerte del viejo Hanán y la conversión de Pablo de Tarso.

9) A mediados del primer siglo, con la doctrina ya en franca expansión, surgieron disensiones entre propagadores y adeptos, inclusive sobre la exigencia del celibato, de la circuncisión y la prohibición de la maternidad y con la alegación de que los doce apóstoles eran iletrados y no estaban en condiciones de interpretar convenientemente las enseñanzas de Jesús, habiendo en algunas ciudades, como por ejemplo, en Efeso, congregaciones que seguían a Pablo y otras que seguían a Pedro, el primero pregonando la independencia del cristianismo con relación al judaísmo y el último siguiendo la línea trazada por la congregación, de respeto a varias reglas de la Thorá judaica.

Las disensiones crecieron y culminaron más tarde en la creación de innumerables sectas cristianas, que seguían a las doctrinas expuestas por los diferentes evangelios discriminados en el capítulo I de esta obra.

Alerta aos Médiuns - Coordenação	Hora do Apocalipse ¹
Alguns Aspectos da Vida em Júpiter	Iniciação Espírita - Coordenação
Almas Afins	Lendo e Aprendendo
Amor e Justiça	Libertação Espiritual
Apocalipse de João (O) ¹	Livre Arbítrio (O)
Aprendizes (Aos)	Margens do Rio Sagrado (Às)
Aprendizes do Evangelho (Para os)	Mediunidade
Caminhos do Espírito	Mediunidade Prática ⁵
Comentando Pensamentos Construtivos	Mediunidade de Prova
Comentários Esotéricos	Mediunidade Tarefa
Como Ensinar Religião às Crianças - Colaboração	Mensagens
Considerações sobre o Apocalipse de João ¹	Mensagens e Instruções
Contos Espiritualistas	Missão Social dos Médiuns ⁴
Contribuições ao Estudo da Mediunidade ⁴	Normas Básicas para Orientação Espírita
Cortina do Tempo (Na)	Novos Processos de Intercâmbio e
Cromoterapia	Aperfeiçoamento p/ Curas Espirituais
Curas Espirituais	Passes e Radiações
Demonologia	Pensamentos em Prosa e Verso
Desenvolvimento Mediúnico	Prevalência do Espiritismo Religioso ²
Dias Finais (Os) ¹	Psiquismo
Difundindo o Evangelho ¹	Questão do Divórcio (A)
Discípulos de Jesus (Aos)	Redentor (O)
Dupla Personalidade (A) = O Estranho	Relembrando o Passado
Caso de Rose Ramires	Religião Redentora
Enquanto é Tempo	Religiões e Filosofias ²
Épocas de Transição ¹	Respondendo e Esclarecendo
Espiritismo (O que é)	Salmos
Espiritismo e a Próxima Renovação (O)	Salmos - opúsculo
Espiritismo e Comunismo	Seara do Evangelho (Na)
Espiritismo e Esoterismo	Semeadura I (Na)
Espiritismo e o Divórcio (O)	Semeadura II (Na)
Espiritismo, Religião Redentora	Separações Conjugais à Luz do Espiritismo
Estudos e Temas = fascículo IX de “Iniciação Espírita”	Tiradentes Missionário
Exilados da Capela (Os)	Trabalhos Práticos de Espiritismo
Falando ao Coração	Valor das Mensagens (O)
Fraternidades do Espaço ³	Verdades e Conceitos I
Guia do Aprendiz	Verdades e Conceitos II
Guia do Discípulo	Verdades e Conceitos - opúsculo
Histórico dos Trabalhos de Curas Espirituais na FEESP	Vida de Jesus (A)
	Vivência do Espiritismo Religioso

¹ Agrupados sobre o título *A Hora do Apocalipse*.

² O texto *Prevalência do Espiritismo Religioso* foi incluído pelo autor na obra *Religiões e Filosofias*.

³ Incluído em *Vivência do Espiritismo Religioso*.

⁴ Incluído em *Mediunidade*.

⁵ Obra ampliada e atualizada pelo autor, recebendo o título de *Desenvolvimento Mediúnico*

Edgard Armond

propaganda do livro Mediumnidad

propaganda do livro Pases e Radiaciones

propaganda do livro *Los Desterrados de Capella*



CURSO DE ESPIRITISMO



**Escreva para Aliança Espírita Evangélica
Rua Francisca Miquelina, 259 – Bela Vista – São Paulo – SP – Brazil
01316-000 – Telefone: (55 11) 3105-5894 – Fax: (55 11) 3107-9704**